

Una radiante mañana estival

James Hadley
Chase



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

JAMES HADLEY CHASE es siempre ágil, preciso en el modo de contar el relato, y posee el don de absorber al lector desde el comienzo. Como «Fruto prohibido» (SSC 1) y «Trato hecho» (SSC 25), UNA RADIANTE MAÑANA ESTIVAL forma parte también de la larga lista de sus éxitos.

Lectulandia

James Hadley Chase

Una radiante mañana estival

ePub r1.1

GONZALEZ 02.06.14

Título original: *One Bright Summer Morning*
James Hadley Chase, 1963
Traducción: Marta Zubizarreta de Basavilbaso
Selecciones del Séptimo Círculo nº 30
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ
Digitalización: Akhenaton
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A las cinco y treinta y siete de lo que prometía ser una radiante mañana estival, Víctor Dermott se despertó bruscamente bañado en un sudor frío y con sensación de miedo.

Víctor Dermott tenía treinta y ocho años. Tenía una buena figura y era alto y moreno. A veces, algunos cazadores de autógrafos algo cortos de vista le habían confundido con Gregory Peck. En cierto modo esto le gustaba, pero en el fondo le producía fastidio. Durante los últimos diez años había escrito cuatro comedias de mucho éxito, que habían sido representadas en Broadway y que todavía le estaban dando sustanciosas ganancias en las principales ciudades de Europa. Su éxito no le había engreído. Todo aquel que le conocía le consideraba como un buen muchacho; tal como lo era. Se había casado con una pelirroja de veintiocho años, que le adoraba tanto como él la adoraba a ella, y eran muy felices. Tenían un hijito de diez meses.

Dos meses antes de esta calurosa mañana, Vic Dermott había concebido una idea para su próxima comedia. Fue una de esas inspiraciones repentinas que tienen que ser escritas en seguida y sin interrupción, sin que el ruido del timbre del teléfono le moleste y sin tener que atender a compromiso social alguno.

Dermott le había pedido a su secretaria, una mujer eficiente de cabello gris, llamada Vera Synder, que le buscara un lugar donde pudiera trabajar durante tres meses en un aislamiento absoluto. A los dos días le había encontrado lo que necesitaba: un sólido y lujoso rancho en el límite del desierto de Nevada, a unos ochenta kilómetros de Pitt City y a unos treinta y dos de Boston Creek.

Pitt City era un pueblo importante, pero Boston Creek tenía poco que ofrecer: sólo una estación de servicio, algunos cafés y un almacén de ramos generales.

El rancho se llamaba Wastelands. Era propiedad de un matrimonio de cierta edad, que pasaba la mayor parte de su tiempo viajando por Europa. Estaban contentos de haber alquilado su casa a una persona tan conocida como Victor Dermott.

El rancho tenía una larga avenida privada que llevaba a un camino de tierra que a su vez desembocaba, después de recorrer unos veinticinco kilómetros a través de terrenos bajos y arenosos, en la carretera principal de Pitt City. Hubiese sido difícil encontrar mayor aislamiento y un lugar tan lujoso y confortable para vivir, que Wastelands.

Vic Dermott había viajado con su mujer, Carrie, para ver el rancho antes de alquilarlo. Inmediatamente se dio cuenta de que era exactamente lo que deseaba y firmó un contrato por tres meses sin ningún inconveniente.

Wastelands constaba de un gran salón, comedor, despacho y sala de armas, tres dormitorios, tres cuartos de baño, una cocina bien equipada y una piscina. También tenía garaje para cuatro automóviles y una cancha de tenis. Unos doscientos metros

más allá había una cabaña de madera con cinco habitaciones para el personal.

El alquiler resultó un poco elevado, pero como Vic no tenía problemas de dinero y le gustaba el lugar, no hizo hincapié en el precio.

Pero antes de decidirse a tomar el rancho, lo había discutido con Carrie.

—Podría ser muy triste para ti —le había dicho—. No vamos a ver a nadie hasta que la obra esté terminada. Tal vez sería mejor que te quedaras en casa y fuese yo solo.

Carrie no quiso siquiera oír hablar de ello. Tendría mucho que hacer, dijo. Tenía que cuidar a Júnior. Le serviría a Vic de mecanógrafa. Se ocuparía de la cocina y se llevaría un par de cuadros sin terminar que había estado pintando.

Decidieron llevar sólo un sirviente: un joven vietnamita, Di-Long, que había estado con ellos un año. No sólo era un criado de categoría, sino también un mecánico experto. Estando tan lejos como estaban de una estación de servicio, Dermott había decidido tener cerca de él a alguien que pudiera arreglar cualquier avería del coche.

Después de dos meses de trabajo duro y concentrado, la comedia estuvo prácticamente terminada. Vic estaba puliendo los diálogos y luchando con el final del segundo acto que no le satisfacía del todo. Estaño seguro de que en dos semanas más, la obra estaría lista para su estreno y que obtendría otro gran éxito.

Durante los dos meses que habían pasado en Wastelands, Vic y Carrie le habían tomado cariño al lugar. Sentían tener que volver dentro de unas pocas semanas a su bulliciosa casa de Los Ángeles. Por primera vez, desde su luna de miel, tenían la oportunidad de estar completamente solos, y esta nueva experiencia les había encantado. Ahora se daban cuenta de la tensión que les producía su vida de sociedad; las continuas fiestas, las constantes llamadas telefónicas, les habían privado del placer de conocerse el uno al otro más íntimamente y de tener tiempo para ver crecer a su hijito.

Aunque Wastelands había sido un paraíso para los Dermott, no había sido lo mismo para su sirviente vietnamita, quien estaba cada vez más triste a medida que iban pasando las semanas, y también se le veía más indiferente respecto de su trabajo.

A Vic y Carrie les daba lástima el hombrecillo. Hubiesen querido que tuviese una esposa para consolarlo. Le querían convencer para que tomara el segundo autobús para Pitt City y que fuera al cine, pero comprendieron, ante la reacción nerviosa del criado, que la película tendría que ser muy buena para merecer que se hiciesen ochenta kilómetros de viaje ida y vuelta en un día.

A menudo Vic había perdido la paciencia, haciéndole notar a Carrie que a Di-Long se le pagaba tres veces más de lo que le hubiese pagado cualquiera en su sano juicio a un sirviente. Carrie, que tenía una conciencia escrupulosa a este respecto, argüía que Di-Long, a pesar de lo mucho que se le pagaba, tenía razón de quejarse de

su soledad.

Esta historia comenzó en una mañana de julio, un poco después de las cinco y media, cuando Vic Dermott se despertó con una sensación de tener el cuerpo bañado en sudor frío, y su corazón le latía tan violentamente que tenía dificultad para respirar.

Permaneció sin hacer un movimiento; todos sus sentidos estaban alerta. Podía oír el tic-tac del reloj y el tenue ruido del refrigerador de la cocina cuando se ponía en marcha, pero el resto del rancho estaba en silencio.

No recordaba haber tenido una pesadilla que pudiera haberle asustado y, sin embargo, allí estaba, despertándose de un sueño profundo y más aterrado de lo que nunca había estado en su vida.

Levantó la cabeza durante un momento y miró la cama gemela en que Carrie dormía muy tranquila. Luego miró a través del cuarto donde estaba Júnior también durmiendo apaciblemente.

Tomó su pañuelo de debajo de su almohada y se secó el sudor del rostro. El silencio, la habitación familiar y el hecho de que sus dos más preciosos tesoros estaban tranquilos, disminuyeron ese extraño miedo que se había apoderado de él, y después de unos segundos, los latidos de su corazón volvieron a normalizarse poco a poco.

Debo haber estado soñando, pensó, pero es raro que no pueda acordarme.

No satisfecho, arrojó las sábanas y bajó de la cama.

Sin hacer ningún ruido para no despertar a Carrie, se puso la bata y las zapatillas. Luego atravesó la habitación, abrió con cuidado la puerta del dormitorio y entró en la gran antecámara cuadrada.

Aunque los latidos de su corazón eran ahora normales, todavía persistía en él una sensación de agudo malestar. Tranquilamente entró en el gran salón de fumar y miró en derredor. Cada cosa estaba donde él la había dejado la noche anterior. Cruzó la habitación y miró a través de la gran ventana más allá del patio; la fuente que arrojaba su vivida cascada de agua, las cómodas sillas y las revistas que Carrie había dejado tiradas en la terraza.

Entró en su despacho y miró en torno. Se asomó a la ventana y vio la cabaña del personal a irnos doscientos metros, donde estaba durmiendo Di-Long. No había señal de vida, pero eso no le sorprendió porque Di-Long no se levantaba nunca antes de las siete y media.

Incapaz de encontrar una explicación a su malestar, empezó a sentirse nervioso, y se dirigió a la cocina. Sabía que no podría dormir si volvía a la cama. Más bien podría hacer café, se dijo a sí mismo, y comenzó a preparar la cafetera.

Entró en la cocina, quitó el cerrojo y abrió la puerta que daba a otro pequeño patio, donde había una puerta que los Dermott dejaban siempre abierta para que

Bruno, su perro aís aciano, pudiera recorrer el lugar y dormir en su casilla durante la noche.

Vic silbó al perro y luego conectó la cafetera. Puso el tazón que contenía la comida de Bruno en el piso al lado de la puerta, atravesando luego el pasillo para entrar en el cuarto de baño.

Diez minutos después, afeitado, duchado y vestido con un jersey blanco sin cuello, pantalones de algodón azul y zapatillas blancas, volvió a la cocina. Estaba a punto de desconectar la cafetera, cuando se detuvo y frunció el ceño.

El desayuno de Bruno estaba intacto. No había señales del perro.

Mientras miraba la comida intacta en el recipiente, Vic tuvo nuevamente la aguda sensación de miedo que le recorría la espina dorsal. Nunca había sucedido esto desde que los Dermott se habían instalado en el rancho. Un solo silbido agudo, bastaba siempre para atraer a Bruno, que saltando, entraba en la cocina.

Vic cruzó con paso rápido el patio y examinó la perrera. Estaba vacía. Silbó de nuevo y estuvo un rato esperando y escuchando, luego se dirigió a la puerta y miró hacia afuera al chaparral y a la arena, pero no había señales del perro.

Era temprano, se dijo. En general se levantaba alrededor de las siete. Estaría probablemente persiguiendo una marmota, pero era muy raro... era tina mañana muy rara.

Volvió a la cocina, se sirvió café, le agregó crema y se llevó la taza al despacho. Se sentó ante su escritorio y tomó un sorbo de café antes de encender un cigarrillo.

Tomó el manuscrito completo que tenía a mano y empezó a leer las últimas páginas. Dio la vuelta a una hoja y entonces se dio cuenta de que no había puesto ninguna atención «n lo que acababa de leer. Con impaciencia, volvió a dar la vuelta a la hoja y comenzó a leer de nuevo, pero su mente estaba absorbida por Bruno. ¿Dónde estaba el perro? Apartó el manuscrito, terminó su café y volvió a la cocina.

El desayuno de Bruno seguía intacto.

De nuevo atravesó el patio hasta la puerta. Silbó otra vez y miró hacia las blancas dunas de arena.

Tuvo un sentimiento repentino de soledad y sintió la urgente necesidad de hablar con Carrie, pero después de pensarlo, decidió no molestarla. Volvió a su despacho, se sentó en el sillón.

Desde donde estaba sentado podía ver, a través de la gran ventana, la salida del sol detrás de las dunas. Miró cómo aparecía el globo rojo, cómo sus luces coloreaban de rosa la vasta extensión del desierto. En general, esta vista le fascinaba, pero esta mañana sólo le interesaba la amplitud del espacio que rodeaba el rancho y por primera vez desde que había llegado a Wastelands, se daba cuenta de su aislamiento.

El repentino llanto de su hijo le hizo ponerse de pie. Atravesó rápidamente el pasillo y entró en el dormitorio.

Júnior estaba pidiendo a gritos su desayuno. Carrie ya estaba sentada en la cama, desperezándose. Le sonrió cuando se paró en el umbral de la puerta.

—Estás madrugador. ¿Qué hora es? —le preguntó y se puso a bostezar.

—Las seis y media —dijo Vic y se dirigió a la cuna. Alzó a Júnior quien en el acto dejó de llorar al sentir el fuerte contacto familiar de su padre y le hizo una mueca con su boquita desdentada.

—¿No podías dormir? —preguntó Carrie bajándose de la cama.

—Estaba desvelado.

Vic se sentó en el borde de la cama y levantó a Júnior. Observaba a su mujer que cruzaba el dormitorio y entraba en el cuarto de baño. Sintió una oleada de placer al verla en su camisón transparente, que dejaba entrever su cuerpo joven e incitante y sus largas piernas.

Quince minutos después, Carrie estaba alimentando a Júnior mientras Vic, tendido en la cama, les miraba... Este era un momento que siempre le encantaba.

—¿Oíste anoche la motocicleta? —preguntó Carrie bruscamente.

Con el rito del alimento del niño, Vic había olvidado sus temores, pero estas palabras de Carrie le pusieron súbitamente alerta.

—¿Motocicleta? No oí nada... ¿anoche?

—Alguien vino aquí en una motocicleta —dijo Carrie. Puso de nuevo a Júnior en su cuna—. Eran más o menos las dos. No oí marcharse la moto.

Vic se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué significa eso, mi vida?

Carrie se separó de la cuna y se sentó en la cama.

—No oí salir la motocicleta —repitió—. La oí llegar. La máquina se detuvo... después nada.

—Sería probablemente la Patrulla de Carretera —dijo Vic, y buscó en el bolsillo un paquete de cigarrillos—. Viene por aquí de vez en cuando... ¿te acuerdas?

—Pero no volvió a salir —dijo Carrie.

—Claro que se fue. ¿No puedes haberte quedado dormida? No la oíste irse. Si no se hubiese ido estaría ahora aquí, ¿no es verdad? Y no está.

Carrie le miró de manera insistente.

—Pero ¿cómo sabes que no está todavía aquí?

Vic se movió con impaciencia.

—Mira, querida... ¿por qué tendría que estar? De cualquier manera, Bruno hubiese ladrado... —Vic se detuvo y frunció el ceño—. A propósito... No he visto a Bruno esta mañana. Le he silbado, pero no ha venido. Es endiabladamente raro —se puso de pie y se dirigió con paso rápido a la cocina. El tazón de la comida permanecía intacto. Fue a la puerta y silbó de nuevo.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Carrie acercándosele.

—Cazando algo, me imagino. Voy a ir a buscarlo.

Júnior, sintiéndose abandonado, comenzó a chillar, y Carrie volvió corriendo al dormitorio. Vic vaciló, luego se dirigió por la larga avenida hacia la verja de la entrada. Pasó al lado de la cabaña del personal que se hallaba completamente cerrada. Ahora eran las siete. Di-Long tenía todavía una hora por delante antes de salir de su cabaña. Mientras Vic caminaba por la larga avenida, se detenía de vez en cuando para emitir un largo y penetrante silbido.

Por fin llegó a la verja de cinco barras y miró a un lado y a otro del angosto camino de tierra, sin advertir a lo lejos el menor movimiento ni señal de vida alguna.

Entonces miró hacia el camino de arena. Entre las huellas de su auto, vio la inconfundible impresión de la huella de dos ruedas simples, las huellas de una motocicleta. Estas huellas dejadas desde lejos se dirigían hacia la entrada y se detenían allí. Miró a su izquierda, pero las huellas ya no eran visibles. Parecía que alguien hubiera viajado desde la carretera de Pitt City, por el camino de tierra; hasta la entrada. El conductor y su máquina se habían desvanecido en el espacio... No había ninguna señal de que la motocicleta hubiese vuelto al camino, ni de que se hubiese ido a Boston Creek. La máquina se había parado en la entrada, y al parecer se había disuelto en la nada.

Durante varios minutos, Vic observó la huellas de la motocicleta y el camino de tierra por todos lados, luego se volvió y miró con atención hacia la avenida. El extraño y molesto sentimiento de soledad se volvió a cernir sobre él, y emprendió el regreso al rancho a un paso acelerado que le hacía sudar; el calor iba en aumento a medida que se levantaba el sol.

Al pasar por la cabaña pudo ver la casa. Carrie estaba de pie en el umbral de la puerta abierta y le hacía señas. Sus ademanes eran rápidos y apremiantes. Al acercarse a ella, exclamó:

—¿Qué pasa?

—¡Vic! Las armas han desaparecido.

Ahora había llegado junto a ella. Pudo ver que estaba asustada. Sus ojos azules demostraban miedo.

—¿Las armas? ¿Desaparecidas?

—He ido a tu cuarto... ¡las armas no están en el armario!

Se dirigió sin la menor demora a la sala de armas. El armero no se veía desde su escritorio; se hallaba al otro lado del cuarto en forma de L. Se detuvo y miró con cuidado el armero vacío. Había siempre en el armero cuatro escopetas, una pistola 45 y dos rifles 22. Ahora estaba vacío.

Vic lo miró con asombro, sintiendo erizársele los cabellos en la nuca. Se volvió y se encontró con Carrie, que le estaba observando.

—Estaban aquí anoche —dijo con voz apagada y asustada.

—Es cierto —Vic fue al escritorio y abrió el cajón de abajo. En ese cajón guardaba una automática 38 de la Policía Especial que le había regalado el Jefe de Policía de Los Ángeles.

Tuvo una sensación de náusea cuando vio el cajón vacío con una ligera mancha de aceite donde había estado el arma.

—¿También tu pistola? —preguntó Carrie, yendo hacia él. Vic trató de dominar la sensación de pánico que se apoderaba de él, y dándose la vuelta, le sonrió: una sonrisa forzada, pero una sonrisa al fin.

—Parece que alguien estuvo aquí anoche y se llevó todas las armas —dijo—. Creo que será mejor que llame a la Policía.

—La motocicleta que oí...

—Podría ser. Voy a llamar a la Policía.

En el momento que levantaba el receptor del teléfono, Carrie dijo, alzando un poco la voz:

—El... él podría estar aquí todavía. Ya te he dicho... No le oí irse.

Vic apenas oyó lo que ella le decía, pues en el momento en que se llevaba el receptor al oído y empezaba a marcar, se dio cuenta de que el teléfono estaba desconectado.

Hablando con la mayor calma que le fue posible, Vic dijo:

—Parece que el teléfono no funciona —lentamente volvió a colocar el receptor.

—Andaba muy bien anoche —dijo Carrie sin aliento—. Tuvimos aquella llamada de...

—Ya sé —le interrumpió Vic—. Bueno, ahora no funciona.

Se miraron uno al otro.

—¿Qué pasa con Bruno? —preguntó Carrie. Cruzó los brazos sobre el pecho, abriendo mucho los ojos azules—. ¿Piensas...?

—Ahora no me dejas pensar —dijo Vic en forma cortante—. Alguien estuvo aquí anoche, desconectó el teléfono y se apoderó de las armas. Es posible que haya puesto a Bruno fuera de acción.

Carrie vaciló.

—¿Quieres decir que... Bruno está muerto?

—No sé querida. Quizá ahogado... No sé.

Carrie entró en el cuarto y corrió hacia Vic, rodeándolo con sus brazos. El la estrechó contra sí, sintiendo su pequeño cuerpo tembloroso.

—¡Oh Vic, estoy asustada! ¿Qué es esto? ¿Qué vamos a hacer?

La acarició manteniéndola apretada contra su pecho, dándose cuenta de que él también estaba un poco asustado; dándose cuenta también de la soledad del lugar. Pensó en Di-Long.

—Mira, vuelve al lado de Júnior, yo voy a despertar a Di Long. Le voy a decir

que se quede contigo mientras voy a echar un vistazo por ahí. Vamos Carrie, no tienes que estar tan aterrada.

Rodeándola con sus brazos, entró con ella al dormitorio, donde Júnior, en su cuna, estaba jugando con sus piernitas gordas y haciendo sus habituales gorjeos.

—Tú te quedas quieta aquí. Yo estaré de vuelta dentro de unos minutos.

—¡No! —Carrie se aferró a sus brazos—. No me dejes, Vic. ¡No me debes dejar!

—Pero querida...

—¡Por favor! ¡No me dejes!

Vaciló, luego accedió.

—Bueno, bueno, ahora no haré nada.

Se dirigió a la ventana que estaba abierta, de donde se veía la cabaña del personal, unos doscientos metros más allá.

Inclinándose hacia afuera, gritó:

—¡Di-Long! ¡Eh! ¡Di-Long!

Sólo el silencio recibió su grito. La pequeña cabaña con sus persianas verdes completamente cerradas no dio señales de vida.

—¡Di-Long!

Carrie se estaba vistiendo con unos pantalones flojos y un jersey ligero. Sus movimientos eran rápidos y nerviosos.

Se volvió hacia la ventana.

—Este muchacho duerme como si estuviese muerto —dijo—. ¡Vamos, Carrie! Salgamos y vayamos a despertarlo. Trae a Júnior.

Con Carrie llevando en brazos al bebé, recorrieron el camino entre las dos zonas de césped, que se mantenían verdes por un sistema de riego disimulado, hacia la cabaña del personal.

Vic llamó a la puerta. Esperaron con el sol que ya estaba alto quemándoles la espalda. Júnior parpadeaba a la luz del sol, doblaba sus deditos, trataba de empujar su puño en el ojo de Carrie, pero ella estaba acostumbrada a ese juego y evitaba el puñito con un rápido movimiento de la cabeza.

—Voy a entrar —dijo Vic con impaciencia—. Tú me esperas aquí.

Dio la vuelta al picaporte, y la puerta cedió.

Entró en el vestíbulo.

—¡Di-Long!

No hubo ningún movimiento. Se oía un gotear constante en la cocina. No había otro ruido.

Vic vaciló, luego cruzó la habitación y empujó la puerta que daba al dormitorio, de donde salía un tenue olor ácido y estaba a oscuras. Buscó la llave de la luz, la encontró y la apretó.

El cuarto, pequeño y limpio, estaba vacío. La única cama, contra la pared de

enfrente, mostraba señales de que se había dormido en ella. Vic pudo ver la marca de la cabeza de Di-Long en la almohada. La sábana había sido arrojada a un lado; la sábana de abajo estaba ligeramente arrugada.

Se detuvo el tiempo necesario para asegurarse de que Di Long no estaba allí, y luego se dirigió a la cocina. Después de una rápida mirada en derredor, volvió a donde estaba Carrie.

—¡Se ha ido!

Carrie se tranquilizó visiblemente.

—¿Quieres decir que es él quien ha robado las armas... y Bruno? ¿Piensas que puede haber hecho eso? —preguntó apretando con fuerza contra sí a Júnior.

—Podría ser —Vic estaba confundido, pero ahora él también se tranquilizó—. Esto parece ser la solución del misterio. No era feliz aquí. Adoraba a Bruno. Sí... Creo que es él quien ha hecho todo esto. Probablemente ha encontrado a algún amigóte que lo lleve en la motocicleta.

—Pero ¿las armas?

—Sí —Vic se rascó la cabeza y frunció el ceño.

—Uno nunca puede estar seguro con estos vietnamitas —dijo después de pensar un momento—. Puede que pertenezca a alguna sociedad secreta que necesita armas. Parece que él mismo ha debido desconectar el teléfono para asegurarse la partida.

—Pero ¿cómo pudo haberse llevado todas esas armas en una motocicleta... y a Bruno? —preguntó Carrie.

—Tal vez se haya llevado, uno de los autos. Voy a ver. Mira, vamos a bajar a Pitt City. Traeremos a la Policía aquí. Eso es lo que tenemos que hacer.

Carrie asintió. Vic no quería verla más asustada.

—Yo voy a preparar las cosas de Júnior. Ve a buscar el coche.

Vic la vio ir corriendo a la casa. Él se fue hacia el garaje, y de pronto se detuvo. Se le ocurrió una idea. Volvió al dormitorio de Di-Long. El armario donde Di-Long guardaba su ropa y sus cosas se hallaba contra la pared, a la izquierda de la cama. Vic abrió las puertas. Examinó los tres trajes limpios y los blancos uniformes que Di-Long mantenía siempre immaculados. En uno de los estantes estaba la afeitadora eléctrica que Vic le había regalado para la última Navidad. Al lado había una cámara fotográfica Kodak, que también le había regalado Vic cuando la había reemplazado por una Leica: dos de los objetos que más quería Di-Long.

Vic se quedó mirándolos, sintiendo que su corazón comenzaba a latirle con más violencia. Di-Long no hubiera abandonado nunca estas dos cosas si no le estuviese sucediendo algo extraordinario que lo obligara... pero ¿qué pudo haber sucedido?

Se volvió de golpe, llegó a grandes zancadas al garaje y abrió la gran puerta corredera. El Cadillac azul y blanco y la camioneta Mercury estaban al lado uno de otro. Fue un alivio verlos allí. Se subió al Cadillac. La llave estaba puesta, y la hizo

girar; puso el pie en el arranque para poner en marcha el motor. Se produjo un zumbido, pero no se puso en marcha. Tres veces trató de hacer arrancar el auto, pero no fue posible. Se bajó del coche y se subió a la camioneta, tratando de ponerla en marcha. De nuevo, se vio sorprendido con el zumbido, y otra vez el motor se negó a arrancar.

Se bajó de la camioneta y se secó las manos sudorosas en los costados del pantalón de algodón. Entonces abrió el capot del Cadillac. No entendía mucho de automóviles, pero vio en seguida que habían quitado las bujías. Una mirada rápida a la camioneta le hizo ver que ésta había corrido la misma suerte.

Alguien había quitado las bujías de los dos coches y ahora no se podían utilizar.

Vic se quedó inmóvil en el gran garaje entre los dos coches inútiles. Sintió correr por su rostro una gota de sudor frío, y se la secó con el dorso de la mano. Si hubiese estado solo, la situación habría sido un desafío para él; pero pensó en Carrie y el bebé y se sintió espantado. ¿Qué irá a suceder?, se preguntó a sí mismo. Sin Bruno, sin Di-Long, sin armas, sin teléfono, y ahora sin autos.

De pronto se acordó de que Carrie estaba sola con Júnior en la casa del rancho. Abandonó el garaje a grandes zancadas y atravesó el césped.

Encontró a Carrie en el dormitorio, llenando una pequeña maleta con los efectos del niño. Se volvió cuando él entró en la habitación y se quedó parada. Ambos se miraron. El advirtió su expresión dura. Ella se llevó la mano a la boca. Se dio cuenta de que no ocultaba su temor y trató de dominarse, sin mucho éxito.

—¿Qué pasa? —preguntó Carrie cortante.

—Podría haber dificultades —dijo él—. Los automóviles han sido inutilizados. Estamos aquí como en una isla desierta. No sé lo que significa todo esto.

Carrie se sentó de repente en la cama como si nunca más pudiera volver a levantarse.

—¿Qué les ha pasado a los autos?

—Alguien les ha quitado las bujías. Di-Long se ha dejado su cámara fotográfica y su afeitadora eléctrica. Apostaría a que no se las habría dejado jamás a menos que...

—Vic se detuvo, frunció el ceño, luego se sentó en la cama al lado de Carrie—. No quisiera asustarte, pero esto puede ser serio. No sé lo que todo esto significa, pero el asunto es que alguien ha estado aquí... alguien que... —se paró en seco, dándose cuenta de que estaba hablando demasiado.

Carrie le miró fijamente, su rostro palideció.

—Entonces ¿no crees que ha sido Di-Long quien ha robado las armas?

—Ahora no. No habría dejado su cámara y su máquina de afeitar si nos hubiese abandonado. En realidad, no sé qué pensar.

—Entonces ¿qué le ha pasado? ¿Qué le pasó a Bruno?

—No sé.

Carrie se puso bruscamente de pie.

—¡Vámonos de aquí, Vic! —su voz era temblorosa—. ¡Ahora no quiero quedarme aquí!

—¡No nos podemos ir de aquí! —dijo Vic—. Hay veinticinco kilómetros hasta la carretera principal. El sol está alto. No podemos caminar tanto con Júnior.

—¡Yo no me quedo! ¡Caminaremos! ¡Cualquier cosa menos quedarnos aquí! Tú llevarás a Júnior. Voy a traer sus cosas. No me quedo aquí ni un momento más.

Vic se levantó indeciso, y luego tomó una resolución.

—Va a ser un infierno esa caminata. Muy bien. Caminaremos entonces. Tenemos que llevar algo que beber. Voy a llenar una botella vacía. Dentro de una hora el sol va a ser insoportable...

—No me importa... ¡date prisa, Vic!

Se fue a la cocina y llenó una botella con Coca-Cola fría. Puso dos paquetes de cigarrillos en el bolsillo, y volvió al dormitorio.

—¡Será mejor que lleves el sombrero para el sol! Yo usaré una sombrilla para cubrir a Júnior —dijo—. Llévate tus alhajas, Carrie. Vamos a...

Se calló de golpe cuando Carrie de repente lanzó un grito. Le miraba los pies; todo color había desaparecido de su rostro.

Vic siguió su mirada y vio sus zapatillas blancas; la derecha, por la parte de adentro, estaba manchada de rojo... el rojo no dejaba lugar a duda.

En alguna parte, durante su paseo alrededor de la propiedad, había pisado un charco de sangre.

Para comprender lo que estaba sucediendo en Wastelands, es necesario volver tres meses atrás, al día en que Solly Lucas, un abogado de Los Ángeles, se metió la pistola automática en la boca y se levantó la tapa de su calva cabeza.

Como portavoz de los gangsters, Solly Lucas tenía una malísima reputación, estaba considerado, en general, como un tipo vivísimo que tenía contacto con el Mercado de Valores. Tenía sesenta y cinco años cuando puso fin a su vida. Los últimos treinta años había sido el testaferro de uno de los más notables criminales que hubo desde Al Capone: un hombre conocido como Big Jim Kramer.

Kramer, ahora cerca de los sesenta años, había empezado su carrera criminal como guardaespaldas de Roger Touhy. Había progresado lenta y sanguinariamente como jefe de una banda y había sido elegido miembro de Criminales Incorporados, siendo finalmente la mano de hierro que dirigió la Unión de Panaderos y Lecheros; un hombre que por último había amasado una fortuna de seis millones de dólares, desde los bajos fondos y había sido lo bastante listo como para pagar algunos de sus impuestos.

Aunque el FBI sabía que Kramer era un gran criminal, un virrey y el cerebro que había llevado a cabo algunos de los más importantes asaltos a bancos, nunca había podido probarle un cargo. La combinación de las estratagemas de Kramer con la brillante cortina de humo legal de Lucas demostraba demasiado lo que eran.

Cuando llegó a los cincuenta y cinco años, Kramer decidió abandonar el hampa. Nunca es fácil para un jefe de banda abandonar esta vida. En general, cuando está a punto de hacerlo, aparece un enmascarado con una pistola, y este es el fin del «jefe»; pero Kramer no era tonto. Sabía muy bien todo esto. Tenía seis millones ahorrados. Empezó con dos millones para comprar su seguridad y su paz futura. Estos dos millones de dólares cubrían tan bien su retirada, que resultó ser uno de los pocos «jefes» importantes capaces de abandonar su banda y retirarse para vivir en el anonimato con confort y seguridad.

Con cuatro millones de dólares y Lucas como consejero financiero, Kramer no temía al futuro. Se compró una lujosa finca en Paradise City, cerca de Los Ángeles y se instaló allí para gozar de una vida retirada dentro de la sociedad.

Mientras era jefe de la banda se había casado con una cantante de «night club», Helene Doors, una rubia delgada, de ojos grandes, mayor de lo que parecía, y que aceptó a Kramer tal cual era, no por su dinero ni por su poder, sino porque fue lo bastante desgraciada para enamorarse de él.

Pero una vez alejado de sus actividades criminales y de sus socios, Kramer se transformó en un hombre de mentalidad siempre sorprendente que jugaba al golf de manera excelente, así como al bridge, podía beber sin excederse, y fue adoptado por

la sociedad de Paradise City —que no tenía conocimiento de sus anteriores actividades— como un hombre de negocios retirado, después de haber triunfado en la vida, y fue generalmente muy popular. La sociedad de Paradise City adoptó también a Helene, quien, aunque tenía ahora cierta tendencia a engordar y estaba algo avejentada, conservaba todavía una voz lírica, alegre y se podía sentar al piano e improvisar canciones un poco «risqué», pero nunca vulgares, trayendo alegría al Country Club durante esas veladas que a veces se ponían pesadas.

Había veces, cuando Kramer estaba solo porque Helene se iba a Los Ángeles a hacer sus compras, cuando la lluvia le obligaba cancelar un partido de golf, le entraba como deseos de volver de nuevo a la vida excitante de jefe de banda. Aunque añoraba su pasado poder, no hizo nada de lo que soñaba. Estaba absuelto, y eso pocas veces le sucedía a un hombre con un pasado criminal como el suyo. El FBI nunca le había podido coger. Solly manejaba su dinero, que le producía una espléndida renta anual. Estaba y quería mantenerse —de manera definitiva— fuera del hampa: era un hombre afortunado.

A pesar de su determinación de permanecer alejado del hampa, Kramer pasaba parte de sus horas libres planeando algún robo espectacular, un rapto o el asalto a un Banco. Estos proyectos de ejecución, planeados hasta el último detalle, le ayudaban a pasar el tiempo, y para él era como resolver problemas de ajedrez. Elegiría el Chase National Bank de Los Ángeles y concebiría un plan, donde cinco hombres podrían entrar en el banco y salir con un millón de dólares. Una tarde lluviosa, mientras Helene trabajaba en su «petit point», había planeado él la ejecución del rapto de la hija de un billonario de Texas, con un rescate de varios millones de dólares. Este ejercicio de crímenes no sólo le divertía, sino que mantenía despierta su mente. No tema ninguna intención de ponerlo en práctica. Ni una sola vez le había confiado a Helene lo que pensaba durante esas largas horas en que se sentaba, silencioso, mirando fijamente el fuego. Si ella hubiera imaginado alguna vez lo que pasaba por la mente de Jim, se habría sentido horrorizada.

Esa mañana en que Solly Lucas se suicidó, Kramer había hecho uno de sus mejores partidos de golf. El y su compañero entraron en el bar del club y pidieron una ginebra doble con una rodaja de limón.

Mientras Kramer estaba sentado con su vaso en la mano, después de haber apagado su sed con la bebida fría, el barman dijo:

—Hay una llamada de Los Ángeles para usted, Mr. Kramer.

Kramer se puso de pie y se dirigió a la cabina del teléfono, encerrándose en ella. Levantó el receptor, canturreando despacio y feliz. El tarareo cesó pronto. La voz áspera, vacilante de Abe Jacobs, el secretario privado de Solly Lucas, le dio la noticia.

—¿Se ha suicidado? —repitió Kramer, y sintió de repente un inmenso vacío

dentro de él.

Hacía treinta años que conocía a Solly. Lo había conocido como un brillante abogado, aunque bastante pervertido, con un instinto innato para hacer dinero, pero también era mujeriego, y un extravagante e incansable jugador. Lucas no se hubiese matado a no ser que hubiese tocado fondo en el pozo de las finanzas. Kramer sintió un sudor frío en la frente. De pronto tuvo un miedo morboso, pensando en sus cuatro millones de dólares.

Pasó dos semanas con la mente concentrada en descubrir por qué Solly había puesto fin a su vida. Parecía tener clientes importantes... Kramer era uno de ellos. Cada uno de estos clientes le confiaba una gran suma de dinero. Lucas había usado ese dinero para sus propios fines. Tuvo mala suerte o tal vez se había vuelto un poco viejo para aventurarse en especulaciones.

Había cogido dinero, una y otra vez, de sus clientes para impedir el desastre. Las especulaciones en tierras, construcciones y acciones le habían hundido al fin en un pozo sin fondo. Cuando vino la bancarrota tenía un descubierto de nueve millones de dólares, que incluían los cuatro millones de Kramer. Lucas conocía a Kramer. Era algo que él nunca perdonaría. Le evitó a Kramer el mal rato de matarlo. Se suicidó.

Pasó algún tiempo antes de que Kramer aceptara el hecho de que Lucas, quien había sido su apoyo y su amigo durante treinta años, le había hundido en la pobreza. Quitando los cinco mil dólares que tenía en su caja de caudales, lo demás, sus ahorros, sus acciones y hasta el efectivo que tenía depositado, había desaparecido con la muerte de Lucas.

Se sentó en el amplio y lujoso despacho de Lucas, frente a Abe Jacobs, un hombre alto y delgado con cabeza en forma de huevo y ojos muy juntos y astutos.

—Ahí está, Mr. Kramer —dijo Jacobs sin alterarse—. Lo siento mucho. No tengo idea de lo que estaba haciendo. Nunca confió en mí. Usted no es el único. Perdió cerca de nueve millones de dólares en dos años. Yo creo que debía de estar loco.

Kramer se puso lentamente de pie. Por primera vez en su vida se sintió viejo.

—Manténgame fuera de esto, Abe —dijo—. Yo no he perdido un penique, ¿me oye? ¡Si la prensa me persigue, yo le perseguiré a usted!

Salió a la calle, bañada de sol y subió al auto. Se sentó unos minutos, mirando como atontado a través de la ventanilla, no viendo más que su porvenir desierto, sin dólares. ¿Debería decírselo a Helene? Decidió no decirle nada, al menos por el momento. Pero él, ¿qué iba a hacer? ¿Cómo iba a poder vivir? Pensó en el nuevo Cadillac que había encargado. Estaba esa estola de visón que le había prometido a Helene para su cumpleaños. Había reservado una «suite» en un lujoso trasatlántico que viajaba al Lejano Oriente; todavía no lo había pagado, pero Helene estaba enormemente entusiasmada y no hablaba de otra cosa. Tenía varios compromisos que implicaban gran cantidad de dinero. Antes de una semana se habría tragado esos

miserables cinco mil dólares que tenía en la caja, si trataba de hacer frente a esos compromisos.

Encendió un cigarro, puso en marcha el motor del auto y se dirigió sin prisas hacia Paradise City. Durante el viaje, su mente seguía activa. Había que hacer algo y hacerlo pronto.

Kramer no figuraba como un peligroso criminal para nadie. Muy bien, se dijo a sí mismo, masticando en forma nerviosa la punta del cigarro, había sido aniquilado financieramente. Bien, no era demasiado viejo para empezar de nuevo, ¿pero cómo? Ese era el problema... ¿cómo? Para hacer cuatro millones de dólares cuando uno tiene sesenta años es necesario hacer algo... una tarea imposible... a menos que...

Sus ojos color gris pizarra se entrecerraron. Su cara grande, quemada por el sol, con mandíbula cuadrada, una boca sin labios y una nariz larga y ancha, parecía una máscara inexpresiva mientras su cerebro buscaba e indagaba algún medio de salir de su catástrofe financiera.

Llegó a su casa, donde Helene se estaba preparando para salir. Le miró con expresión ansiosa.

—¿Supiste por qué había hecho eso? —le preguntó mientras él entraba paso a paso en la antecámara.

—Lo cogieron —dijo Kramer en tono cortante—. Era un poco demasiado vivo... lo mismo que todos ellos. Mira, querida, ve a dar una vuelta. Tengo muchas cosas que pensar.

—¿Quieres decir que se quedó arruinado? —Helene lo miró fijamente; sus ojos de color gris azulado estaban horrorizados. Siempre había considerado a Solly Lucas como una especie de mago de las finanzas. Era imposible para ella pensar que Solly perdiera su fortuna como todo el mundo.

Kramer sonrió abatido.

—Así es. Se arruinó por completo.

—¿Por qué no acudió a nosotros? Hubiésemos podido tal vez ayudarle —dijo Helene retorciéndose las manos—. ¡Pobre Solly! ¿Por qué no recurrió a nosotros?

—¿Vas a salir? —le dijo Kramer con expresión dura—. Tengo mucho que hacer.

—Creo que debo ir a la ciudad... la estola de visón. La chica quiere que vea las pieles.

Kramer titubeó unos breves instantes. No era el momento de comprar una estola de visón, se dijo a sí mismo, pero se lo había prometido a Helene. Todavía estaría a tiempo de cancelar la orden si las cosas se ponían feas. Hizo un ademán con la mano.

—Sigue adelante. Te veré luego —y entró en su despacho: una amplia habitación con libros, un escritorio, tres cómodos sillones y una preciosa vista sobre la rosaeda.

Cerró la puerta y se sentó detrás de su escritorio. Encendió un cigarro. Oyó a Helene que se iba conduciendo su Jag de dos asientos. Tenía dos horas por delante,

tal vez más, para considerar su situación antes de que Helene regresara. Los dos sirvientes de color que corrían con la casa no le iban a distraer. Se quedó sentado, abstraído, sus ojos grises color pizarra fijos, mirando sin ver, los anillos de humo de su cigarro. Las manecillas del reloj de su escritorio se movían. No había ningún ruido en el cuarto, excepto el apagado tic-tac del reloj de pared y la respiración pesada de Kramer. Se sentó allí, meditando, lleno de amargura, decidido a recuperar su perdida fortuna, en cuanto se le ocurriera la manera de hacerlo.

Había estado reflexionando durante poco menos de una hora, cuando se puso bruscamente de pie. Se dirigió a la ventana y miró hacia afuera, hacia el fino césped y los macizos de rosas. Luego atravesó la habitación, abrió con la llave uno de los cajones de su escritorio y sacó un archivo que había allí. Lo abrió y buscó pensativo unos cuantos recortes de prensa que estaban cuidadosamente prendidos en el viejo archivo. Separó los recortes, ensombrecido su frío rostro por los pensamientos que lo acosaban. Por fin cerró el archivo y lo volvió a colocar en el cajón.

Caminando en silencio, fue hacia la puerta del despacho, abriéndola, escuchó. Abajo podía oír las voces apagadas de Sam y Martha, sus servidores, conversando en la cocina. Cerró la puerta, fue hacia el escritorio, registró el cajón de arriba a la derecha hasta que encontró una pequeña y gastada libreta de direcciones. Se sentó y la consultó.

Por fin encontró el número de teléfono que deseaba. Le pidió a la operadora que le comunicara con San Francisco. Le dio el número que había encontrado en el libro. La operadora dijo que le llamaría.

Volvió a colocar el receptor, apagó su cigarro y se dejó caer en el sillón del escritorio. Su rostro era ahora una máscara de piedra sin expresión. Su mirada era muy fría.

Hubo una larga espera, pero al fin la operadora le llamó.

—Su comunicación está ahora en línea —dijo—. El número ha sido cambiado — le gritó irritada que debía haber puesto más atención en lo que hacía.

Kramer oía los golpes secos en la línea. Oyó una voz de hombre que decía:

—¡Hola! ¿Quién es?

—Deseo hablar con Moe Zegetti.

—Soy Zegetti. ¿Quién llama? —preguntó el hombre.

—No había reconocido su voz, Moe —contestó Kramer—. Me parece que hace mucho tiempo... siete años, ¿no es así?

—¿Quién es? —interrumpió la voz del hombre.

—¿Quién se imagina que soy? —le preguntó Kramer con una sonrisa sarcástica—. Hace mucho tiempo que no le veo, Moe. ¿Cómo le va?

—¡Jim! ¡Por amor de Dios! ¿Es usted Jim?

—¿Qué otro podía ser? —preguntó Kramer.

Moe Zegetti apenas podía creer que estaba oyendo la voz de Big Jim Kramer. Se quedó tan atónito como si le hubiesen dicho que le llamaba el presidente de los Estados Unidos.

Durante quince años Moe había sido la mano derecha de Kramer. Había sido el responsable de los asaltos a bancos más importantes planeados por Kramer. Durante estos quince años, Moe había llegado a ser considerado por la policía y el hampa como uno de los mayores artífices de los negocios. Parecía como si no hubiese nada que no pudiera efectuar con sus manos. Entre otras muchas cosas, sabía abrir la más complicada cerradura, ser carterista, confeccionar un billete de cien dólares, habérselas con los más seguros timbres de alarma, manejar autos usados, marcar el canto de una carta con una 38 automática. Pero a pesar de su pericia técnica, Moe carecía por completo de habilidad para organizar. Cuando se le daba un plan de ejecución para un trabajo, lo realizaba con éxito, pero si lo dirigía él y planeaba su propio *modus operandi* lo echaba todo a perder irremisiblemente.

Descubrió esto cuando Kramer se retiró. Moe intentó un trabajo fácil ideado por él, basado en sus propios planes. Fue atrapado en seguida, y pasó sus años terribles en la penitenciaría de San Quintín; y como la policía estaba segura de que era el responsable de numerosos atracos a bancos realizados con mucho éxito, la voz llegó a los guardianes, y Moe lo pasó muy mal.

Salió con el espíritu quebrantado de la penitenciaría. En esa época tenía cuarenta y ocho años, varios kilos más y un riñón enfermo, gracias a una de las brutales palizas que le habían administrado en la prisión. Ahora era sólo la sombra del hombre conocido como el técnico más inteligente del hampa.

Aunque había acumulado una enorme cantidad de dinero durante su carrera criminal, siempre había sido algo blando y un jugador descuidado. Salió de la prisión sin un céntimo, pero por lo menos tenía un refugio donde cobijarse, su madre.

Dolí Zegetti, de setenta y dos años, administraba dos burdeles de lujo que había en San Francisco. Era una mujer maciza, robusta, que adoraba a su hijo, como él la adoraba a ella. Se impresionó por el cambio que notó en él cuando llegó a su apartamento amueblado, el día que salió de San Quintín. Se dio cuenta de que tenía los nervios rotos; si quería volver a ponerlo en forma, tendría que mimarlo con mucho cuidado.

Lo instaló en su apartamento, de tres habitaciones, y lo obligó a descansar. El pasaba largas horas sentado en una silla cerca de la ventana, observando el movimiento de los barcos en el puerto y sin hacer nada. El mero pensamiento de volver al crimen le ponía la carne de gallina.

Este estado de cosas continuó durante dieciocho meses. A menudo Moe pensaba en Kramer, por quien tenía verdadero culto, admirándolo por haber sido tan

inteligente como para lograr abandonar el hampa con cuatro millones de dólares antes de caer bajo el cuchillo. Nunca cruzó por su mente el pensamiento de engañar a Kramer. No se le ocurrió la idea de que su antiguo jefe podría ayudarle en alguna forma.

Entonces empezó a irle mal a Dolí. El capitán O'Hardy de la vicepatrulla se retiró, y una persona nueva ocupó su sitio. Era el capitán Capshaw, un cuáquero enjuto de mirada dura, que odiaba la prostitución y no era hombre a quien se pudiera sobornar. A las tres semanas de su nombramiento había cerrado las dos casas de Dolí y había arrestado a todas las chicas. Dolí se encontró de golpe sin ningún dinero y cubierta de deudas. El golpe pareció paralizarla. Enfermó, y ahora estaba en el hospital para someterse a ciertos reconocimientos; esa incertidumbre tenía a Moe desesperado.

Cortada la asignación semanal que le aseguraba Dolí, Moe se hallaba en aprietos. Se mudó, dejó el apartamento de tres habitaciones y tomó un cuarto en un sórdido bloc de viviendas cerca de los muelles de Frisco. Antes de buscar trabajo empeñó su ropa y los varios objetos que había podido reunir; luego se vio abocado a la perspectiva de pasar hambre, y de mala gana comenzó a buscar trabajo. Finalmente consiguió un empleo en un pequeño restaurante italiano. Lo único sensato que hizo fue informar a la oficina telefónica de Frisco que había cambiado de número. Y fue gracias a esa previsión como Kramer lo encontró.

Tardó varios minutos en comprobar que Kramer estaba verdaderamente al otro lado de la línea. Tuvo que dominar su excitación cuando dijo:

—¡Big Jim! ¡Nunca pensé volver a oír su voz!

La estruendosa risa tan familiar de Kramer le llegó a través de la línea.

—¿Cómo le va, Moe? ¿Cómo le está yendo... muy bien?

Moe miró el pequeño restaurante con las mesas muy jimias y grasientas, los empañados vidrios de sus ventanas y los restos de alimentos tirados esperando que él limpiara. Se vio en el gran espejo colocado detrás del bar: un hombrecillo bajo y gordo con un mechón de cabellos grises, anchas cejas, rostro blanco y sudoroso y ojos oscuros y asustados.

—Me va muy bien —mintió. Nunca dejaría que Big Jim supiera en qué líos andaba metido. Conocía a Big Jim: no le gustaban los fracasados. Echó una mirada a Fransioli, su patrón, que estaba contando su dinero, luego, bajando la voz, prosiguió —: Ahora tengo mi propio negocio... me va bien.

—¡Espléndido! —contestó Kramer—. Mire, Moe, quiero verle. Ha surgido algo que puede interesarle. Hay mucho dinero de por medio... cuando yo digo mucho quiero decir mucho. Puede ser un cuarto de millón. ¿Le interesa?

Moe se sintió empapado en sudor.

—Esta línea no es buena —dijo—. ¿Qué pasa de nuevo?

—Le digo que ha surgido algo —repitió Kramer más despacio—. Para usted puede haber un cuarto de millón de dólares.

Moe cerró los ojos. Bruscamente se encontraba de nuevo en la pequeña celda, agazapado en la pared de enfrente, cuando dos guardianes entraron sonriendo con sarcasmo.

Traían cinturones de cuero enrollados en sus fuertes puños. Sintió la bilis que le subía a la boca y el recuerdo de las horribles palizas que le habían dado le hizo temblar de miedo.

—¿Hola? —la voz de Kramer se había vuelto impaciente—. ¿Está ahí, Moe?

—Desde luego... parece bueno. Pero ¿qué es, Jim?

—No puedo hablar por teléfono —dijo Kramer con voz cortante—. Le necesito aquí. Conversaremos sobre todo esto. Usted sabe dónde estoy... Paradise City. ¿Cuándo va a venir?

Moe miró con consternación su ropa raída. El otro traje que tenía estaba casi igual que éste. Sabía cuál era el tren de vida que llevaba Big Jim. El pasaje a Paradise City costaría alrededor de veinte dólares, y él no tenía veinte dólares. No había días libres en el restaurante, trabajaba hasta los domingos, pero algo olvidado desde mucho tiempo atrás, se agitaba dentro de él. Big Jim nunca le había fallado.

Bajando la voz para que Fransioli no pudiera oír lo que decía, murmuró:

—Podría ir para allá el sábado. Estoy bastante ocupado en este momento.

—¿Qué día es hoy... ¿martes? Esto es urgente, Moe. Yo le necesito antes del sábado. Venga el jueves. No todos los días va a poder agarrar tal cantidad de dinero. ¿Qué le parece el jueves?

Moe se secó el sudor de los ojos con el dorso de la mano.

—Como usted diga, Jim. Claro... Estaré allí el jueves.

Se dio cuenta de que Fransioli le escuchaba y lo observaba con mirada maligna.

—Venga en avión —le dijo Kramer—. Estaré en el aeropuerto. Hay un avión que llega a las once y cuarenta y tres. Podemos llegar aquí para almorzar. ¿Le parece bien?

Esto le costaría su empleo, pensaba Moe, pero ¿estar de nuevo prendido a Jim!...

—Estaré allí.

—Muy bien... hasta la vista, Moe —y cortó la comunicación.

Sin ninguna prisa, Moe depositó el receptor.

Fransioli, oliendo a sudor y a vino dulce, se acercó a él.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó—. ¿Piensa ir a alguna parte?

—No es nada —dijo Moe frotándose las manos en el delantal sucio.

—Sólo un trago. Le conozco desde hace muchos años. Es medio estúpido.

Fransioli lo observó con suspicacia.

—Igual que usted —dijo y comenzó a lavar vasos.

El resto del día transcurrió muy lentamente para Moe. Las palabras mágicas «un cuarto de millón de dólares» le quemaban el cerebro.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Moe daba vueltas en su cama colocada en el vestíbulo. Tenía dos horas libres antes de volver al restaurante. Andaba como una persona que estuviera muy atribulada. Se pasó la maquinilla eléctrica por la barba oscura y crecida. Se puso una camisa limpia y su mejor traje. Mientras se estaba cambiando se oyó un sonido estridente como de trompeta que provenía de una radio de transistores del apartamento de abajo.

No prestó atención al ruido, pero se dio prisa en acabar de vestirse. Bajó corriendo los cuatro tramos de la escalera y se encontró en la calle recalentada. La parada del trolebús estaba cerca. En el camino se detuvo a comprar un ramito de violetas. Todos los días compraba violetas para Dolí. Eran sus flores preferidas.

El trolebús le llevó hasta la puerta del hospital. Subió las escaleras, caminó a lo largo de varios corredores hasta que por fin llegó a la larga y deprimente sala llena de mujeres avejentadas, enfermas o moribundas, que observaban su largo paseo por el pulido pasillo hasta que llegó a la cama en la cual yacía su madre.

Siempre le impresionaba volver a verla; parecía que se estaba achicando. Su fuerte y hermoso rostro estaba tomando el color del marfil viejo. El dolor había trazado profundos surcos alrededor de su boca y ahora, por primera vez, vio en sus ojos una expresión como si se sintiera vencida.

Se sentó en la silla dura que había a su lado y le tomó la mano. Ella le dijo que se sentía bastante bien y que no había ningún motivo para que se afligiera por su salud. En un par de semanas estaría levantada y entonces verían lo que se podía hacer con el Capitán Capshaw. Aún se percibía un destello de lucha en sus ojos, pero Moe tuvo la triste impresión de que nunca volvería a pisar el suelo con sus pies grandes y firmes.

Moe le habló de la llamada telefónica que había recibido de Kramer.

—No sé lo que significa todo esto —dijo—, pero ya conoces a Big Jim... nunca me falló.

Dolí respiró larga y lentamente. Le dolía el costado como nunca le había dolido. Siempre había admirado a Big Jim que había frecuentado a menudo sus casas, tratando con torpeza a sus pupilas y bebiendo después una media botella de Scotch antes de irse. ¡Era un hombre! ¡Astuto, inteligente y muy, pero muy apuesto! Un hombre que había abandonado el hampa con cuatro millones de dólares, ¡y ahora necesitaba a su hijo!

—Tienes que verle, Moe —le dijo—. ¡Big Jim nunca se equivocó! ¡Un cuarto de millón! ¡Piensa en eso!

—Sí... cuando Big Jim dice una cosa, la cumple —Moe se sintió molesto—. Pero Mamma, no puedo seguirle el tren... quiere que viaje hasta allí en avión. No tengo

dinero. Yo... yo le he dicho que me va bien... que he comprado el restaurante. Conoces a Jim. No le puedo decir en qué aprietos andamos.

Dolí se dio cuenta de lo que significaba, y asintió.

—Tengo el dinero, Moe —le dijo—. Cuando vayas, tienes que ponerte a tono —buscó en el cajón que tenía al lado de la cama y sacó un bolso de cocodrilo negro, una de las poquísimas cosas de antes que había podido conservar. Tomó un sobre y se lo dio—. Usalo, Moe. Cómprate un buen traje. Prepárate bien. Vas a necesitar pijamas, camisas y otras cosas por el estilo. Cómprate una maleta vistosa. Big Jim se fija mucho en esas cosas.

Moe examinó el sobre. Se quedó azorado cuando vio que contenía diez billetes de cien dólares.

—Por el amor de Dios, ¡Mamma! ¿De dónde has sacado esto?

Dolí sonrió satisfecha.

—Lo tengo desde hace mucho tiempo. Es mi dinero de emergencia, hijo. Ahora es tuyo. Gástalo con cuidado. No tengo nada más que decirte.

—Pero ¡lo necesitas, Mamma! —Moe miraba asombrado el dinero como si estuviese hipnotizado—. No lo puedo coger. Necesitarás hasta el último centavo que puedas encontrar cuando estés bien.

Dolí se apretó el costado con la mano. El molesto dolor le volvía de nuevo y la hacía sudar.

—Vas a ganar un cuarto de millón, tonto —dijo—. Tendremos todo el dinero que necesitemos después que hayas hablado con Jim. Tómalo.

Moe tomó el dinero. Volvió al restaurante y le dijo a Fransioli que se iba. Fransioli se encogió de hombros.

—Camareros —dijo— vienen por docenas.

No le dio la mano cuando se fue Moe, y esto no le gustó. Estos días Moe se desconcertaba con mucha facilidad.

Pasó todo el miércoles comprando todo lo que necesitaba. Luego volvió a su sórdido cuartito y estuvo un rato metiendo su ropa en la maleta de piel de cerdo que había comprado y poniéndose el traje nuevo. Se había cortado el pelo y se había hecho arreglar las manos por una manicura. Examinándose en el espejo, no le fue fácil reconocer al hombre con apariencia de prosperidad que le devolvía la mirada.

Llevando la maleta, corrió al hospital, sin olvidarse de comprar unas violetas en el camino. La enfermera de guardia le dijo en tono cortante que su madre no podía recibir visitas ese día. Estaba un poco dolorida y era mejor no molestarla.

Moe miró a la delicada rubia, con una sensación de total desolación y temor que le apretaba el corazón.

—No es nada grave, ¿verdad? —le preguntó con timidez.

—Oh, no. Está un poco molesta. Ahora descansa. Probablemente la podrá ver

mañana —moviendo la cabeza, la enfermera se fue, ajustándose el cinturón con descuido, su mente seguramente ocupada en otra cosa.

Moe permaneció indeciso, luego con paso lento se dirigió a la salida. Sólo al llegar a la calle se dio cuenta de que aún tenía el ramo de violetas en las manos. Volvió hasta donde se hallaba la florista y le dio las violetas.

—Mamma no está bien hoy —le dijo—. Tómelas. Compraré otras mañana. A ella le gustaría que usted las tuviera.

De vuelta en su cuarto, se sentó sobre la cama y se cubrió la cara con las manos. Se quedó así hasta que las sombras se alargaron y el cuarto quedó oscuro. Se había olvidado cómo se rezaba, pero trató de hacerlo. Todo lo que pudo murmurar una y otra vez fue:

—Dulce Jesús, atiende a Mamma. Cuídala; quédate cerca de ella. Yo la necesito. Era lo mejor que podía hacer.

Cuando la radio a transistores del apartamento de abajo lanzó su estridente sonido, bajó a la cabina telefónica atravesando la calle y llamó al hospital.

Una voz impersonal de mujer le dijo que su madre estaba todavía un poco molesta. Cuando pidió hablar con el médico encargado le contestaron que estaba ocupado.

Moe pasó el resto de la tarde en un bar. Se bebió dos botellas de vino Chianti, y cuando por fin volvió a su cuarto, estaba algo ebrio.

El jueves por la mañana, mientras Kramer comía jamón con huevos y Helene, que nunca comía en el desayuno, se estaba sirviendo su segunda taza de café, él dijo como de pasada:

—Moe Zegetti está volando para venir a verme esta mañana, querida. Se quedará a almorzar.

Helene derramó el café cuando se volvió para mirar con asombro a su marido.

—¿Quién?

—Moe Zegetti. Te acuerdas de él, ¿no? —dijo Kramer sin mirarla. Tomó una tostada y comenzó a untarla con mantequilla.

—¿Quieres decir... ese truhán? Acaba de salir de la cárcel, ¿verdad?

—Estuvo encerrado durante dos años —dijo Kramer en tono suave—. Es un buen muchacho. A ti te gustaba, Helene.

Helene se sentó bruscamente. Se había puesto un poco pálida.

—¿Qué quiere?

—Nada. Ahora tiene su negocio propio —dijo Kramer, sorbiendo su café—. Me llamó por teléfono ayer. Viene a Paradise City por negocios. Sabiendo que yo estaba aquí, pensó que podría visitarme. Estoy contento de volver a verle. Es un buen muchacho.

—¡Es un truhán! —repitió Helene furiosa—. ¡Jim! Me prometiste alejarte de esos tipos. ¡Tienes que recordar nuestra posición! Suponte que alguien se entera de que un ex presidiario ha venido a visitarnos.

Kramer controló con dificultad su genio.

—Vamos, Helene, tranquilízate. Es un viejo amigo. El que haya estado en la cárcel no significa nada. Ahora anda derecho. Ya te lo he dicho... dirige su propio negocio.

Helene miró a su marido con mirada escrutadora. El se esforzó para encontrar su mirada y le sonrió.

—¿Qué clase de negocio?

Kramer se encogió de hombros.

—No sé. ¡Se lo preguntarás cuando lo veas!

—No lo quiero ver. ¡No lo quiero aquí! —lanzó un profundo suspiro y luego continuó—: Mira, Jim, saliste del hampa hace ya cinco años; ¡mantente fuera!

Kramer terminó el último bocado de jamón y empujó el plato. Encendió un cigarrillo.

Hubo un largo silencio y luego dijo con un tono algo cortante:

—Nadie debe decirme lo que tengo que hacer, Helene, ya lo sabes: ni siquiera tú. Tranquilízate. Moe viene a almorzar. Viene porque es un viejo amigo mío: no hay

ningún otro motivo... así que tranquilízate.

Helene vio un destello duro en los ojos gris pizarra, y titubeó. Siempre le había temido un poco a su marido cuando miraba de esa manera. Sabía que ya no era joven, que había aumentado de peso, y cuando examinaba su cara en el espejo todas las mañanas, se desesperaba al ver su aspecto marchito. Kramer, aunque tenía sesenta años, era todavía vigoroso y lozano. Hasta ahora no había mirado a otra mujer, pero ella tenía el temor creciente de que, si no tenía mucho cuidado en el modo de tratarlo, pudiera mirar hacia otro lado.

Cuando se puso de pie, trató de sonreírle.

—Muy bien, querido. Voy a preparar algo bueno para él. No digo nada más. Sólo me he alarmado que pudiera volver aquí... a revolver el pasado.

Kramer la observó.

—No hay nada que te pueda inquietar —le dijo, y se puso de pie—. Bueno, me voy al aeropuerto. Regresaremos alrededor de las doce y media. Hasta luego, querida —le dio una palmada detrás con mano pesada, la besó en la mejilla y salió del cuarto.

Helene volvió a su silla y se sentó. Sintió de repente que tenía las piernas flojas. ¡Moe Zegetti! Sus pensamientos volvieron a aquellos años en que Moe era el brazo derecho de Jim. Personalmente no tenía nada contra Moe: lo que la asustaba era el motivo de su visita, que no conocía. ¡Un ex presidiario! Aquí en Paradise City, donde ella y Jim habían conquistado una posición en la sociedad y eran considerados como gente respetable, invitándolos siempre, cuando se organizaba alguna reunión. ¡Pensar que alguien pudiera saber que Moe había estado almorzando con ellos! Se cubrió la cara con las manos. ¿En qué estaba pensando Jim?

El inspector Jay Dennison y el agente especial Tom Harper, ambos de la F. B. I., esperaban impacientes en el vestíbulo del aeropuerto que su vuelo a Washington fuese anunciado.

Dennison, un hombre corpulento y musculoso con un bigote color jengibre y un puente de pecas atravesándole la nariz, estaba llegando a los cuarenta y ocho años: era un agente federal recto y trabajador, cuyas oficinas generales estaban establecidas en Paradise City. Harper parecía un muchacho al lado del inspector. Era alto, algo encorvado y unos veinte años menor que él; se estaba abriendo camino. El mismo Dennison, que era un maestro severo, estaba satisfecho de la manera en que se estaba formando Harper. Los dos hombres se querían mucho, y ahora Harper tenía proyectos de casarse con la hija de Dennison.

Mientras estaban sentados, apartados del torbellino de la multitud, Dennison puso de pronto su mano en el brazo de Harper.

—Mire quien llega ahí —dijo—. Ese hombrecillo gordo que pasa en este momento por la puerta de entrada.

Harper miró al hombre bajo y gordo, con cabellos grises y una cara sudorosa, rolliza y redonda, que en ese instante entraba en el vestíbulo. Harper miró inquisitivamente a su jefe. Dennison se puso de pie.

—Ande con cuidado —dijo—. Ese tipo me interesa.

Los dos hombres caminaron despacio tras el hombrecillo que llevaba una maleta nueva de buena calidad. Cuando llegó a la doble puerta de vidrios que daba al aparcamiento donde esperaban filas de taxis y automóviles particulares, Dennison se detuvo.

—Ese es Moe Zegetti —dijo, observando a Moe que estaba mirando a derecha e izquierda, indeciso—. ¿Se acuerda de él? No le debe haber visto nunca... no es de su tiempo, pero puede recordar su expediente.

—Así que ese es Zegetti —dijo Harper, demostrando mucho interés—. Claro que recuerdo su expediente. Era el secuaz de Kramer y uno de los tipos importantes del hampa en otro tiempo. Le metieron en la cárcel por seis años y estuvo dos: desde entonces ha andado derecho. Mire como se ve que le va bien. Es un buen traje el que lleva puesto.

Dennison miró a Harper y movió la cabeza en un gesto de aprobación.

—Este es el tipo. Ahora me pregunto qué puede estar haciendo aquí.

—Mire... a su izquierda. ¡Es el mismo Kramer!

Una voz anunció por el sistema de altavoces que todos los pasajeros para Washington debían ir en el acto a la Puerta 5.

Los dos agentes federales se demoraron lo suficiente para ver a Kramer hacer señas con la mano y a Moe Zegetti ir hacia él, antes de volverse de mala gana y encaminarse hacia la Puerta 5.

—Kramer y Zegetti... una combinación invencible —dijo Dennison pensativo—. Puede traer líos.

—¿No pensará que Kramer está saliendo de su retiro? —dijo Harper—. No puede ser tan tonto con todo el dinero que tiene.

Dennison se encogió de hombros.

—No sé. Me estaba preguntando por qué se suicidó Solly Lucas. Se ocupaba del dinero de Kramer. Bien, vamos a observarles con cuidado. Voy a alertar a los muchachos cuando estemos en el avión. He esperado veintiún años para cazar a Kramer. Si deja el retiro, puede ser mi oportunidad.

Sin darse cuenta de que era vigilado, Moe comenzó a cruzar el lugar hacia Kramer, que venía a su encuentro. Cuando estuvieron cerca, los dos hombres se miraron, estudiándose mutuamente, curiosos por ver los cambios producidos en ellos desde la última vez que se habían visto siete años antes.

Para Moe, Kramer estaba muy bien y bronceado por el sol, aunque algo más pesado. Había perdido aquella manera de caminar inquieta y elástica que a Moe le era

tan familiar, pero esto no le sorprendió mucho. Después de todo, Big Jim debía tener ahora sesenta años, y a esa edad ya no se camina como un muchacho joven. Kramer llevaba puestos una chaqueta de golf de gamuza marrón oscuro, pantalones de gabardina color ciervo y una gorra con visera blanca. Tenía aspecto floreciente y tranquilo.

Kramer observó que Moe estaba más gordo y pálido. Parecía gozar de poca salud y tenía aspecto de debilidad. Este descubrimiento hizo que Kramer estudiara con más detenimiento a Moe. Entonces se dio cuenta de la expresión de inquietud, casi de miedo que había en los ojos oscuros de Moe y el movimiento nervioso con que apretaba y aflojaba los labios. En cuanto a la confianza que podía inspirarle, pensó Kramer, tenía buen aspecto. No puede estar tan hundido, cuando puede usar un traje como el que lleva puesto.

—Estoy contento de volver a verle —dijo Kramer apretando la mano de Moe—. ¿Cómo le va?

Sintiendo ésa garra de hierro, Moe se dio cuenta de su flojo apretón de manos. Dijo que estaba bien y contento de volver a ver a Kramer. Los dos hombres caminaron hasta un fulgurante Cadillac negro.

—¿Es suyo, Jim? —preguntó Moe impresionado.

—Sí, pero estoy en trámites para conseguir el nuevo modelo —dijo Kramer incapaz de no fanfarronear—. Suba. Helene está preparando algo especial para el almuerzo. No quiero que me tiren de las orejas por llegar tarde.

Kramer preguntó por Dolí cuando llegaron a la carretera. Moe le contó en qué situación se hallaba.

Kramer se quedó impresionado. Quería mucho a Do 11.

—Ya saldrá de esto —dijo—. Es fuerte, Moe. Sabe... esta clase de cosas nos suceden a todos tarde o temprano, pero salimos adelante y así le sucederá a ella.

Como de pasada, habló de San Quintín. Por el rabo del ojo vio que las manos de Moe se volvían puños. Moe dijo con voz estrangulada que había sido bastante duro.

—Me imagino —dijo Kramer secamente y sacudió la cabeza. Este pensamiento turbaba su sueño. Sabía que había escapado de San Quintín por un pelo—. Bueno, eso ya pasó. Así es como tiene que pensar en eso... ya quedó atrás.

Durante el resto de los treinta y tantos kilómetros de camino, los dos hombres charlaron de una cosa y otra, recordando el pasado, mencionando nombres de gente que habían conocido, lugares que habían visitado juntos. No se habló del motivo que tenía Kramer para querer ver a Moe.

El almuerzo transcurrió bastante bien. Helene había hecho preparar ricos manjares, aunque tal vez algo pesados, pero Moe no tardó en advertir que su visita no le era grata, y esto le desagradó.

En la mitad de la comida, Helene le preguntó a boca de jarro a qué se dedicaba

ahora.

Moe contestó que tenía un restaurante y que le iba muy bien.

—Entonces ¿qué está haciendo en Paradise City? —preguntó Helene ocultando apenas su hostilidad.

Como Moe dudaba molesto, Kramer intervino.

—Está pensando instalar otro restaurante. Es una gran idea. Nos podría convenir un buen restaurante italiano en Paradise City.

Después de almorzar, Helene anunció que bajaría a la ciudad y luego al Club de Bridge.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, Kramer propuso:

—Vamos a mi despacho, Moe. Quiero hablarle.

Moe, que se había quedado muy impresionado con la casa, el jardín, los espléndidos muebles y decoraciones de la casa de Kramer, siguió a éste al despacho. Miró atónito la rosaleda a través del gran ventanal y movió la cabeza con envidia.

—En verdad ha encontrado un lugar precioso, Jim —dijo, mientras Kramer se dirigía a su sillón—. Debe estar contento aquí.

Kramer se sentó, empujó una caja de cigarrillos hacia Moe, antes de servirse uno.

—Está muy bien —asintió; se detuvo y luego prosiguió—: ¿Se acuerda de Solly Lucas?

Moe frunció el ceño, y movió la cabeza.

—Por supuesto. ¿Qué hace ahora?... ¿todavía trabaja para usted, Jim?

Kramer se echó para atrás, su rostro parecía de granito.

—Se suicidó hace un par de semanas. Hizo ese trabajito antes de que yo pudiera hacer nada.

Moe titubeó y echó el cuerpo hacia atrás en su sillón, mirando con fijeza a Kramer.

—Sí —prosiguió Kramer—. Me hundió por cuatro millones de dólares. Esto entre usted y yo, Moe. Helene no lo sabe, y yo no quiero que lo sepa —sonrió con abatimiento—. Creo que usted tiene más dólares que yo centavos.

Moe estaba tan atontado que no encontró nada que decir. Sólo miraba a Kramer. Big Jim... despojado de cuatro millones de dólares. ¡Era increíble!

—He decidido hacer de nuevo un montón de dinero —prosiguió Kramer—. Lo puedo hacer, pero necesito ayuda. Usted es el primero en quien he pensado. Usted y yo juntos siempre hemos andado bien. Podemos hacer un buen trabajo.

A Moe no se le ocurría nada que decir.

—Tengo una idea —dijo Kramer, y luego se hizo un silencio—. Podemos hacer mucho dinero si jugamos bien. Yo organizo y manejo el negocio, pero le necesito a usted. No me mire tan azorado, Moe. Le quiero decir lo siguiente: ¡no hay riesgo alguno! ¡Yo se lo prometo! Ningún riesgo... ¿entiende? —miró a Moe de manera

inquisitiva—. No lo hubiera metido en esto, Moe, si pudiera haber dificultades. Ya sé lo terrible que puede haber sido San Quintín. Escuche... Le doy mi palabra que nunca más volverá allí si trabaja conmigo. No hay ningún riesgo en este trabajo; de otro modo, a mi edad no estaría exponiendo mi pescuezo ni el suyo.

Los temores de Moe desaparecieron como por encanto. Si Big Jim decía que podía hacerle ganar un cuarto de millón de dólares sin correr ningún riesgo, aunque pareciera increíble, Big Jim lo haría. Durante los quince años que Moe había trabajado con Kramer, nunca había tenido dificultades. Todavía tenía una fe absoluta en él: cuando prometía algo con esa mirada fría en sus ojos... era realmente una promesa.

—¿Cómo es el negocio, entonces? —preguntó Moe, mostrando en su rostro cierta excitación.

Kramer estiró sus largas piernas y lanzó hacia el techo una nube de humo perfumada.

—¿Ha oído hablar alguna vez de John Van Wylie?

Mirándolo perplejo, Moe movió la cabeza.

—Es un magnate del petróleo de Tejas. Puede no creerlo, porque es difícil de creer, pero se considera que tiene más de un billón de dólares.

Moe parpadeó.

—Nadie puede tener tanto —dijo—. ¡Un billón de dólares! ¿Cómo un tipo puede haber amasado semejante fortuna?

—Su padre extrajo petróleo allá por el noventa —dijo Kramer—. El viejo compró acres de tierra en Tejas por una bicoca. Donde buscaba petróleo, lo encontraba. Ni siquiera una vez dio con un pozo vacío... ¡imagínese! El hijo se hizo cargo de todo cuando murió el viejo; fue mucho más vivo que el padre para los negocios. Cada dólar que había hecho el padre, John Van Wylie tuvo la habilidad de convertirlo en diez. Ya le digo, ahora tiene más de un billón de dólares.

Moe se secó el rostro bañado en sudor.

—Había oído que esas cosas sucedían, pero nunca lo había creído.

—Siempre he estado oyendo hablar de él durante años —dijo Kramer—. El tipo me fascinaba —se levantó y abrió un cajón del escritorio. Sacó una cantidad de recortes de diarios—. Cada uno de estos recortes se refieren a la familia de Van Wylie. Ahora sé tanto de ellos como ellos saben de nosotros —volvió a colocar los papeles en el cajón, se dirigió a su silla y se sentó en ella—. De vez en cuando me divierto imaginando planes para hacer mucho dinero, pero nunca creí que iba a tener que entrar de nuevo en el juego. Bueno, ahora tengo que entrar, y estas ideas mías me van a servir —dio unos ligeros golpes a su cigarro para hacer caer la ceniza y luego prosiguió—. Van Wylie ha perdido a su mujer... cáncer. Tiene una hija. Se parece a la madre. El hecho es que es lo único que significa en la vida de Van Wylie.

Kramer se quedó mirando durante un buen rato la colilla de su cigarro encendido, y luego continuó:

—Van Wylie tiene todo lo que pueda necesitar un hombre. No puede, aunque quiera, gastar toda la fortuna que tiene. No valora nada porque en cuanto pierde algo tiene el dinero necesario para reemplazarlo —hizo una larga pausa, luego dijo suavemente—: Pero no puede reemplazar a su hija.

Moe no dijo nada. Esperó, sintiendo que el corazón comenzaba a latirle con fuerza.

Kramer se echó hacia atrás, el rostro duro, los ojos brillantes.

—Entonces nosotros le raptamos la hija y nos entendemos con él en privado para conseguir cuatro millones de dólares.

Moe se quedó mudo. El ritmo de su corazón se aceleró. Sus ojos oscuros se abrieron muy grandes.

—¡Espere un momento, Jim! —su voz subió de tono—. ¡Es un delito federal! ¡Podríamos ir a parar a la cámara de gas!

—¿Cree que no he pensado en eso? —preguntó Kramer con impaciencia—. Ya le digo: esto va a ser un asunto secreto, bueno y seguro, y así tiene que ser. Recapacite un poco. Van Wylie pierde a su hija... lo único que tiene algún valor para él. Cuatro millones de dólares son un gramo de anís para un hombre como Van Wylie. Imagínese lo que sentiría usted si alguien le raptara a su hija y le ofreciera devolvérsela, sana y salva, por veinte billetes. Pagaría, ¿no es así? Estaría feliz de tenerla nuevamente a su lado. ¿Llamaría a la Policía? Con seguridad que no. Estaría contento de poder pagar. ¡Cuatro millones de dólares para un hombre de la fortuna de Van Wylie es una bicocha! ¿Se da cuenta? El quiere que se le devuelva a su hija sin alboroto, sin líos, y pierde lo que para usted sería veinte billetes.

Pero Moe no estaba convencido. Sentía horror por cualquier asunto que pudiera acabar en una sentencia de muerte.

—Pero cuando la recupere, lanzará a los Federales sobre nuestra pista —dijo golpeando con sus puños sus gruesas rodillas—. Un tipo así no es capaz de desprenderse de todo ese dinero sin tratar de devolver el golpe.

—Está equivocado —dijo Kramer—. Yo le convenceré de que si trata de hacer alguna viveza por el estilo, por más que guarde a su hija con el mayor cuidado, en cualquier momento llegaremos con un revólver y éste será el final de su hija. Instalo el miedo en él. Le convengo de que tarde o temprano será castigado, aunque tardemos un par de años. Entenderá razones. No se puede tener vigilada una chica durante años. Se dará cuenta de eso.

Moe reflexionó durante un rato largo, luego asintió.

—Bueno, muy bien, Jim. Siempre confiaré en usted. Si usted dice que es así, así será —recapacitó un poco y luego preguntó—: En realidad, ¿qué quiere usted de mí?

—A usted le toca la parte más fácil en este asunto —dijo Kramer—. Usted realiza el rapto... no estará solo, por supuesto. Necesitamos dos muchachos más. Esto es lo que le confío a usted. Yo conocía a un montón de sujetos que nos hubiesen podido ayudar, pero ahora he perdido contacto. Necesitamos a un par de muchachos jóvenes, fuertes y con los nervios bien templados. Los arreglaremos con cinco mil dólares... no necesitamos despilfarrar nuestro dinero. Por cinco mil dólares usted podrá encontrar alguno.

Moe estaba tan fuera de contacto como Kramer con la gente que vive en las sombras de los bajos fondos, pero calculó que podía serle fatal confesarlo. Kramer no se desprendería de un cuarto de millón por nada. Moe conocía a Kramer. Mientras uno se entregara, estaba con él, pero si uno llegaba a vacilar o confesaba su ignorancia de algo, le dejaba fuera.

Su mente trabajaba con agilidad. Tuvo una repentina inspiración.

—Conozco a un par de muchachos que podrían servir... los Crane. Sí, pensándolo bien, podrían resultarnos regios para este trabajo.

Kramer dio una chupada a su cigarro y echó el humo.

—¿Los Crane? ¿Quiénes son?

—Viven en el apartamento que está debajo del mío. Bastante salvajes. Son mellizos. Hermano y hermana. Usted sabe lo que son estos sujetos... él dirige una pandilla. A ellos les gusta mandar, pero en realidad tienen agallas.

Kramer sonrió. Había manejado salvajes toda su vida.

—Yo los manejaré —dijo. Sacudió la ceniza en el cenicero—. Hábleme de ellos. ¿Qué hacen para vivir?

—Nada —respondió Moe—. Nunca han hecho nada. Como le digo, son salvajes —hizo una pausa para apagar el cigarro—. Su padre era un pistolero; asaltaba pequeños negocios de estaciones de servicio, situados en lugares apartados; cogió a su mujer acostada con un sujeto vulgar. Estaba borracho en ese momento y los mató a los dos. Le encerraron por quince años. A los tres meses lo encontraron colgado en su celda. Su madre era una de las rateras más hábiles del hampa. Se llevó con ella a los *chicos* y ellos fueron más ladinos aún que ella. Tenían diez años cuando perdieron a sus padres. Vivieron como pudieron, robando su comida y huyendo de los polizontes y benefactores. Estos chicos son muy vivos. Nunca se han dejado atrapar. No tienen antecedentes en la policía. Ahora están dirigiendo esa pandilla de forajidos. Ponen el ojo sobre cualquiera que puedan chantajear. La chica aprovecha su atractivo sexual, y cuando cae un idiota, llega el muchacho, le da una paliza y le roba hasta el último centavo... este chico es muy fuerte. Creo que ahora están maduros para un trabajo importante... Tienen fibra y cinismo y no le tienen miedo a nada. Es una idea, Jim, de tener una chica en el juego. Puede resultar útil.

Kramer reflexionó un largo rato y luego asintió.

—Iré a Frisco y les veré —dijo—. Usted me los prepara, Moe. Si me parece bien, los utilizaremos. ¿De acuerdo?

—Yo les hablaré —dijo Moe—. Cuando se enteren de que usted está detrás de esto, les faltará tiempo para aceptar —Kramer sonrió con sarcasmo.

—Claro que sí, pero no les diga en qué consiste el asunto, Moe. Quiero verlos antes. Dígales solamente que tienen una oportunidad de trabajar para Big Jim Kramer.

Moe miró a Kramer con admiración.

—Se lo diré —dijo.

Chita Crane estaba apoyada contra un farol, indiferente a la ligera llovizna que caía, con un cigarrillo entre sus labios llenos y pintados muy rojos, sus grandes ojos fijos con una expresión concentrada en la entrada del Giza Club, en la acera de enfrente.

Eran un poco más de las tres de la mañana. Ya muy pronto, vendrían los asaltantes. Uno de ellos, y tenía que ser sólo uno, la apercibiría y se le acercaría. Estaría un poco borracho y quizá muy borracho. Le ofrecería dar un paseo en su auto.

Chita pesaba un poco más de lo normal, tenía anchos hombros, un busto que atraía la mirada de cualquier hombre, caderas delgadas y largas piernas. Llevaba puestos pantalones de cuero negro, lustrosos y grasientos por el constante uso y una cazadora de cuero negro, en cuya espalda estaba pintada una figura realista de «Papaíto Piernas Largas» para darle su nombre popular, que era el distintivo de los Crane. Esta indumentaria era el uniforme que usaban ella y Riff, su hermano. Entre las pandillas de su barrio eran conocidos como los Chaquetas de cuero los que, como todos sabían, eran las larvas de los Zancudos.

Cuando Chita podía, se teñía el pelo negro de rubio, pero la mayor parte de las veces no podía, y su pelo tenía apariencia de suciedad, con unas vetas rubias y negras. Tenía altos pómulos, grandes ojos azules y una nariz bien formada. Nadia podía decir que fuese hermosa, ni siquiera bonita, pero tenía mucho atractivo sensual para los hombres. Sus ojos llenos de promesas sexuales perversas, ejercían una atracción magnética. Era igual que su hermano, cruel, insensible y viciosa. Siempre es arduo convencerse de que no se pueda encontrar en una persona ni siquiera un rasgo que la pueda redimir, sin embargo, era imposible hallarlo en ninguno de los Crane. Los dos eran mentirosos empedernidos, deshonestos y tramposos. También eran egoístas, despreciables y antisociales. Tal vez lo único bueno —si podemos decirlo así— que podía encontrarse en su manera de ser, era el cariño extraordinario que se profesaban mutuamente. Eran mellizos idénticos: les unía un lazo que contrarrestaba todas sus querellas y sus constantes peleas; a menudo luchaban igual que animales: Chita pegaba tan fuerte como podía. Pero si uno de ellos caía enfermo, lo que sucedía muy pocas veces, o tenía dificultades, lo que sucedía con frecuencia, el

otro estaba siempre allí prestándole ayuda, estuviera donde estuviere. Se tenían una confianza absoluta. Compartían su buena o mala suerte, y para ellos era inimaginable que uno de los dos pudiera tener un dólar sin que de manera automática lo repartiera con el otro.

Al otro lado de la calle se hallaba escondido en un callejón oscuro Riff Crane. Era un poco más alto que su hermana. Sus altos pómulos y sus grandes ojos brillantes eran igual que los de ella, pero se había roto la nariz en una pelea cuando era chico, y unos meses después, un enemigo lo había cogido desprevenido y le había cortado la cara con una navaja desde el ojo derecho hasta abajo del pómulo. Estas dos cicatrices le daban un aspecto vicioso que asustaba a la gente y para él eran motivo de orgullo. Chita y él habían tendido una trampa al hombre que le había acuchillado en esa forma. El asunto se había llevado a cabo con éxito. El hombre ahora andaba conducido por su mujer, medio ciego e idiota, debido a las repetidas patadas que le habían dado en la cabeza. Chita y Riff siempre usaban botas de ski. Iban bien con su uniforme y eran armas terribles para las refriegas callejeras.

De repente apareció un hombre en el umbral del Night club. Miró a derecha e izquierda, observó con mucha atención a Chita y luego caminó calle abajo con las manos en los bolsillos.

Chita le miró irse con indiferencia. El éxodo había empezado: más tarde o más temprano, algún individuo vendría hacia ella. Vio a su hermano sacudiendo la ceniza de su cigarrillo encendido entrar en la calle y moverse con cuidado en las sombras.

Hombres y mujeres empezaron a aparecer en la puerta del Night club. Las puertas de los autos se cerraban con fuertes portazos. Los coches se marchaban. Chita esperó todavía un rato. Entonces un hombrecillo, vistiendo un impermeable y un sombrero echado a los ojos, bajó las escaleras del Night club y se detuvo en la puerta. Chita le miró con interés y encendió otro cigarrillo, sosteniendo el fósforo encendido en la mano para que le iluminara la cara.

El sujeto le sonrió satisfecho cuando se le acercó: Los ojos experimentados de Chita notaron la calidad del impermeable, los zapatos hechos a mano y el brillo de la pulsera de oro de su reloj. Este podría ser el sujeto que ella esperaba.

El hombrecillo la miró con insistencia mientras se le acercaba. Parecía muy satisfecho de sí mismo. Se movió ágilmente: su rostro delgado y astuto estaba quemado por el sol como si pasara mucho tiempo al aire libre.

—Hola, chiquita —dijo parándose al lado de ella—. ¿Estás esperando a alguien?

Chita echó el humo por la nariz. Luego le dirigió una amplia sonrisa profesional.

—Hola, Mac —dijo ella—. Estaba esperando a alguien. Ya ve, lo he encontrado, ¿no es así?

El hombrecillo la examinó con mucha detención. Lo que vio pareció gustarle.

—Muy bien: ¿supongo que nos pondremos al resguardo de la lluvia? Tengo un

coche por allí. Espero que encontraremos algún lugar tranquilo y solitario. Vamos a tener mucho que conversar.

Chita rio. Enarcó el pecho hacia él y levantó sus oscuras cejas en señal de invitación.

—Parece una buena idea: ¿A qué punto solitario y adónde?

—¿Qué te parece un hotel, chiquita? —el hombrecillo hizo un guiño—. Tengo dinero como para tirar para arriba. ¿Conoces algún precioso tugurio bien tranquilo donde podamos ir?

Esto era fácil... casi demasiado fácil. Chita se permitió titubear antes de decir:

—Bueno... si eso es lo que quieres, querido, por mí vamos. Conozco un lugar. Te lo mostraré.

Ella levantó su cigarrillo encendido muy alto. Era una señal convenida previamente con Riff, para hacerle saber adónde llevaba al individuo.

El hombrecillo tenía un Buick descapotable. Se subieron a él, y cuando Chita se sentó a su lado, él le dijo:

—Tienes un buen anzuelo. Te sienta. ¿Qué significa el «Papaíto piernas largas»?

—Es la firma que he adoptado —respondió Chita. Ya estaba aburrida del sujeto. Su única esperanza era que tuviera una billetera bien llena. Le echó una ojeada a la pulsera de oro del reloj. Esto por lo menos compensaría su fastidio.

Cinco minutos después se estaban registrando en un sórdido hotel del muelle. El recepcionista, un hombre viejo y sucio, le hizo un guiño a Chita, y ella se lo devolvió. Los dos sabían que dentro de unos pocos minutos Riff habría llegado.

Se fueron para arriba y entraron en un amplio cuarto en el que había una cama simple, dos sillones, un lavatorio y una alfombra muy gastada.

Chita se sentó sobre la cama y sonrió al hombre, quien se quitó el impermeable y el sombrero. Colgó ambas cosas en una percha en la parte de atrás de la puerta. Vestía un traje oscuro hecho a medida. Tenía el aspecto de un hombre de fortuna.

—Quisiera mi regalo —dijo Chita—. Treinta billetes.

El hombrecillo la miró divertido, sonrió y se dirigió a la ventana. Corrió la sucia cortina y miró hacia afuera a la calle mojada por la lluvia. Llegó a tiempo para ver a Riff bajarse de su motocicleta, subirla a la acera y luego atravesar la calle hacia el hotel.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Chita con voz cortante—. Ven aquí... Quiero mi regalo.

El hombre le dirigió una sonrisa divertida y se retiró de la ventana.

—No hay regalo, chiquita —dijo—. Nada para ti. Quiero ver al truhán de tu hermano.

Chita se quedó mirándole.

—¿Mi hermano? ¿De qué diablos estás hablando?

—La semana pasada atrapaste a un amigo mío —dijo el hombrecillo—. Lo trajiste aquí. Tú y tu hermano lo desplumasteis y después el truhán de tu hermano le golpeó. Ahora me toca a mí.

Chita lo miró con súbito interés. Parecía bastante inofensivo, de huesos pequeños, ligero y aun frágil. Riff podría matarlo de un puñetazo.

—Sé razonable —dijo ella tranquilizante—. No queremos disgustos, pero tú los tendrás si no andas con cuidado. Riff podría manejar a diez como tú. Si no quieres ser víctima de un accidente, entrega tu billetera y tu reloj. Creo que Riff no te va a lastimar.

El hombrecillo se encogió de hombros. Parecía estar muy divertido.

—¡Los Chaqueta de cuero! Dos chicos estúpidos que no son capaces de ganarse un centavo a menos que usen la fuerza bruta. Nena, esto se ha ido acumulando para vosotros dos desde hace mucho, mucho tiempo. Ahora se os acabó.

Mientras hablaba, la puerta del dormitorio se abrió y entró Riff. En general, cuando entraba en este sórdido cuarto, Chita se había quitado la ropa y yacía desnuda en la cama, lo que le daba la posibilidad de actuar como un hermano indignado. Al verla sentada en la cama, completamente vestida y observando al hombre que se hallaba de pie en medio del cuarto, sonriendo aún, se detuvo sorprendido.

—Ven aquí, truhán —dijo el hombrecito—, estaba deseando encontrarte.

Riff miró a Chita, quien se encogió de hombros.

—No me preguntes nada —dijo, pero estaba un poco molesta—. Me imagino que está un poco chiflado.

Riff entró y cerró la puerta. Había en sus ojos una expresión de alerta, de observación. Sus grandes puños se balancearon a sus costados.

—Muy bien, Mac —dijo—. El reloj y la billetera. Suéltelos. Quiero dormir algo esta noche aunque usted no quiera.

—No tengo ninguna prisa por dormir —dijo el hombrecillo, y se encogió de hombros. Parecía estar pasando un buen rato, y su falta de miedo hacía echar chispas al temperamento perverso de Riff.

—Suéltelos —gruñó y empezó a avanzar.

El hombre retrocedió en forma velocísima hasta que estuvo contra la pared.

—¿Quiere mi billetera? —preguntó y puso la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Míralo! —dijo Chita con vivacidad.

Riff se detuvo. El hombrecillo tenía una pistola en la mano. Apuntaba a Riff.

—¡Vamos, idiota! —dijo alegremente—. No esperaba verse en éstas, ¿no?

Riff gruñó.

—Si disparas ese cacharro, te verás envuelto en muchos líos —dijo.

Hizo un movimiento simulado hacia la derecha y luego embistió al hombre. Chita retuvo su respiración. Le pareció una locura lo que hacía su hermano.

Vio que Riff se tambaleaba y se llevaba las manos a la cara y al mismo tiempo sintió el vaho caliente del amoníaco.

Riff cayó sobre sus rodillas, apretándose los ojos con las manos y aullando como un animal herido. Encogiéndose de hombros, el otro le miraba. Cuando Chita se levantó, él giró sobre sí mismo y dirigió hacia ella la pistola de amoníaco. Ella sólo atinó a cubrirse los ojos con las manos cuando la bomba de amoníaco la golpeó al estallar. Salvó sus ojos, pero estaba entre las emanaciones del gas. Gritando, se dejó caer de la cama al suelo.

El hombre miraba su maniobra con satisfacción. Se volvió a colocar la pistola en el bolsillo. Tomó su impermeable de la percha y se lo puso. Luego se colocó el sombrero medio ladeado. Se detuvo un largo rato para contemplar a los Crane retorciéndose como lombrices en el suelo, luego salió del cuarto y se encaminó, muy airoso, hacia el automóvil.

Los Crane nunca supieron quién era. Cuando se divulgó la noticia del castigo que les habían administrado, aquellos que habían sufrido por su culpa, miraron a aquel hombrecillo anónimo como un símbolo de justicia.

El agente especial Abe Masón se sentó en su coche a unos cuarenta metros de la entrada del Regis Court Hotel, un hotel tranquilo de segunda categoría en una calle lateral de la Van Ness Avenue, en San Francisco.

La tarde anterior, el agente especial Harry Garson informó a la oficina de campaña que Kramer había llegado al hotel y se había registrado en él. Desde entonces, Garson y Masón se turnaban para vigilarlo.

Desde que Kramer había llegado, ninguno de los agentes consiguió verle; parecía que se lo había tragado la tierra. Se alegraban de que el edificio no tuviera salida por la parte posterior. Cuando Kramer se dignara mostrarse, le distinguirían en seguida.

Eran las once y veinte, según el reloj de Masón. La mañana había sido poco productiva hasta ahora, pero Masón estaba acostumbrado a tener paciencia. Bastante a menudo había permanecido al lado de algún hotel durante días sin que pasara nada al final; pero él sabía que tarde o temprano, mientras permaneciera donde estaba, algo iba a suceder.

Exactamente a las once y media, su paciencia fue recompensada. Un taxi se paró delante del hotel y Moe Zegetti bajó de él. Después de pagar al chófer entró apresuradamente al edificio. Masón subió el tono del micrófono de su radioteléfono e informó a Jay Dennison.

—Péguese a ellos, Abe —dijo Dennison—. Le voy a mandar a Tom. Cuando Zegetti salga, Tom cuidará de él. Usted ocúpese de Kramer.

Unos minutos antes de mediodía, una chica y un muchacho venían caminando por la calle. Parecían mellizos. La chica, con sus cabellos teñidos de rubio, llevaba puesto un vestido de algodón ordinario, calzaba zapatos blancos y tenía gafas de sol. El joven era moreno. Llevaba pantalones verde botella, una vieja camisa blanca con cuello abierto y de sus hombros colgaba una chaqueta ligera descolorida. También usaba gafas negras. Parecía una pareja de estudiantes de vacaciones. Masón les dirigió una mirada distraída y luego los descartó. Porque Moe Zegetti había tenido la inteligencia de insistir en que ninguno de los Crane vistiera su uniforme, entraron al hotel sin despertar sospechas en el agente federal.

—El tipo en el auto, al otro lado de la calle —dijo Chita en un murmullo— podría ser un detective.

—Sí, ya lo he visto —dijo Riff—. Será mejor que avisemos a Zegetti. Puede no significar nada; podría ser un detective privado para un caso de divorcio.

Moe les había dicho que fuesen al primer piso, habitación 149, que allí llamaran dos veces y esperaran.

Había algunas personas mayores sentadas en el sucio vestíbulo, quienes miraron a hurtadillas a los Crane cuando se encaminaban a la escalera. Un empleado les echó

una ojeada, empezó a levantarse, pero decidió que era demasiada molestia. Estos dos parecían saber dónde tenían que ir.

Llegaron a la habitación 149, llamaron y la puerta se abrió al momento. Moe movió el pulgar y ellos entraron en un salón confortablemente amueblado, con una puerta del lado opuesto que daba al dormitorio.

Big Jim Kramer se sentó en un sillón cerca de la ventana, con un cigarro entre los labios. Examinó a los Crane mientras entraban al cuarto. Se movían con cautela, como animales molestos en su nuevo corral. Moe tenía razón. Estos dos eran duros. Sus ojos se detuvieron en Chita: la chica era algo... ¡ese busto! ¡Si tuviera cinco años menos, podría haber pensado en ella en otra forma!

Ignorando a Kramer, Riff previno a Moe:

—Hay un detective parado ahí afuera... podría ser particular... podría ser uno de la Policía Federal.

Moe titubeó. Su cara grasienta perdió un poco el color. Miró rápidamente a Kramer, quien dijo tranquilamente:

—Olvídese de él. Lo tendré marcado. Los federales se interesan cuando Zegetti y yo andamos juntos... no se equivocan mucho —se acomodó en la silla haciéndola crujir—. Cuando esté listo, lo despistaré. He estado despistando polizontes durante cuarenta años.

A su vez los Crane examinaron a Kramer. Habían tenido noticias de él por los periódicos cuando eran chicos. Lo conocían como uno de los grandes sujetos en los negocios del hampa; un hombre que había hecho seis millones de dólares. Al verle ahora, pesado, viejo, con una complexión de whisky, no podían disimular su desilusión. Habían esperado ver a un hombre de aspecto más curtido que este pedazo de carne de sesenta años sentado en un sillón y fumando un cigarro.

—Siéntense ustedes dos —prosiguió Kramer. Observaba a Riff, que aún tenía un par de ampollas en la cara, en los lugares donde dos semanas antes el amoníaco lo había quemado—. ¿Qué te pasó en la cara?

—Me golpeó una ramera —contestó Riff, y se sentó.

Hubo un largo silencio. La cara rolliza de Kramer se puso roja, y sus pequeños ojos parpadearon.

—Escúchame, joven estúpido —gruñó—, cuando yo hago una pregunta se me contesta con respeto..., ¿me oyes?

—Claro que sí —dijo Riff con expresión indiferente—, pero mi cara me pertenece; no le importa lo que le ha pasado.

Zegetti miró a Kramer de soslayo con cierta inquietud. En los tiempos pasados, si algún bribonzuelo le hubiese contestado, Kramer lo habría aplastado con un revés en la cara, pero en lugar de eso, se encogió de hombros y dijo:

—Estamos perdiendo tiempo. Ahora escuchad los dos, os estoy proponiendo un

negocio. Os puedo dar trabajo si queréis entrar en él. No hay riesgo y vale cinco billetes grandes. ¿Qué me decís?

Chita se daba cuenta de la impresión que le había causado a Kramer. Sabía por instinto cuando perturbaba a un hombre y sabía muy bien que había despertado los deseos de Kramer.

—¿No hay riesgo? —preguntó—. Entonces ¿qué hace un polizone plantado ahí afuera?

—Vosotros dos, mocosos, no sabéis lo que es ser famoso —dijo Kramer—. Moe, aquí presente, era uno de los mejores artífices, y yo conozco a más de quinientos tipos que realmente entendieran bien el negocio. Ya es sabido que cuando Moe y yo nos encontramos, los federales se mantienen alerta. Ya os he dicho que os olvidéis de eso. Yo los perderé de vista cuando quiera. Por ahora pueden quedarse ahí y esperar. Que estén donde se les dé la gana. Cuando yo cobre este trabajo, no sabrán nada. ¿Queréis el empleo? Vale cinco billetes grandes. Reflexionad. Si lo aceptáis, decidlo.

Riff se acarició una de las feas cicatrices de la cara y retrocedió con fastidio.

—¿Cuál es el trabajo?

—Tenéis que comprarlo sin verlo —dijo Kramer—. No tendréis ningún dato hasta que digáis que entráis en el negocio, y una vez que hayáis entrado, tendréis que quedaros en él, ¡maldita sea! si no tendréis que véros las conmigo.

Los Crane se miraron. Las dos últimas semanas lo habían pasado muy mal. Se había corrido la voz del castigo que les había propinado el hombrecillo aquel, y esto les había hecho perder prestigio ante su pandilla. Chita había sido importunada en la calle por tipejos que no se hubiesen atrevido a tocarla antes. Riff había guardado cama una semana. El ofrecimiento de cinco mil dólares les entonó. Era más dinero del que habrían esperado tener en sus manos en toda su vida. Hasta ahora habían jugado poco, pero seguro. Atarse a un viejo cuadrado como era Kramer podría traerles dificultades que siempre habían evitado.

Pero el dinero era una tentación demasiado grande. Riff le hizo a Chita una seña con la cabeza, y ésta se la devolvió.

—Bueno, perfecto, aceptamos —dijo Riff, y tomando un par de cigarrillos, le pasó uno a Chita y encendió el otro para él—. ¿Cuál es el negocio?

Kramer les dijo lo que le había dicho a Moe, pero sin mencionar ningún nombre. Dijo que la chica era la hija del hombre de más fortuna que había en el país y que pagaría el rescate sin ir a la policía.

Hubo un largo silencio después que Kramer terminó de hablar. Los Crane se miraron, luego Riff movió lentamente la cabeza. Se dirigió a Kramer:

—Esta gracia puede llevarnos a la cámara de gas. Cinco billetes no es suficiente. Si vamos a arriesgar el pescuezo queremos cinco billetes cada uno.

La cara de Kramer se transformó en una mancha colorada.

—Ya os lo he dicho, ¡no hay riesgos!

—Es un secuestro. Puede andar algo mal —dijo Riff—. Es difícil mantener alejados a los polizontes de un asunto como éste. Diez billetes o no nos metemos.

Moe miró ansiosamente a Kramer. El viejo parecía que se le iba a reventar una vena.

—¡Entonces fuera de aquí! —explotó Kramer—. ¡Los dos! ¡Fuera! ¡Hay montones de bribones que harían el trabajo por ese precio!

Chita se movió algo molesta, pero su hermano la miró con dureza.

—Por diez billetes haremos el trabajo y lo haremos bien y limpio. No tendrá ninguna queja de nosotros. Se lo prometo.

—¡Fuera de aquí! —gruñó Kramer, echándose hacia atrás, con la cara congestionada—. ¿Me oís? ¡Fuera!

—No es su dinero —dijo Riff sin moverse—. ¿Por qué se excita en esa forma? Sólo tiene que pedir un poco más por el rescate, y en cambio cuenta con un servicio impecable.

—¡Son cinco billetes o nada! —dijo Kramer poniéndose de pie. Metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta, donde se notaba el bulto que hacía un revólver escondido.

Riff lo contempló durante largo rato, sin ninguna expresión en la cara, luego se levantó.

—Vamos, Chita —dijo—. Tenemos que hacer.

—¡Esperad! —dijo Moe secamente. Volviéndose hacia Kramer, dijo—: Quisiera decirle una palabra, Jim —y entró en el dormitorio.

Después de dudar un poco, mientras miraba a Moe con expresión fija y penetrante, entró encolerizado en el dormitorio dando un portazo.

—¿Qué significa esto? —gruñó.

—Tranquilícese, Jim —dijo Moe despacio—. No diga que no le he prevenido. Estos dos son tramposos, y usted los está manejando mal. Valen diez billetes. Harán el trabajo. No podemos arriesgarnos ahora a no pagarles. Saben que estamos planeando un rapto. Son como víboras. Ya se lo dije. Deles lo que quieren y harán bien el trabajo, pero si los largo ahora, cruzarán la calle y le contarán al federal lo que se está cocinando aquí. Ninguno de ellos tiene antecedentes, pero nosotros lo tenemos. Estos dos nos tienen agarrados ahora. ¿No lo está viendo?

Durante unos segundos Kramer se quedó mirando a Moe asombrado, su cara era color púrpura, sus grandes puños se abrían y se cerraban. Por fin dijo con una voz llena de rabia:

—¿Se imagina que voy a ser el juguete de un mozalbete como éste? Voy a conseguir algún bribón que le mate. Voy a...

—¿A quién va a encontrar que quiera hacer eso? —preguntó Moe—. Ninguno de

nosotros tenemos pistoleros a quienes llamar ahora, Jim. Si encontrara alguno tendría que pagarle y de cualquier manera, ya sería demasiado tarde. Una vez que los federales sepan que estamos tramando un rapto, estamos listos.

Kramer se dirigió con pasos lentos y pesados a la ventana. Daba la espalda a Moe. Sintió un feo dolor en el corazón. Hacía años que no trabajaba tanto, y este dolor le asustaba. Se quedó sin moverse, respirando con lentitud hasta que sintió que la sangre abandonaba su cara poco a poco y que su respiración se hacía normal.

Moe le observó con cierto malestar, viendo cómo se le caían los hombros y cómo se apretaba furtivamente con la mano su costado izquierdo.

Kramer se volvió.

—¿De veras piensa que estos estúpidos pueden hacer un buen trabajo? —preguntó.

—Estoy seguro de que sí —contestó Moe.

Kramer dudó un instante, dio un largo y profundo suspiro, y luego se encogió de hombros.

—Muy bien, pero si tengo alguna otra dificultad con ellos ¡los mato yo mismo! Sabiendo que era un fanfarrón, Moe asintió.

—Está bien, Jim, pero ahora mismo, hablemos con ellos de nuevo.

Volvieron al salón. Riff estaba encendiendo otro cigarrillo con cara inexpresiva. Chita estaba tirada en su sillón, con los ojos cerrados. Su vestido barato se le había subido un poco; mostraba la parte superior de sus medias. Cuando los dos hombres entraron, se estiró y se bajó la falda, pero no antes que Kramer hubiera visto todo el largo de sus piernas delgadas y sensuales.

—Vamos a conversar sobre esto —dijo Moe antes que Kramer pudiera hablar—. Tendréis cinco mil billetes cada uno, pero por ese dinero deberéis hacer el mejor trabajo.

Riff asintió. Sus ojos negros brillaron, pero su cara permaneció inexpresiva.

—Haremos un buen trabajo —dijo mirando a Kramer. Tuvo una sensación de triunfo. Sabía que Chita había pensado que se había vuelto loco, cuando hizo una contraoferta. Durante un minuto él también pensó que había cometido un error, pero ¡había engañado a ese viejo cuadrado y lo había vencido!— Nos dice lo que tenemos que hacer y nos otros lo hacemos.

Kramer se sentó. Su cara era una mancha roja y aún sentía ese dolor desagradable en el costado izquierdo. Sintió que su mirada iba hacia Chita recordando la visión fugaz que había tenido de su blanco muslo. Cuanto más la miraba, más se turbaba su cuerpo sensual.

—Os advierto a los dos —dijo—, que de ahora en adelante haréis lo que yo diga. No quiero tener la menor dificultad con ninguno de vosotros... ¿entendido?

Habiendo obtenido su victoria, Riff pudo arriesgar un movimiento servil de la

cabeza.

—No tiene por qué preocuparse —dijo—. ¡Puede estar seguro de eso!

Kramer le miró fijamente. La cara marcada, inexpresiva, los ojos duros con mirada de víbora le asustaron un tanto. Hacía mucho tiempo que no había tenido que enfrentarse con alguien tan peligroso como este mozalbete estúpido.

—Muy bien —dijo, tomándose el tiempo de encender un cigarro, luego cuando estuvo a su gusto, prosiguió—: Este es el plan. El rapto va a ser fácil. He estado averiguando datos de la chica. Todos los viernes por la mañana se va sola en auto a San Bernardino para una cita con el peluquero... Luego almuerza en el Country Club antes de volver a su casa. Hace dos años que da esta vuelta rutinaria. Vive con su padre en una gran finca cerca de Arrowhead Lake. Hay casi cinco kilómetros desde la casa, por el camino particular, hasta la carretera principal de San Bernardino. La entrada al camino privado está guardada por una verja enrejada. Tienen un teléfono al lado de la verja. El visitante tiene que llamar por teléfono a la casa, y uno de los sirvientes quita el cerrojo de la puerta y corta la electricidad de los alambres, por medio de una llave.

»La chica sale de su casa alrededor de las nueve. Llega a la verja a las nueve y diez —Kramer hizo una pausa y miró a Chita—. Ese es tu trabajo, de modo que escucha atentamente. Estarás al lado de afuera de la reja a las nueve. Tendrás un auto. Te conseguiré uno. A las nueve y diez abrirás el capó del auto como si hubieses tenido una avería en el motor. No estés demasiado temprano; si no, algún muchacho servicial vendrá a meter las narices en el auto. Moe estará contigo, pero escondido. Yo he examinado el lugar. Hay un grupo de arbustos donde puede permanecer sin alejarse del punto donde usted está estacionada. La chica tiene que bajarse del auto para abrir la verja. Vas hacia ella, le dices que tienes una avería en el motor y le preguntas si te quiere llevar hasta la próxima estación de servicio. No te negará este favor. Tú eres una verdadera señorita. No podrá sospechar nada. Te subes al auto de ella que te llevará hacia San Bernardino.

»Moe saldrá entonces de su escondite, subirá a tu auto y te seguirá —Kramer hizo una pausa, sus codos en las rodillas, la cara entre las manos—. Aquí es donde empiezas a ganar tu dinero. Durante el camino tienes que convencerla que cumpla de la manera más exacta posible lo que le digas. Irás provista de los medios necesarios para eso —sacó del bolsillo de su chaqueta un frasquito plano—. Esto contiene ácido sulfúrico. Aprietas la parte superior del tapón del frasco y el ácido se proyectará con fuerza considerable. Le dirás que si no hace lo que le dices recibirá el ácido en la cara. Hazle una demostración; derrama un pequeña cantidad de ácido en la funda de cuero del auto. Ten mucho cuidado al hacer esto. Cuando ella vea el resultado, obedecerá. Te la garantizo.

Chita asintió levantándose para coger el frasco.

—Ya lo arreglaré —dijo—. Es fácil. Ya he manejado este chisme antes.

Kramer y Moe cambiaron una mirada. Moe levantó una ceja mientras le decía:

—Ya le había prevenido, ¿no es así?

—Tienes que llevarla directamente al aparcamiento de Macklin Square. Es un aparcamiento público muy grande, y a esa hora no va a tener ninguna dificultad en encontrar lugar para el auto. Moe estará detrás de ti. Junto con la chica abandonarás entonces el auto y te trasladarás al de Moe, subiéndote a la parte trasera. Tienes que observarla. Ella no va a hacer ningún disparate, pero no debes descuidarte ni un momento... ¿entendido?

Chita asintió.

Kramer miró a Moe.

—Usted los conduce a Wastelands. Ha visto el mapa y sabe dónde queda. Tiene que llegar alrededor de mediodía. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Moe.

—¿Wastelands? ¿Qué es eso? —preguntó Chita.

Kramer la ignoró. En ese momento estaba mirando a Riff.

—Ahora abre tú bien los oídos y escúchame con atención. Ya te va llegando el turno. Lo principal en este asunto es encontrar un lugar para esconder a la chica donde nadie pueda pensar en buscarla y también encontrar a alguien que arregle los términos del rescate. Ninguno de nosotros se pondrá en contacto con el padre. He encontrado un muchacho para hacer este trabajo. ¿Habéis oído hablar alguna vez de Victor Dermott?

—Hay un joven de ese nombre que escribe obras de teatro —dijo Chita—. No se refiere a él, ¿verdad?

—Sí, es él —dijo Kramer—. Tiene una gran reputación. La gente tiene muy buen concepto de él. Lo he elegido para que hable con el padre. Le convenza para que pague y mantenga a los polizontes alejados de nosotros.

—¿Cómo diablos lo hará? —preguntó Riff, con ceño adusto.

—Porque resulta que tiene una preciosa esposa y un niño —dijo Kramer sonriendo con expresión perversa—. Usted, Moe, la chica y tú —señaló a Chita—, estaréis en su casa. Tu trabajo consiste en asustar de tal manera a ese muchacho como para conseguir que haga todo lo que se le diga —Kramer miraba la cara de Riff, cortada, lastimada y con cicatrices. Perfecto, este estúpido era tramposo, pero Moe ha elegido lo mejor. Si él no logra infundir miedo a un hombre con su mujer y su hijo, entonces nadie podría hacerlo.

—Está escribiendo una comedia —explicó Kramer—. Yo conocía al que le alquiló el rancho. He visto el lugar. He estado allí hace un par de años. Es el paraje más horrible, solitario, olvidado de Dios que uno pueda imaginar, pero es el lugar indicado para un muchacho que necesita paz y tranquilidad para escribir su obra. El

está ahora allí con su mujer, su hijo, un sirviente vietnamita y un perro alsaciano — Kramer se detuvo para aplastar su cigarro, y luego señaló con el dedo a Riff—. Tu primer trabajo es poner fuera de combate al sirviente y al perro, y luego darle un susto mayúsculo a los Dermott. ¿Comprendido?

—Yo puedo poner fuera de combate al perro —dijo Riff, mirando a Kramer con mirada escrutadora—, pero qué quiere decir... ¿liquidar al sirviente?

—Estos vietnamitas pueden ser tramposos. Tendrás más facilidad para observar a los Dermott —dijo Kramer—. Si encierras al sirviente en sus dependencias, puede hacerse fuerte y meternos en un lío.

Riff miró a Chita que lo estaba contemplando con mirada vacía. Se encogió de hombros con impaciencia.

—Allí tendrás que desconectar el teléfono y dejar los autos en condiciones de que no se puedan usar. Tienen armas. Busca dónde se guardan y elimínalas. Asegúrate de que no hay otras armas en la casa. Después quédate por allí hasta que llegue Moe, que será alrededor de medianoche, la víspera del rapto.

Riff se puso de pie y cruzó la habitación hacia la ventana. Miró a través de las cortinas sin tocarlas.

—¿Qué vamos a hacer con ese tipo de ahí abajo? —preguntó.

—Absolutamente nada. Vosotros dos bajáis al bar y tomáis un trago. No os mováis de allí hasta dentro de media hora y después os vais. El sujeto de abajo no os conoce, pero aseguraos de que no os siguen. Es casi seguro que no os seguirán, pero de todos modos fijaos. Moe se va ahora. Ellos le conocen y le seguirán, pero Moe ya ha sido perseguido antes. Yo me iré después de almorzar. Me seguirán —dejó ver sus grandes dientes amarillos en una sonrisa sarcástica—. Y yo también he sido perseguido antes —se levantó del sillón y buscó una cartera. De ella sacó un sobre delgado, que pasó a Riff—. Ahí están todos los datos para vosotros dos. Mapas, horarios y todo el plan. Cuando os hayáis metido todo eso en la cabeza lo quemáis. Realizaremos el rapto dentro de ocho días. Entretanto, Moe se mantendrá oculto. El día anterior al rapto, deberéis estar en Twin Creek Tavern, a las cinco. Moe estará allí. El os dará las últimas instrucciones y verificará si sabéis bien lo que tenéis que hacer. ¿Lo habéis entendido todo?

Riff, que había estado escuchando con atención, asintió.

—¿Qué le parece algún adelanto ahora? —preguntó—. Nos hemos quedado sin un dólar.

—Encontraréis ahí cien —dijo Kramer, señalando el sobre que Riff tenía en la mano—. Con esto podréis tirar. Moe os dará más cuando os volváis a encontrar. También tiene un auto para vosotros —sus ojos pequeños y duros se dirigieron a Chita—. Ahora bajad al bar y recordad que si jugáis sucio, tendréis que véros las conmigo tanto como con los federales.

Los Crane se fueron, dejando a Kramer y a Moe juntos.

El jueves por la noche, Riff Crane viajó en su motocicleta desde Pitt City hacia Boston Creek. Anduvo unos veinticinco kilómetros por la carretera principal, luego giró y tomó un camino de tierra, por el cual anduvo otros veinticinco kilómetros hasta llegar a la verja que guardaba la entrada de Wastelands.

Era una calurosa noche de luna. Riff se colocó a un lado de la verja y se sentó un momento observando el largo camino que según le había dicho Moe llevaba a la casa del rancho.

Riff vestía su uniforme de cuero negro, un par de pesadas gafas que le cubrían la mitad de la cara. Estaba sudoroso e inquieto. Este era su primer trabajo importante, y sabía cuáles serían las consecuencias si las cosas tomaban mal cariz.

El y Chita habían hablado y hablado sin parar sobre este trabajo durante los últimos siete días. Los dos estaban como hipnotizados con el pensamiento de llegar a tener en sus manos diez mil dólares, pero al mismo tiempo los dos se daban cuenta de que se estaban jugando la vida. Este no era su mísero tiempo de pequeños robos; de pronto se había convertido en la gran época; pero en cambio, si el asunto andaba mal, sería su fin. Los dos estuvieron de acuerdo después de interminables discusiones, en que el lance se justificaba. Una persona del carácter de Kramer, y viejo como era, no arriesgaría su cabeza a menos de estar seguro de que el trabajo tendría éxito.

Por lo tanto, ahora Riff estaba ya comprometido en el lance. Dentro de nueve horas Chita estaría también comprometida. Ya no podrían echarse atrás ninguno de los dos. ¡Tenían que triunfar!

Abrió la verja y llevó su motocicleta al borde del prado. Moe le había dicho que llevara la máquina a la casa. Riff anduvo con muchas precauciones, con la mirada fija delante de él. No tenía estómago para un encuentro súbito con el perro alsaciano. Había venido provisto con un pedazo de carne envenenada, pero sabía que si el perro le veía a él antes que a la carne, sería él quien sufriría las consecuencias.

Tardó más de una hora en divisar la casa del rancho a la luz de la luna, y entonces el sudor le corría por el cuerpo. Dejó su máquina sobre la yerba y caminando en forma rápida se acercó a la casa.

Tuvo suerte. Vio al perro antes de que éste oyera u oliera su proximidad. Riff se tendió en el suelo. El perro estaba parado al viento, mirando más allá en la oscuridad. Había unos cuarenta metros hasta la casa, y por la forma en que permanecía el perro, sus orejas echadas para atrás, Riff presentía alguna dificultad.

Sacó la carne de la maleta de plástico y calculó la distancia; luego con un rápido movimiento del brazo, lanzó la carne hacia el perro. Fue un buen tiro; la carne cayó a unos pocos pies del animal. Este se volvió mirando en la dirección en | que se hallaba Riff, pero éste ya se había aplastado contra la arena, seguro de que se haría invisible

con su uniforme negro.

Permaneció allí sudando, con la cara hundida en sus brazos, queriendo adivinar dónde estaba el perro y sabiendo que el más leve movimiento podría serle fatal. Permaneció así unos cinco minutos, que le parecieron eternos, sintiendo que el corazón le daba fuertes golpes, luego muy despacio, levantó la cabeza. Vio la negra sombra del perro tumbada de costado. Miró atónito; esperó; entonces, como el perro no había hecho ningún movimiento, se puso de pie. Se le acercó con mucho cuidado.

Diez minutos después, usando una pala que había traído, terminó de enterrar al animal. Pasó otros cinco minutos colocando la arena de nuevo en su lugar, y luego, satisfecho de que nadie podría adivinar dónde estaban los restos del perro, volvió a buscar su motocicleta.

Llevó la máquina hacia la casa. Dejándola detrás del garaje, se detuvo para observar los alrededores.

Moe le había provisto de un plano detallado de la casa y de las dependencias. No tardó en reconocer la cabaña del personal. En ella debía de estar el sirviente vietnamita. Dudó un buen rato para decidir si acababa primero con el sirviente o si iba a la casa. Por fin decidió ir a la casa. Moviéndose como una larga sombra negra, dio la vuelta al edificio, silenciosamente. Muy pronto encontró los hilos del teléfono. Los cortó y los ató con una delgada cuerda negra, de la que le había provisto Moe.

A la izquierda de la casa había ventanas francesas que daban a la sala de armas. Le costó poco abrir la falleba de la puerta y entró sin hacer ruido en la amplia habitación. Nunca había entrado en esa forma a una casa, y estaba nervioso. Permaneció en la oscuridad paseando la luz de una poderosa linterna alrededor del cuarto y escuchando con atención. La luz alcanzó el armero. Dejó las armas en el suelo, luego actuando según las instrucciones de Moe, registró los cajones del escritorio. Encontró una 38 automática que deslizó en su bolsillo. Luego volviendo a levantar las armas del suelo, caminó a la luz de la luna. Cuando estuvo a varios metros de la casa, enterró las armas en una duna de arena.

Todo esto le llevó tiempo. Cuando regresó eran poco más de las dos. Cerró las ventanas francesas, y con la ayuda de un delgado cortaplumas atrancó el pestillo para volverlo a su lugar.

Entonces se dirigió rápidamente hasta el garaje. La puerta estaba sin llave. La descorrió, entró y volvió a colocar la puerta como estaba. Encendió la luz eléctrica. Trabajando con rapidez, quitó las bujías de ambos autos. Las envolvió en su pañuelo. Las llevó al mismo lugar donde había enterrado las armas y las enterró también.

Se encontraba menos nervioso. Todo le iba saliendo tal cual Moe le había dicho. El perro ya no existía, las armas enterradas, los coches inmovilizados y el teléfono desconectado. Ahora tenía que ocuparse del sirviente vietnamita.

De un ancho bolsillo, que abarcaba todo el largo de la pierna izquierda de su

pantalón, sacó una cadena de bicicleta. Esta era el arma favorita de Riff en las peleas. Con mucho cuidado enrolló la cadena como si fuera un vendaje alrededor de su puño derecho. Flexionó los dedos para asegurarse de que no tenía la cadena demasiado apretada; entonces, satisfecho, se dirigió hacia la cabaña del personal.

Di-Long era un hombre muy pequeño; de huesos endebles, delgado y nervioso. Unos minutos después de las dos se había despertado de un sueño desagradable. En general, dormía toda la noche, y el despertarse así de golpe le alarmó. Se quedó un momento en la oscuridad, pensando qué era lo que podría haberle despertado, luego encendió la luz de su mesa de noche y bajó de la cama. Sintió sed y fue a la cocina, sacó una botella de refresco de la nevera y le quitó la tapa. Con la botella en la mano, fue a la puerta de la cabaña, dio la vuelta a la llave y abrió la puerta. Salió a la luz de la lima, mirando hacia la casa del rancho. Mientras estaba allí, Riff llegó silenciosamente a un lado de la cabaña.

Los dos hombres se detuvieron y se miraron. La luz de la luna caía de lleno sobre Di-Long, y Riff le vio con toda claridad, mientras él estaba en las sombras y Di-Long sólo pudo ver una enorme sombra negra, que le paralizó, presa de terror. La botella de gaseosa se derramó entre sus dedos, y sin ruido fue cayendo gota a gota en la arena. La bebida derramada hizo una mancha negra, donde Riff, recobrándose primero, con los nervios en terrible tensión, se echó hacia atrás. Pudo ver a Di-Long abriendo la boca. Sabía que un segundo después el silencio de la noche sería roto por el grito de Di-Long pidiendo ayuda. Su puño derecho, envuelto en la cadena, avanzó con la fuerza que da el pánico y la velocidad sorprendente de un rayo.

Riff sintió su puño estrellarse contra un lado de la cara de Di-Long. Sintió el choque en todo el brazo. El vietnamita cayó hacia atrás dentro de la cabaña y rodó sobre el piso. Sólo sus delgados tobillos y sus pequeños pies calzados con sandalias de paja quedaron expuestos a la luz de la luna.

No debí haberle golpeado tan fuerte, pensó Riff, sintiendo que le corría un frío por la espina dorsal.

Se dio cuenta de que había dado al hombrecillo un terrible golpe y tenía el angustioso presentimiento de que un hombre de ese tamaño no podría recobrase de semejante trauma.

Miró hacia la casa sintiendo que le bajaba por la cara un sudor frío.

¡Mala suerte!, pensó. ¿Qué estaba haciendo él allí? ¡Judas! ¡Me estaba observando! ¡Judas! ¡Me estaba observando! ¡Iba a gritar! ¡Tuve que golpearle! Desenrolló la cadena y comenzaba a introducirla en el bolsillo, cuando advirtió que la cadena estaba mojada y viscosa. Haciendo una mueca, salió de la sombra de la cabaña y contempló la oscuridad brillante de la mancha que ocupaba tres cuartos de la medida de la cadena. Sabía que era sangre, y restregó furiosamente la cadena en la arena, para limpiarla. Satisfecho de cómo había quedado, se la volvió a meter en el

bolsillo. Entonces prendió un cigarrillo, buscó en su bolsillo y sacó su linterna. Contempló los pequeños pies que yacían a la luz de la luna. ¿Habría matado a ese sujeto amarillo? Suponiendo que así fuera, el golpe se volvería contra él. Kramer había asegurado que no corrían ningún riesgo como si hubiese estado convencido de que podría hablar al padre de la chica raptada, que éste le pagaría y que podría mantener a los polizontes fuera del asunto, pero si este pequeño sujeto estaba muerto, ¿podría Kramer mantener alejada a la policía?

Maldiciendo en voz baja y con el corazón latiéndole con pánico, Riff apretó el botón de la linterna y dirigió el rayo de luz a la cara sin vida de Di-Long, completamente destrozada.

Era difícil imaginarse lo que hubiese llegado a ser Zelda Van Wylie si su único mérito no hubiese consistido en ser la heredera de un billón de dólares; probablemente una vendedora poco eficiente de un establecimiento de segunda categoría o tal vez una mecanógrafa mediocre; pero lo cierto es que con la educación que tenía y con su mediana inteligencia no podía haber aspirado a nada mejor.

Pero ya que tenía la suerte de haber nacido hija única de un billonario tejano que estaba embobado con ella, era capaz de superar hasta cierto punto algunas deficiencias con que la había dotado la naturaleza.

En apariencia no era más que una hoguera apagada. Había llegado a esa conclusión después de estar horas observando su cuerpo desnudo ante un gran espejo en el cuarto de baño. Era bonita, pero insulsa y descolorida. Tenía grandes ojos pardos, por lo general con expresión malhumorada; una bonita nariz y una bonita boca, pero el mentón deprimido iba desapareciendo, y esto estropeaba su aspecto general.

Era enjuta de busto, y se desesperaba cuando admiraba esas estrellas de cine con bustos superdesarrollados. Tenía anchas caderas de matrona, que trataba de disciplinar comprimiéndolas con las peores fajas que un mercado de fajas pudiera proveer. Sus piernas, sin embargo, eran largas y delgadas, y eran su consuelo.

Desde que nació había sido consentida. Ahora, a los dieciocho años de edad, estaba aburrida, sexualmente frustrada, irritable y cansada. Tenía inteligencia suficiente como para darse cuenta de que los varios jóvenes que rondaban alrededor de ella tenían puestos sus ojos calculadores en la fortuna, que en su momento sería de ella. Había llegado a tomar aversión a los hombres y desconfiar de ellos como tales, pero compensaba algunas de sus frustraciones sexuales mirando fotografías de hombres desnudos con enormes músculos en algunas revistas naturalistas.

Otro escape que tenía era la adoración por algunos astros de cine, a los que importunaba sin cesar pidiéndoles autógrafos y fotografías. Consideraba a los hombres como Cary Grant, Georges Sanders y William Holden como el sumum de la perfección masculina.

A pesar de tener todo lo que el dinero puede comprar, Zelda llevaba una vida de rutinario aburrimiento. Iba al cine cuatro veces por semana. Las reuniones que organizaba otras dos veces eran vulgares y aparatosas, pero la gente joven que asistía a ellas gozaba con las comidas exóticas y con las bebidas abundantes y variadas que se les ofrecía, ya que por ellas la mayor parte de los jóvenes se volvían parásitos de la casa. La criticaban en cuanto volvía la espalda y no le ofrecían nada en cambio de lo que ella les daba.

Las pocas personas que la conocían mejor pensaban que era triste que Zelda considerara a su padre como responsable de su aburrimiento y falta de felicidad. Si él no hubiese tenido tanto dinero, decía, ahora estaría casada y sería feliz. El casamiento significaba para Zelda la curación de todos sus males y, en particular, de su aburrimiento. El afecto empalagoso de su padre la había envuelto como una manta. Su ansiosa intervención en cualquier proyecto que ella hiciese la molestaba. Las constantes sugerencias para sacarla de su tedio eran recibidas con desdén.

Seguramente su continua insistencia para que pasara momentos agradables con muchachos de su edad fue lo que quitó a Zelda todo interés por los hombres. John Van Wylie hizo todo lo que pudo por su hija, pero fracasó por haberla mimado demasiado, colmándola de todo lo que deseaba o no deseaba; él se había convertido para ella en un viejo aburrido que le atacaba los nervios.

Esa mañana de verano del mes de julio, Zelda se había levantado a las siete y se había sometido durante una hora a los dolorosos masajes de un experto que vivía en la gran mansión, con el único fin de lograr reducir la línea de las caderas de Zelda. Luego tenía un tedioso desayuno con su padre, y por fin, unos minutos antes de las nueve, siguiendo la rutina establecida, salía de su casa y tomó el Jaguar tipo E que la esperaba frente a la escalinata de la terraza.

Había decidido dar un poco de brillo a su fin de semana haciéndose teñir su pelo mortecino del tono de los damascos frescos. Había leído en una de las revistas dedicadas a las mujeres, que el color damasco para el cabello no sólo era el que estaba más de moda, sino que también era muy chic y sofisticado.

Condujo el Jaguar siguiendo el largo camino. Uno de los pocos talentos que poseía Zelda era el saber conducir cualquier automóvil como un corredor experto.

En el extremo del camino, al lado de la verja electrizada, la esperaba Chita. Estaba al lado de un Ford Lincoln azul que Kramer había comprado en algún emporio de autos fuera de uso.

A unos pocos metros de ellos, Moe Zegetti se hallaba escondido detrás de un espeso grupo de arbustos, notando que su corazón le latía con fuerza. No tenía la menor duda de que Chita haría todo lo que se le había pedido, y sabía que una vez que tuvieran a la chica, ya no se echaría atrás. Igual que Riff Crane, él también se daba cuenta de que se estaban jugando la vida. Aunque tratando de convencerse a sí mismo de que Kramer nunca había cometido una falta, tenía que admitir que Kramer ya no era el mismo de antes, aquel que una vez había dirigido los sindicatos con tanta crueldad y tanto éxito.

Para aumentar su malestar, cuando salía para encontrarse con Chita, había recibido una llamada del hospital. La enfermera le había dicho que su madre estaba ahora muy grave y que preguntaba por él.

Moe no podía hacer nada. Se había comprometido en el negocio. Le había dicho a

la enfermera que iría lo más pronto que pudiera. El sabía que su madre lo comprendería. Sus deprimidos pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de un automóvil que se acercaba; tuvo tiempo de ver el Jaguar que salía de la verja antes que desapareciera de su vista.

En ese momento Chita había levantado el capot del auto. Llevaba un vestido de algodón azul y blanco, comprado con el dinero que le diera Kramer para esta ocasión, y sus cabellos teñidos estaban atados atrás de manera muy cuidadosa con un trozo de cinta azul. Terna el aspecto de una chica americana de las que se ven a montones.

Al revés que Moe y su hermano, Chita había entrado en el negocio con una confianza absoluta. Ya estaba haciendo proyectos de lo que harían cuando tuvieran los diez mil dólares que les habían prometido. En ningún momento se le había ocurrido, a pesar de la preocupación de Riff, que el asunto podía salir mal.

Cuando Zelda se bajó del auto para abrir la verja, contempló a Chita con envidia. Se dio cuenta, por los fuertes pechos que levantaban el género barato del vestido de Chita, de que esta chica no usaba esos horriblemente incómodos rellenos que ella se veía obligada a usar.

—¿Puede ayudarme? —preguntó Chita, con una sonrisa amplia y amistosa—. Hay algo que no anda en la parte eléctrica. ¿Hay algún garaje cerca de aquí?

Observando y escuchando, Moe movía la cabeza en señal de aprobación. Chita se estaba comportando en forma natural y aceptable.

A Zelda le gustó el aspecto de esa chica. Era de un mundo en el cual *nunca* tendría la oportunidad de alternar. La chica le interesó.

—Hay un garaje en la carretera. Yo la llevaré... súbase.

Había resultado demasiado fácil.

Cuando Chita se subió al auto, exclamó:

—¡Qué belleza! ¿Es suyo?

Zelda asintió mientras apretaba el arranque.

—Sí... ¿le gusta?

—¡Supongo que irá a más de cien!

Esto fue lo peor que pudo haber dicho, porque Zelda era muy engreída. Apretó con el pie el pedal de arranque, luego lo puso en velocidad. El coche se lanzó hacia adelante, y en unos segundos la aguja del marcador señalaba alrededor de doscientos quince kilómetros por hora.

Moe, que iba a subir al Lincoln, vio al Jaguar desaparecer literalmente de su vista. Arrancó lo más rápido posible.

Viendo que a Moe no le sería posible alcanzarlas a esa velocidad, se llevó las manos a la cara y gritó:

—¡Corre demasiado! ¡Por favor! ¡No tan ligero!

Zelda se rio. Le encantaba asustar a otros con la velocidad. Fue disminuyendo la

marcha hasta llegar a andar a un paso sedante de ciento diez kilómetros por hora.

—¿Estaba de veras asustada? Casi siempre conduzco así de deprisa... ¡Me encanta la velocidad!

—Creo que sí —dijo Chita, y miró por encima de su hombro a través de la ventanilla trasera. No había señal de Moe—. Pero... ¡era demasiado ligero! —se detuvo, y luego prosiguió—: Habrá algún automóvil... usted no irá a San Bernardino, ¿no? Tengo una cita... Ya llevo tarde.

—Justamente es allí donde voy —dijo Zelda—. Pero podemos parar en el garaje y buscar quien arregle su auto. Se lo pueden llevar a San Bernardino.

Chita pudo ver ante ellas la señal de Shell. Rápidamente dijo:

—No importa. Tomaré un taxi para volver. De veras quisiera llegar a San Bernardino lo más pronto posible.

Zelda se encogió de hombros, y el Jaguar pasó como una bala ante la estación de servicio. Después, mirando por el espejo, exclamó:

—¡Demonios! ¡Todavía no!

—¿Qué es eso? —preguntó Chita secamente.

—Un maldito inspector de velocidad —dijo Zelda con disgusto.

—Siento mucho, pero va a ser mejor que pare —y disminuyó la marcha, se colocó en el borde de la calzada y se detuvo.

Un momento después, un policía grandote, de cara colorada, se paró al lado del auto. Chita se quedó quieta, apretando las manos entre las rodillas. Mantenía la cara un poco vuelta cuando el policía bajó de su motocicleta y se inclinó dentro del auto.

—Buenos días, Miss Van Wylie —dijo con una radiante sonrisa—. Iba a ciento treinta en este momento. Lo siento, pero tengo que ponerla una multa.

—¡Al diablo con usted y su mujer y sus hijos! —gritó Zelda—. ¡Adelante y póngame la multa!

El agente se rio.

—Claro, Miss Van Wylie, pero por el amor de Dios, ande más despacio en la carretera —garabateó en una libreta y le dio la multa—. ¿Su papá está bien, Miss Van Wylie?

—¡A usted qué le importa! —dijo Zelda, y le hizo una mueca—. Le odiará aún más que lo que le odiaba ahora cuando le cuente esto.

El agente se rio de nuevo. Se anotaba un punto imponiéndole una multa por exceso de velocidad a una de las chicas más ricas del mundo. Conocía bien a Zelda. La multaba por lo menos una vez por semana. Los pequeños ojos del agente miraron a Chita y adquirieron una expresión de dureza. La observó un largo rato; Chita volvió la cabeza con lentitud y le miró directamente. De pronto, durante breves instantes, se sintió pequeña y desnuda bajo la mirada directa y dura del agente; luego, dominando su sensación de miedo, miró para otro lado.

El policía se retiró haciendo un saludo complicado.

—Siento mucho haber tenido que entretenerla, Miss Van Wylie, pero las cosas se han presentado así.

—¡Oh, déjese de monsergas! —dijo Zelda, y se sonrió.

En el momento que entraba de nuevo en la carretera, llegaba Moe_ en el Lincoln. Continuó su marcha, pasándolas; vio al policía y sintió un vuelco en el corazón.

—Ese auto se parece al suyo —dijo Zelda secamente.

Ahora rodaban a un promedio tranquilo de sesenta y cinco kilómetros por hora.

Chita sacudió la cabeza.

—¿Mi auto? ¿Cómo podría ser?

Zelda se mostró algo perpleja, y luego se encogió de hombros.

—Me ha parecido su auto. ¡Qué fastidio con ese policía! Ahora me va a seguir todo el tiempo hasta San Bernardino.

Chita titubeó. Miró para atrás. A lo lejos pudo ver al policía que las estaba siguiendo: esto podría ser peligroso. Tal vez se volviera una vez que llegaran a la ciudad. Abrió su bolso y sacó el frasco plano que le había dado Kramer.

—¿Qué tiene usted ahí? —preguntó Zelda.

Con un repentino tono maligno en la voz, Chita se lo dijo.

Por espacio de varios segundos, Vic Dermott miró con asombro su zapato teñido de sangre, luego, con una mueca de disgusto, se quitó el zapato del pie.

Carrie se había sentado bruscamente en la cama.

—Es sangre, ¿no? —preguntó con voz trémula.

—Podría ser... no sé. Vamos, Carrie, no te sientes ahí ahora. ¡Vámonos!

El tono de urgencia que había en su voz obligó a Carrie a levantarse.

—Ya estoy casi lista... Vic... es sangre, ¿no?

Vic se puso otro par de zapatos. Estaba tratando de recordar dónde podía haber pisado esa sangre que manchó su zapato. Estaba seguro de que hubiera notado la sangre si ésta se hubiese hallado a la luz del día. Debió haber sido en la cabaña, se dijo. ¿Estaría Di-Long herido?

Se detuvo en seco al oír un ruido que provenía de la puerta de la nevera que se cerraba.

—¿Oíste eso? —murmuró Carrie, abriendo grandes los ojos—. ¡Hay alguien en la cocina!

Vic terminó rápidamente de hacer el nudo de su zapato y se enderezó. Se miraron uno al otro.

—Ha sido como si hubiesen cerrado la puerta de la nevera —dijo, un poco nerviosa.

—¡Y ha sido eso! ¡Oh Vic! ¡Hay alguien en la casa!

—Muy bien... muy bien —dijo Vic—. Ahora no te quedes mirando. No te

muevas de aquí. Yo voy a ver.

—Querido... por favor...

Moviéndose en silencio, se dirigió a la puerta del dormitorio, que permanecía entreabierta. Escuchó, no oyó nada, entonces, mirando por encima de su hombro, dijo en tono bajo:

—Quédate con Júnior —y avanzó rápida y silenciosamente a través del vestíbulo hasta la puerta de la cocina.

Se detuvo en el umbral de la puerta, sintiendo que el corazón le saltaba un poco. La vista de Riff Crane con su vestimenta raída de cuero negro, con su cara cuadrada, sentado sobre la mesa de la cocina, mordiendo una pata de pollo, habría hecho flaquear a cualquiera con los nervios mejor templados que los de Vic.

Vic se quedó parado sin movimiento, sintiendo los golpes que le daba el corazón y una ola de sangre que le subía por la espina dorsal.

Riff le sonrió satisfecho.

—Aposté a que le metería miedo —dijo. Comió el último bocado de la pata de pollo y arrojó el hueso a través de la cocina.

Mientras el hueso se deslizaba por el piso, el miedo de Vic se transformó en un súbito furor.

—¿Qué piensa hacer aquí? —preguntó—, ¿quién es usted?

Riff le echó una mirada. La sonrisa volvió a su rostro cuadrado, pero sus ojos se tornaron negros y duros. Sacó de su bolsillo la cadena de bicicleta.

—Escuche, Mac, usted va a tener que serme útil. Estoy aquí por un tiempo. Tranquilícese y no será maltratado. Si hace lo que yo le digo, a usted, a la muñeca y al mocosito no les pasará nada —empezó a envolver muy despacio la cadena alrededor de su puño derecho—. Quiero café. Dígale a su muñeca que me prepare un poco... ¿me oye?

—¡Fuera de aquí! —dijo Vic—. Vamos... ¡fuera!

Carrie llegó a la puerta. Mantuvo su respiración jadeante a la vista de Riff, que le echó una mirada y sonrió.

—Bueno —dijo, y la miró maliciosamente—. ¡Eh!, muñequita, prepárame un poco de café o su preciosa criatura será maltratada.

Vic hizo un movimiento hacia atrás, pero Carrie, horrorizada a la vista de Riff, le agarró del brazo.

—¡No Vic! Le daré café. Vic... ¡por favor!

—Así me gusta, chiquita. Mientras los dos hagan lo que se les diga, no se les maltratará —dijo Riff. Entonces su expresión se volvió como la de un animal salvaje y apretó sus puños con fuerza brutal por debajo de la mesa. Gritó—: ¡Café! ¿Me oyen? ¡No voy a volver a pedirlo!

Vic tomó a Carrie y la empujó con rudeza fuera de la cocina.

—Quédate con Júnior —dijo—. ¡Tengo que arreglar algo con este bribón!

Se volvió a tiempo para ver a Riff levantarse de encima de la mesa y venir a él con una sonrisita burlona en los labios.

Vic siempre se había mantenido en forma, y en sus días de Universidad había sido un buen boxeador, pero no era contrincante para Riff, que había estado peleando brutalmente desde que podía recordar. Vic le lanzó un punch de izquierda que Riff evitó con un rápido movimiento de cabeza; entonces su puño armado golpeó el costado de la cara de Vic, y luego siguió pegándole como si lo hiciera con un martillo. Vic cayó inconsciente a los pies de Riff.

Con un grito agudo, Carrie se arrodilló al lado de su marido. Dándole la vuelta y gritando de nuevo al ver la sangre que le corría por la cara.

Riff desenrolló la cadena y volvió a guardársela en su bolsillo, luego, inclinándose hacia adelante, enroscó sus gruesos dedos en el pelo de Carrie, tiró de ellos y la levantó. Ella le pegó ciegamente, pero él le dio una sacudida que la dejó paralizada y casi le rompe el cuello, luego, soltándola, la empujó hacia afuera.

—Café —le gritó—. ¡Óigame! ¡Café o pongo la bota sobre este sujeto!

Carrie se levantó. Miró con horror las botas con tacones de acero que usaba Riff, luego, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, caminó con paso incierto a través de la cocina y conectó la cafetera.

Uno de los teléfonos que tenía Jay Dennison sobre su escritorio sonó con urgencia. Levantó el receptor, se lo acercó al oído y gritó:

—Aquí la Policía Federal de Campaña. Habla el inspector Dennison.

—Jefe... es Tom el que habla —Dennison reconoció la voz de su futuro hijo político—. Lo siento mucho, pero he perdido de vista a Kramer... en este instante. Supongo que sabía que le estaba siguiendo. Tengo a Abe conmigo, pero Kramer fue demasiado listo para nosotros dos juntos. Se esfumó en el espacio.

Dennison apretó los labios con furia. Se quedó silencioso un rato largo mientras se iba tragando las malas palabras que le subían a la boca, luego dijo:

—Bueno, muy bien, Tom, regresa y rápido —y colgó.

Diez minutos más tarde el teléfono sonó de nuevo. Esta vez era el agente especial Harry Garson.

—Lo siento, jefe, pero hemos perdido de vista a Zegetti.

—Ya sé —dijo Dennison rabioso—, se ha esfumado en el espacio —y colocó de un golpe el receptor. Se echó para atrás en su silla, y cuando empezaba a llenar su pipa la puerta se abrió y entró Tom Harper.

—Zegetti también —dijo Dennison—. Por consiguiente, estos dos deben andar juntos en algo... pero ¿en qué?

Harper empujó una silla hacia él y se sentó a horcajadas.

—Sabía que lo seguíamos, por supuesto —dijo—, pero nunca me imaginé que pudiera hacer semejante prueba de magia: se esfumó. Se dirigía al vestíbulo del...

—No interesa —interrumpió Dennison con impaciencia. Se puso de pie—. Vamos a dar un paseo —se colocó el sombrero para atrás y se dirigió a la puerta. Veinte minutos más tarde se detenía a un lado del largo camino que llevaba a la casa de Kramer.

—Apostaría a que no está en su casa —dijo, mirando la imponente verja de hierro—. Pero con un poco de suerte encontraremos a su mujer. En otros tiempos fue una cantante de «night club». Hace años que no la veo. Por lo que he oído, se ha vuelto respetable. La visita de agentes federales puede ponerla fuera de sí.

Tom bajó del auto, abrió la verja y volvió a subir.

—Qué manera de vivir, ¿no? —dijo con envidia mientras atravesaba el parque y se dirigía hacia la imponente casa.

—Así vivirá usted cuando haga su primer millón —dijo Dennison con acritud—. El hizo cuatro.

Una negra gorda de cara agradable abrió la puerta de la entrada.

—Mr. Kramer —dijo Dennison.

—Mr. Kramer no está en casa —dijo la negra, mirando a los hombres con suspicacia.

—Entonces Mrs. Kramer será lo mismo. Dígale que es el inspector Dennison, de la Agencia Federal —Dennison hizo un paso adelante y la negra salió corriendo. Los dos hombres entraron en el vestíbulo amplio y bien amueblado.

Helene Kramer bajaba las grandes escaleras. Se detuvo a la vista de los dos hombres. Se llevó la mano a la garganta con cierto malestar.

—Buenas tardes, Mrs. Kramer —dijo Dennison, despacio—. Somos agentes federales. Mr. Kramer no está, ¿he entendido bien?

Helene sintió que un frío mortal la vaciaba por dentro. ¡Agentes federales! Su mano apretaba el pasamanos. Había estado esperando siempre este momento desde que Jim se había retirado. Permaneció parada, sin movimiento, contemplando a los dos hombres, con pánico en la mirada; luego haciendo un esfuerzo, bajó las escaleras, haciéndole señas a Martha para que se fuese a la cocina.

—Sí, Mr. Kramer está fuera —dijo, tratando de dominar su voz—. ¿Qué pasa?

—Deseo verle. Soy el inspector Dennison —Dennison miró por la puerta abierta que daba a la sala—. ¿No podríamos hablar mejor allí? —y se dirigió con paso pesado hacia la amplia habitación, seguido por Harper.

Helene titubeó, luego les siguió a la habitación.

—No entiendo... ¿Qué pasa?

—Quiero hablar con él... es asunto de la policía. ¿Dónde está?

Helene vaciló. Los dos hombres observaban cómo se retorció las manos.

—Nueva York. Yo... yo no sé con exactitud dónde está. El... se ha ido allí por negocios...

Dennison la observó un rato largo. Recordaba lo que había sido quince años atrás. Ahora estaba más bien avejentada, pensó, y además con toda seguridad, está presa de pánico.

—¿Es cierto, Mrs. Kramer —preguntó con su voz de polizonte—, que un hombre llamado Zegetti, un ex presidiario y un conocido criminal visitó esta casa hace un par de semanas?

Helene buscó una silla y se sentó.

—Sí, así es. Es un viejo amigo de mi marido. Estaba buscando un lugar para abrir un restaurante en Paradise City —dijo despacio—. Como pasaba por aquí, mi marido le invitó a almorzar. Han sido amigos durante años.

Dennison se acarició la cara, y preguntó con una expresión sarcástica en la mirada.

—¿Zegetti abriendo un restaurante? ¿Le contó él eso?

—Sí, eso es lo que nos dijo —contestó Helene.

—¿Le sorprendería saber que Zegetti ha sido camarero de tercera categoría los meses pasados y no tiene ni un centavo suyo?

Helene cerró los ojos, se estremeció, y luego miró ansiosamente a Dennison.

—No sé nada de ese hombre —dijo—. Sólo lo que le contó a mi marido.

—Mire, Mrs. Kramer —dijo Dennison—, no tenemos nada contra usted ni contra su marido tampoco. El fue uno de los sujetos más importantes del hampa. Tuvo la habilidad de escapar antes de que lo pudiéramos agarrar. Tengo idea de que está saliendo de su retiro. Espero, por su tranquilidad y la suya, en que no sea así. Si puede ponerse en contacto con él dígame que le estoy buscando. Dígame que si está planeando algo, se va a encontrar con dificultades. Es un consejo de amigo; no le daré otro. ¿Me entiende? —le hizo una seña con la cabeza a Harper—. Vamos, salgamos de aquí.

Cuando los dos hombres se fueron, Helene se llevó las manos a la cara y se deshizo en lágrimas.

Mientras el inspector Dennison había estado hablando con Helene, Jim Kramer llegó en un taxi al Lake Arrowhead Hotel, un hotel de lujo, que en esta época del año estaba repleto de ricos visitantes.

Firmó el registro con el nombre supuesto de Ernest Bendix. La semana anterior había tenido la precaución de llamar por teléfono haciendo una reserva; fue llevado inmediatamente a una confortable *suite* que tenía balcón con vista al lago.

Estaba satisfecho consigo mismo. El modo con que había burlado a esos dos federales le probaba que no había perdido su pericia. Esperaba que Moe habría tenido

el mismo éxito. Después de deshacer la maleta, se dirigió al balcón. Se sentó allí, admirando la vista y fumando un cigarrillo, hasta un poco después de las diecinueve; entonces se fue al vestíbulo de la entrada e hizo una llamada a la Twin Creek Tavern. Pidió que le comunicaran con Mr. Marión: el nombre bajo el cual se había registrado Moe.

Los dos hombres hablaron en forma rápida y breve. Cualquiera que hubiese escuchado la conversación no habría podido sacar ningún informe, pero Kramer consiguió enterarse de que todo andaba bien y que los Crane habían llegado.

—Llámeme mañana, cuando haya mandado su encargo —dijo, y colgó.

Se preguntó si llamaría a Helene, pero decidió que no lo haría. Le había dicho que tenía un asunto urgente en Nueva York, concerniente a la muerte de Solly Lucas, y que no se preocupara si no sabía nada de él en varios días. Estaba un poco molesto recordando el aspecto afligido que tenía cuando él se había ido. Sabía que ella no era tonta y le fastidiaba pensar que con toda seguridad no había creído en su historia. Sería peligroso llamarla, decidió. Ella podría conseguir sin dificultad averiguar de dónde provenía la llamada y que no estaba en Nueva York.

Le sirvieron una excelente comida en su cuarto, y pasó la tarde en el balcón, fumando y bebiendo whisky, escuchando a la gente que se arremolinaba en la terraza de abajo.

Permaneció en su habitación toda la mañana siguiente. Después de las once, Moe telefoneó. Parecía fuera de aliento y había un temblor en su voz que a Kramer no le gustó.

—Tenemos el encargo —dijo Moe—, pero hay complicaciones.

—¿Dónde está usted? —preguntó Kramer, con voz cortante.

—En Lone Pine. Estoy hablando desde un teléfono público.

En el vestíbulo del hotel había una cantidad de cabinas telefónicas que Kramer sabía que no se comunicaban con la centralita.

—Quédese donde está. Deme su número. Yo le llamaré de nuevo —le dijo.

Se daba cuenta de que eso era peligroso. Una de las operadoras de la centralita podría estar escuchando; pero tenía que saber cuáles eran las complicaciones.

Moe le dio el número y colgó.

Kramer cogió el ascensor, bajó al vestíbulo del hotel, lleno de gente. Tuvo la suerte de encontrar una cabina desocupada. Encerrándose en ella, marcó el número que le había dado Moe. Este contestó al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó Kramer—. ¿Qué es lo que anda mal?

Moe le contó lo del policía de tráfico.

—Si el negocio sale mal —dijo Moe inquieto—, el agente podrá describir a Chita. La miró bien. Fue mala suerte, pero la chica conducía como una loca.

Kramer pensó con gran rapidez.

—No saldrá mal —dijo—. Eso es la trampa de este asunto. Los policía no se meterán en esto. Tranquilícese. ¿Cómo se porta la chica de Van Wylie?

—Chita la maneja... no hay dificultad por ese lado. El ácido la asustó en tal forma, que se quedó quieta. Pensé que usted debía saber lo del policía.

—Sí, muy bien, Moe, usted váyase. Tiene que estar en Wastelands dentro de una hora. Le llamaré allí a las doce y media. Crane estaba encargado de desconectar el teléfono. Arréglole en cuanto llegue allí, yo voy a hablar con Van Wylie.

Moe dijo que estaba de acuerdo, y colgó.

Kramer volvió a su *suite* y se dirigió al balcón. Uno nunca podía dar por seguro ningún negocio, pensó con cierto malestar. El asunto del agente le inquietó. Si resultaba ser uno de esos que meten las narices en los asuntos de los demás, era posible que pudiera informar a la jefatura que la chica de Van Wylie viajaba con una chica que no era de su nivel social. Lo probable era que no lo hiciera, pero podía hacerlo.

Un poco menos seguro de sí mismo, Kramer trató de tranquilizarse bajo los rayos del sol. Notó que miraba sin cesar el reloj. Por fin, unos pocos minutos antes de las doce y media, bajó al vestíbulo y pidió una comunicación con Wastelands.

Había un poco de demora, y luego la operadora dijo:

—Lo lamento, pero la línea está averiada. Nuestro técnico está en camino para allá en este momento. Si quiere volver a llamar dentro de una hora, estaré en condiciones de comunicarle.

Su rostro de pronto pareció de granito; Kramer le dio las gracias y colgó.

Ahora las cosas tenían que seguir su curso. Era posible que el peluquero llamara a Van Wylie para decirle que su hija no había llegado a la cita. A lo mejor había esperado hasta la hora de almorzar para llamar al Country Club, sabiendo que su hija siempre almorzaba allí, después de su cita con el peluquero. Cuando le informaran de que no la habían visto, lo probable era que llamase a la policía, y entonces el asunto se pondría feo.

NUESTRO TÉCNICO ESTA EN CAMINO PARA ALLÁ

¿Sería capaz Moe de manejar la situación? ¿Qué pensaría el técnico cuando viera las líneas cortadas? ¿Volvería a informar? ¿Llegaría ese informe a la policía? Todo dependía ahora de cómo manejara las cosas Moe. Kramer se dio cuenta de repente de que su cuello se apretaba demasiado. Introdujo dos de sus gruesos dedos en la tirilla del cuello y lo aflojó un poco. Su mente trabajó con agilidad. Hubiese tenido que cerciorarse de que Moe y Chita habían llevado a la chica a Wastelands. Tenía que llamar a Van Wylie antes de que éste alertara a la policía.

Sacó del bolsillo una pequeña libreta. En ella, entre otros números telefónicos,

había anotado el de Van Wylie.

En el momento que empezaba a marcar el número en el dial, titubeó de pronto y colgó el receptor. ¡Había estado a punto de cometer un error! Un hombre como Van Wylie tendría muchas vinculaciones en este distrito. Podría con mucha facilidad encontrar los rastros de esta llamada hecha desde el hotel, y eso podía resultarle fatal si llegaba a hacerse una investigación.

Abandonando la sombreada cabina, Kramer salió al pleno y brillante calor del sol. Llamó un taxi y dijo al chófer que le llevara a Main Street. Unos minutos después estaba en la Oficina Central de Correos, marcando el número de Van Wylie.

Oyó una voz de hombre que decía:

—La residencia de Mr. Van Wylie.

—Deseo hablar con Mr. Van Wylie —dijo Kramer—. Es urgente... tiene que ver con Mis Van Wylie.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—El no me conoce. Soy un amigo de su hija. Mi apellido es Mannikin.

—¿Puede esperar un momento, por favor?

John Van Wylie había vuelto justamente de su rutinario paseo matinal. Estaba en su despacho, un martini doble sobre su escritorio y una voluminosa correspondencia ante sí.

Fellows, su criado, llamó a la puerta y entró. Le dijo a Van Wylie que un tal Mr. Mannikin estaban en el teléfono.

—Dice, señor, que es un amigo de Miss Zelda.

John Van Wylie era un hombre pesado, bajo, con una cara ancha, pequeños ojos de mirada dura, una boca grande de labios finos y mandíbula cuadrada y agresiva. Era lo que parecía: el hijo de un maquinista y un hombre capaz de haber convertido un dólar en diez, sin importarle mucho cómo lo había hecho.

Miró largo rato a Fellows, con ojos que no eran más que un tajo. No recordaba a ningún amigo de Zelda que se llamara así. Se dirigió al teléfono, y con la mano izquierda conectó una cinta de grabar al teléfono y con su mano derecha levantó el receptor.

—¿Sí?

—¿Mr. Van Wylie?

—Sí.

—Es algo que concierne a su hija. No tiene ningún motivo para alarmarse... todavía —dijo Kramer, hablando rápidamente, no muy seguro de que Van Wylie no pudiera seguir los rastros de esta llamada—. Su hija ha sido raptada. Está perfectamente bien y le será devuelta dentro de unos días sin ningún daño. Sin embargo, si usted intenta recurrir a la policía o hace cualquier cosa que no se le haya indicado, no volverá a ver más a su hija. Formamos una gran organización, y su casa

está vigilada; la línea de su teléfono está controlada. No haga nada, no diga nada y espere. Mañana sabrá algo de mí. Le vuelvo a aconsejar que si desea ver de nuevo a su hija, espere y no haga nada —cortó la comunicación, y saliendo de la cabina, caminó lo más rápido que pudo hacia una fila de taxis y pidió a uno de los conductores que le llevara de regreso al hotel.

John Van Wylie permaneció un rato parado y sin moverse, con el receptor del teléfono apretado en su mano grande y fuerte. Su rostro había perdido algo de su color, pero su boca se transformó de golpe en una línea fea y de aspecto cruel. Volvió a colocar el receptor y desconectó la cinta del grabador.

—Busque a Andrews —dijo con voz cortante y dura.

Fellows salió rápidamente. Luego de un par de minutos, Merrill Andrews, el secretario de Van Wylie, un tejano alto, bronceado y fuerte, que vestía una camisa de sport y pantalón vaquero, entró en la habitación. Van Wylie estaba hablando con la supervisora del teléfono.

—La llamada se ha hecho desde la Oficina General de Correos, Mr. Van Wylie —le dijo, un poco azorada por estar hablando a uno de los hombres más ricos del mundo—. Desde una de las cabinas públicas.

Van Wylie le dio las gracias, y colgó. Se volvió hacia Andrews, que le estaba mirando expectante.

—Me acaban de llamar para decirme que Zelda ha sido raptada —dijo Van Wylie—. Consígame una comunicación con la casa de peinados y con el Country Club. Averigüe si Zelda ha estado allí.

Andrews se dirigió al teléfono mientras Van Wylie iba hacia la ventana. Van Wylie miró hacia afuera, sus manos apretadas detrás de la espalda. Andrews habló rápida y eficientemente. Pasados unos minutos, dijo:

—Miss Zelda no llegó a la peluquería. No ha sido vista en el Club. ¿Puedo llamar a la Policía Federal?

—No —dijo Van Wylie con un gruñido—. ¡No diga nada a nadie sobre esto! Ahora ¡váyase! Tengo que pensar algo.

Riff estaba en la galería de Wastelands, con un cigarrillo entre los labios delgados. Miraba cómo se iba acercando un auto por la larga avenida serpeante, y apretó la culata de la automática de Dermott que había introducido en el bolsillo superior de su pantalón de cuero.

Eran unos minutos después de las doce. Riff había encerrado con llave a los Dermott y a su hijito en la habitación del frente. Las ventanas estaban abiertas, pero no había otra salida. Desde donde se hallaba podía ver las ventanas, y no tenía ningún temor de que pudieran escapar. Al golpear tan fuerte al hombre había vencido sus veleidades y también las de su mujer.

Pero Riff estaba en extremo inquieto. Había matado al vietnamita. Esto, se decía, era el resultado de cambiar de los negocios pequeños a los grandes. Se maldecía por haber golpeado con tanta dureza al hombrecillo. Un hombre de la contextura física de Dermott, podría recibir una buena paliza, pero un enano como el hombrecito amarillo, no. Bueno, ahora ya estaba hecho. Riff había decidido no decir nada a Moe sobre el vietnamita. Había llegado a darse cuenta durante su breve asociación con Moe que a pesar de lo vivo que este tipo parecía, era blando. Si llegaba a saber que Riff había matado al vietnamita, casi con seguridad le largaría.

El auto se acercó a unos metros de donde él estaba. Moe iba conduciendo, Chita y la chica raptada estaban sentadas en la parte trasera.

Riff miró con curiosidad a la chica, dejando escapar el humo por la nariz. Estaba desilusionado. Había esperado algo mejor, pero cuando se bajó del auto, vio sus anchas caderas, y sus ojos se entrecerraron. Podría ser que no estuviese tan mal después de todo, pensó, mientras bajaba los escalones de la galería, exagerando su balanceo de matón.

—¿Todo bien? —preguntó Moe con ansiedad cuando bajó del auto.

Riff alzó un pulgar sucio.

—Ninguna novedad... ¿y usted?

—Bien —Moe se detuvo, luego miró hacia el auto—. Será mejor que lo ponga a cubierto. ¿Dónde está el garaje?

Riff lo señaló.

—Hay mucho lugar.

Moe subió al auto y lo llevó al garaje. Riff miró a Chita, que se hallaba al lado de Zelda. Alzó las cejas y ella asintió. Entonces miró a Zelda, que le observaba con mucha curiosidad. Había superado el miedo y estaba tranquila. Por lo que le había dicho Moe, no tenía nada que temer. Era cuestión del tiempo que tardara su padre en pagar su rescate.

Este hombre de aspecto sucio en su uniforme raído de cuero negro, con su cara

cuadrada, la intrigaba. Este era el tipo de bribón que veía tan a menudo en las películas: el tipo de hombre que le hacía sentir la sangre caliente en todo su cuerpo y que le producía sueños eróticos.

Riff vio el rubor que coloreaba su rostro y la manera en que se le oscurecían los ojos. Se dio cuenta de que había causado impacto en ella.

Se acercó.

—Soy Riff —dijo—. ¿Cómo te llamas, nena?

—Zelda Van Wylie —dijo Zelda. Su rubor comenzó a ceder. Para su edad tenía un buen dominio de sí. Esto podría ser divertido, estaba pensado. ¡Dios! ¡qué pedazo de hombre! ¡Si sólo estuviese un poco más limpio! ¡Esos hombros! ¡Esas manos brutales!—. ¿También está usted en esto?

—Por supuesto, nena —dijo Riff mirándola—. Todos nosotros estamos en esto. Vamos adentro y haga como si estuviese en su casa.

Subió tres escalones y puso su mano con ademán posesivo sobre su brazo. Ahora estaba muy cerca y ella podía sentir su olor y ver la suciedad de su cuello, sus uñas negras y la tierra en su cabello cortado al rape.

Se alejó de él frunciendo la nariz con disgusto.

—¡No me toque! —dijo en tono cortante—. ¡No se me acerque! ¡Usted huele mal!

Riff se quedó muy tranquilo. Los músculos de la cara se le movían bajo su piel grisácea como la superficie del agua agitada. Sus ojos se entrecerraron y su boca se transformó en una línea delgada y blanca.

Sabiendo lo que significaban esos síntomas, Chita dijo:

—¡Cállate, Riff! ¡Escúchame! ¡Basta de eso!

El repentino furor frenético que brillaba en sus ojos asustaron a Zelda, quien retrocedió.

—¡Riff! ¡Cállate! ¡Ahí viene él!

—Muy bien, nena —dijo Riff en voz baja, contemplando a Zelda—. Ya me acordaré. Hay mucho tiempo... ya me acordaré.

Moe se acercó, secando su rostro sudoroso con un pañuelo sucio.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó—. ¡Déjala ir adentro!

Chita hizo una seña a Zelda, y las dos mujeres subieron los escalones y entraron en la casa.

Riff las miraba. Sus ojos bajaron a lo largo de la espalda de Zelda.

—¿Qué pasa con los Dermott? —preguntó Moe.

Riff no dijo nada hasta que las mujeres estuvieron fuera de la vista. Entonces se volvió y miró a Moe.

—Están encerrados en el cuarto de enfrente. El sujeto se ha querido hacer un poco el guapo y he tenido que pegarle. Ahora no nos van a molestar más.

—¿El perro?

—Nada de él. Lo he enterrado.

—¿El sirviente?

Riff señaló con el pulgar la cabaña del personal.

—Está encerrado con llave allí. He tenido miedo que se escapara. Ahora no nos va a molestar. No puede salir.

—Sería mejor reparar la línea del teléfono —dijo Moe—. El patrón va a venir en cualquier momento.

A Riff no le gustaba recibir órdenes de nadie. Miró a Moe y luego se encogió de hombros.

—No se puede —contestó—. He cortado los cables, pero no hay cinta para unirlos.

—Busca en el garaje —dijo Moe con impaciencia—. Puede que encuentres algún alambre allí entre los desperdicios. Tenemos que tener la línea en condiciones. ¡Vamos! —subió los escalones y entró en la casa.

Riff se rascó la nariz pensativo. Era un poco demasiado temprano para una declaración forzada. Encogiéndose de hombros, se dirigió con pasos perezosos hacia el garaje.

Vic Dermott, recostado en el sofá de su despacho, oyó el auto que llegaba. Tenía un violento dolor de cabeza y una contusión que se extendía hasta abajo en el lado derecho de la cara. Había estado inconsciente durante tres horas, y sólo ahora se estaba recobrando poco a poco. Carrie estaba sentada a su lado, sosteniendo una de sus manos, observándolo con mirada curiosa. No se habían dicho mucho uno al otro. El golpe había sido tan violento, que Vic sintió que su cabeza se iba a la deriva, pero al oír el ruido del auto, intentó sentarse.

—Quédate quieto —dijo Carrie, mirando a sus pies. Miró por la ventana y vio a Zelda y a Chita enfrentando a Riff. Luego vio a Moe llevar el auto al garaje—. Hay tres más. ¡Oh Vic! ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es esa gente?

Rechinando los dientes, Vic se sentó con gran esfuerzo. Por un momento la habitación dio vueltas ante sus ojos, luego cada cosa volvió a su situación normal. Miró más allá de Carrie a través de la ventana abierta.

Riff estaba conversando con Zelda. Vic miró a la chica, luego a Chita, antes que sus ojos volvieran a Zelda.

—No puede ser —murmuró y se pasó la mano por los ojos; luego volvió a mirar. Zelda y Chita estaban ahora caminando hacia la casa—. Esta chica... no puede ser —ahora estaban fuera de su vista y podían oírse sus pasos a través de la sala—. Es exactamente igual a la hija de Van Wylie —Vic se tocó el costado de la cara y dio un respingo—. Ya sabes... se supone que ella es una de las chicas más ricas del mundo. Zelda... ¿no es ese su nombre?

—¡Claro que sí! Yo la conozco. ¡La he visto en alguna parte antes! —exclamó Carrie sin aliento. Miró a Vic—. ¡Ellos la han raptado!

—Podría ser, y están usando este sitio como escondite —cogió una esponja que había en un tazón con agua helada, la escurrió y se la puso en la cara—. Podría ser —siguió—. Es una buena idea, ¡maldita sea! ¿A quién se le va a ocurrir venir a buscarla aquí?

—¡Ahí viene un auto! —exclamó Carrie. Señaló fuera de la ventana. Unos kilómetros más abajo por el camino podían ver una nube de tierra que siempre anunciaba la venida de un auto.

Vic se dejó caer sobre el almohadón. La cabeza empezó a dolerle con tanta violencia, que de pronto no le importó nada de nada. En ese momento Júnior empezó a chillar, y Carrie se apresuró a atenderlo.

Carrie no había sido la única que había visto el auto que se acercaba.

Riff entró dando zancadas en la sala donde Zelda y Chita estaban sentadas. Moe se estaba preparando un cóctel en el bar.

—Viene un auto —dijo Riff—. ¡Estará aquí dentro de cinco minutos!

Moe dejó al instante el vaso y fue a la ventana. Contempló la nube de tierra que se acercaba, y sus dedos tocaron nerviosamente la culata de un 38 que tenía en una funda debajo de su chaqueta. Su cerebro trabajó con rapidez. Se volvió hacia Chita.

—Tú harás de criada —dijo—. Si vienen aquí, sales a la puerta y dices que los Dermott están afuera. Si arman lío, nosotros estaremos detrás —miró a Zelda—. Si hace el menor ruido se arrepentirá.

Riff se sonrió.

—No hará nada. No es así, ¿nena? —dijo mirando fijamente a Zelda.

Ella le devolvió la mirada y después miró para otro lado, con expresión desdenosa.

—Eres muy lista —dijo con desprecio—. Nena, te está llegando el momento. Yo...

—¡Cierra la boca! —vociferó Moe—. ¡Vigila a los Dermott! Tenlos a raya. Yo me quedo aquí.

Riff le clavó la mirada, ampliando su sonrisa despectiva y salió cruzando el vestíbulo; abrió la puerta del despacho y entró en él.

Chita, que estaba mirando hacia afuera por la ventana, anunció:

—¡Vienen a reparar el teléfono!

Moe se quedó sin respirar.

—Está examinando la línea. Cuando vean que está cortada...

—¡Oh, cálmese! —dijo Chita en tono cortante—. ¡Yo lo arreglaré!

Como el camión con su escalera en el techo y dos electricistas en el pescante llegaban al costado de la casa, Chita atravesó el vestíbulo y abrió la puerta de entrada.

El portero del Lake Arrowhead Hotel se tocó la gorra cuando Kramer cruzó el vestíbulo lleno de gente.

—Su auto está listo, señor —dijo—. Era sólo por dos días, ¿no?

—Sí —dijo Kramer, y deslizó un billete de cinco dólares en la mano expectante del portero—. Si lo necesito por más tiempo se lo haré saber.

El portero le condujo hasta el Buick descapotable que estaba estacionado en uno de los aparcamientos del hotel, y abrió la puerta.

—Quédese con el auto todo el tiempo que quiera —dijo mientras Kramer se instalaba en el volante.

Kramer hizo una seña al portero, puso el auto en marcha y salió en dirección a Pitt City.

Unos minutos después de las tres, en el calor agobiante de una tarde de sol, Kramer tomó el camino de tierra que llevaba a Wastelands.

Se detuvo ante la verja, bajó del auto, la abrió, entró con el auto, volvió a bajar y cerró la verja. El calor le hacía sudar y se percató de que el molesto dolor del costado se había recrudecido. En el momento que tomaba el camino serpeante que llevaba a la casa, sintió que perdía la confianza en sí mismo de manera sorprendente. Estaba haciéndose viejo, se dijo. ¡Si algo saliese mal! ¡Si después de todos estos años en el hampa fuese a acabar de manera inesperada en una celda policial! El dolor del costado aumentaba y se colocó la mano grande y carnosa en el pecho. Pero no podía dar marcha atrás ahora. Confiaba en Moe. El plan era bueno. No podía acabar mal.

Cuando llegó frente a la puerta de la entrada de Wastelands, vio a Riff, instalado en un sillón de bambú, los pies sobre la baranda de la galería. Riff se levantó cuando Kramer bajó del auto.

—Lleva este auto donde no se pueda ver. ¿Dónde está Moe? —ordenó Kramer en tono cortante.

Riff se quedó mirándolo con sus pequeños ojos indagadores. Señaló con el pulgar la puerta de la casa, y con un movimiento perezoso, saltó la baranda de la galería, subió al auto y lo llevó hacia el garaje.

En el momento en que Kramer subía los escalones, la puerta de la entrada se abrió y Moe salió a la luz del sol.

Los dos hombres se detuvieron y se miraron uno al otro.

—¿Y bien? —preguntó Kramer, con alguna sequedad en la voz.

—Todo marcha perfectamente —contestó Moe—. La chica está aquí. No ha habido ningún inconveniente con los Dermott. Hemos tenido la visita de un electricista para el teléfono porque Riff había cortado los hilos, pero Chita ha solucionado el asunto. Se han ido satisfechos. Andamos por buen camino.

Kramer lanzó un largo suspiro. Mostró sus dientes descoloridos en una gran

sonrisa de súbito alivio.

—Cuando quiera algo bien planeado, recurra a mí, ¿eh? —entró a la casa—. ¿Dónde está Dermott? El es el tipo con quien quiero hablar —Moe se encaminó hacia la puerta del despacho.

—Está dentro con su mujer —cuando Kramer iba a dirigirse allí, Moe dijo—: Jim... espere un poco. Está un poco enojado. Riff tuvo que golpearlo.

Kramer se detuvo en seco. Su cara carnosa se puso escarlata cuando se dio vuelta para mirar a Moe.

—¿Golpearlo? ¿Qué diablos quiere decir con eso?

Moe desvió la vista, molesto.

—Bueno, el muchacho trató de ser un héroe. Riff tuvo que tranquilizarlo.

Kramer se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente.

—¿Cómo está ahora?

—Está bien ahora, pero Riff lo golpeó fuerte.

Kramer gruñó entre dientes y luego se dirigió a la puerta del despacho, hizo girar el picaporte y entró en la gran habitación bien aireada.

Vic y Carrie estaban sentados el uno al lado del otro, en el sofá. A la vista de este hombre corpulento, entrado en años, Vic, lentamente, se puso de pie.

—Tengo que pedirle disculpas, Mr. Dermott —dijo Kramer con su voz más amable y falsa, que usaba a veces para su trabajo—. Me han dicho que uno de mis muchachos se ha excitado un poco —se detuvo al advertir la herida lívida que se extendía por todo un lado de la cara de Vic—. ¡Lo siento mucho!

—¿Quién es usted? —dijo Vic—. ¿Uno de estos... estos bribones que actúan en mi casa?

Kramer entró en el cuarto y se sentó. Saludó con una inclinación de cabeza a Carrie que le estaba observando.

—Mis respetos, Mrs. Dermott. Lamento todo esto, pero es inevitable —miró a Vic—. Mr. Dermott, ha sido una mala suerte que alquilara este... lugar. Espero que querrá cooperar con nosotros. Si se sienta, le explicaré con toda exactitud de qué se trata y entonces usted mismo podrá decir si quiere o no entrar en el juego conmigo.

Vic y Carrie cambiaron miradas, luego, dominando su furia, Vic se sentó. Buscó un cigarrillo y lo encendió, mientras observaba la cara grande y colorada del hombre.

—Adelante —dijo—. Necesito alguna explicación.

—He sido bastante afortunado como para raptar a una de las chicas más ricas del mundo —dijo Kramer, con una gran sonrisa, que se extendió a todo su rostro—. Yo calculo que vale cuatro millones de dólares para su padre. Este lugar me pareció un cuartel general para negociar el rescate y un excelente sitio donde esconder a la chica. Seré lo más breve que pueda, Mr. Dermott. Le he elegido a usted para que hable con el padre de la chica y que le convenza de que pague sin protestar. También tendrá que

buscar el dinero y traérmelo a mí.

Vic se quedó rígido. Comenzó a decir algo, pero se detuvo al ver que los ojos de Kramer estaban fijos en Carrie con una mirada maligna.

Después de una pausa, Kramer prosiguió:

—Tengo entendido que usted tiene una criatura... ¿un varón? —miró a través del cuarto hacia donde estaba durmiendo Júnior—. Me gustan los chicos. Lo último que desearía es ver a un pequeñuelo metido en líos. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir?

Carrie puso una mano en la de Vic. Su piel estaba caliente y seca.

—Creo que sí... si no hago lo que usted quiere —dijo Vic— nos quita al niño, ¿no es así?

Kramer sonrió satisfecho.

—Me gusta tratar con un hombre como usted, Mr. Dermott. Es rápido, inteligente y razonable. Este muchacho, Riff... es peligroso y está hasta cierto punto fuera de mi control. Tengo miedo de que le persiga —hubo un silencio amenazador, luego Kramer prosiguió—: ¡Le importa un pepino a quien persigue, maldita sea! ya sea hombre, mujer o niño.

Vic pensó en Riff. Era uno de esos retrasados mentales, repugnantes, salidos del arroyo, capaz de cualquier cosa. Todo lo que le interesaba ahora era poner a salvo a Carrie y a Júnior.

—Si cree que puedo persuadir a Van Wylie de que pague, trataré de hacerlo —dijo por fin.

Los ojos de Kramer se entrecerraron.

—¿Quién ha dicho nada sobre Van Wylie? —había un tono peligroso en su voz.

—He reconocido a la chica —dijo Vic con impaciencia—. Es una persona muy conocida. ¿Qué quiere que haga?

—¡No, Vic! —exclamó Carrie—. Tú...

Vic volvió la cabeza hacia ella. La expresión de su mirada firme la hizo callar de golpe. Se volvió una vez más hacia Kramer, que estaba instalando su pesado cuerpo en un sillón.

—No tendrá dificultad alguna —dijo Kramer—. Todo lo que debe hacer es convenir el rescate con Van Wylie y convencerle de que si no paga hasta el último centavo, no verá nunca más a su hija. Tengo idea de que debe ser fácil de convencer. Quiero que él le dé diez cheques certificados, por cuatrocientos mil dólares cada uno. Firmados por un hombre del valor financiero de Van Wylie no habrá dificultad en cobrar los cheques por esa suma. Su tarea consistirá, Mr. Dermott, en ir a varios bancos y hacer efectivos esos cheques. Yo le daré una lista de bancos; están muy diseminados y usted no tendrá ninguna dificultad. Después me traerá el dinero a mí. Dejaré en libertad a Miss Van Wylie y usted también estará libre para continuar su trabajo —sonrió—. No es muy difícil, ¿verdad?

—Me parece que no —dijo Vic tranquilamente.

Kramer le observó durante un buen rato, su rostro convertido en una fea y dura máscara.

—Si usted no logra convencer a Van Wylie de que debe pagar todo junto, de que no tiene que meter a la policía en esto y de que de lo contrario no volverá nunca más a ver a su hija, si trata de hacer alguna viveza, su mujer y su hijo se encontrarán en un peligro real. Quiero que comprenda bien esto. El dinero es importante para mí. Lo necesito. Estoy en una situación que no me permite tener ninguna especie de sentimentalismo. Le aseguro a usted que si las cosas se ponen feas por su culpa o por la obstinación de Van Wylie, las primeras personas que sufrirán las consecuencias serán su mujer y su pequeño —Kramer se inclinó hacia adelante, con los ojos fríos, inyectados en sangre—. Quiero que piense lo que un sujeto como Riff puede llegar a hacer a un niño. Le gusta tratar con alguien que no le pueda devolver los golpes. Dese cuenta adónde quiero llegar. Le aseguro que si fracasa nuestro plan, yo me apartaré y les dejaré a todos ustedes enteramente en manos de Riff.

Por consiguiente ande con mucho cuidado, Mr. Dermott. ¿Me entiende? —se puso de pie—. Les dejo para que los dos discutan este asunto. Espero que mañana por la mañana vea a Van Wylie. Esto le dará tres días para reunir el dinero. Luego tiene que volver aquí. Si todo marcha bien, no nos volverá a ver nunca más. Si hay alguna dificultad... —se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—Espere. ¿Qué ha pasado con mi sirviente? —preguntó Vic.

Kramer se detuvo, con la mano en el picaporte de la puerta.

—No le ha pasado nada. Está en perfecto estado.

—No lo creo —dijo Vic, mirándose los pies—. Hay sangre en las dependencias del personal... él ha desaparecido.

La cara de Kramer se puso rígida. Abrió la puerta.

—¡Riff! —su voz profunda y pesada resonó a través de toda la casa del rancho.

Hubo un rato de espera, luego Riff entró en el vestíbulo. Miró de soslayo a Kramer.

—¿Me busca?

—¿El vietnamita? ¿Qué ha pasado con él? —preguntó Kramer.

Riff señaló con el pulgar hacia la cabaña del personal.

—Está allí adentro —dijo.

—¡Está mintiendo! —exclamó Vic—. ¡No está allí!

Riff le sonrió con expresión maligna.

—¿Quiere otro puñetazo en la boca?

—¡Basta ya! —gruñó Kramer, y salió del cuarto.

Después de mirar fijamente a Vic durante un rato, Riff le siguió. Ya afuera, en el vestíbulo, Kramer inquirió:

—¿Qué ha pasado con el hombre amarillo?

—Se excitó —dijo Riff secamente—. Tuve que darle un leve puñetazo. Se le hinchó un poco la cara, pero ahora está bien.

Kramer gruñó. Tenía demasiados problemas en la mente para preocuparse de un sirviente vietnamita.

Moe llegó del salón y Kramer le hizo una seña.

—Me quedaré esta noche. Hay lugar para mí, ¿no es así?

—Desde luego —dijo Moe—. Hay muchísimo lugar.

—¿Dónde está la chica de Van Wylie?

—Chita se ocupa de ella.

—¿No hay posibilidad de que se escape?

—Hay una distancia de veinticinco kilómetros hasta la carretera principal. No hay ninguna posibilidad. Este es el lugar perfecto.

Mientras los dos hombres se encaminaban al salón, conversando aún, Riff salió a la galería y se sentó. Miraba inquieto el lugar, a unos cien metros de donde él estaba sentado, en que había enterrado a Di-Long.

Fue sólo después de medianoche cuando los Crane se encontraron solos por primera vez después del rapto.

Riff estaba sentado en el sofá de bambú en el extremo de la galería, desde donde podía vigilar las ventanas de los cuartos en que los Dermott y Zelda estaban durmiendo.

Chita salió de la sombra y se unió a él. Se sentó en el suelo a sus pies y tomó el cigarrillo que él le tendía.

—¿Qué te está dando vueltas por la cabeza? —le preguntó e inclinó la suya hacia adelante para encender el cigarrillo con la llama del fósforo que él había prendido—. ¿Esa chica?

Riff se levantó fastidiado. A él siempre le irritaba que Chita penetrara sus pensamientos más secretos. Hizo una mueca despectiva.

—¿Crees que me preocupa?

—Sí... creo que sí.

—¡Qué ocurrencia! ¡Jamás me ha preocupado una falda!

Hubo un largo silencio mientras los dos fumaban. Dándose cuenta de que algo no andaba, Chita esperó. Su hermano siempre le había confesado sus inquietudes cuando llegaba el momento. Nunca intentaba apremiarle. Pero cuando ya habían pasado diez minutos, dijo:

—Bueno, supongo que sé lo que te pasa. Zegetti te ha descubierto, ¿no es así?

—Sí —Riff titubeó; luego, cuando Chita empezó a pasear, él prosiguió—. Ese hombre amarillo...

Ya va llegando, pensó Chita, mientras se acostaba sobre el piso de la galería.

—¿No le deberíamos dar algo de comer? —dijo—. Me había olvidado de él. Debe tener hambre.

—¿Tú crees? Yo no —Riff se aflojó el cuello de la camisa con su dedo sucio—. Está muerto.

La respiración de Chita se hizo corta y agitada. Permaneció muy tiesa, mirando atónita a su hermano, quien contemplaba la colilla encendida de su cigarrillo. La apagó contra la baranda de la galería y encendió otro cigarrillo en el acto.

—¿Muerto? ¿Qué ha pasado?

—Iba a ponerse a gritar. Me cogió de sorpresa. Le pegué demasiado fuerte —dijo Riff frunciendo el ceño—. Tenía la cadena lista. ¡Su maldita cara, estalló como un huevo que se cae!

Chita secó sus manos sudorosas en la falda de su vestido. Su inteligencia rápida y salvaje le hizo ver en el acto que ahora estaban en un verdadero aprieto.

Tratando de aparentar tranquilidad en la voz, preguntó:

—¿Qué has hecho con él?

—Enterrarlo ahí afuera —Riff señaló el médano de arena.

—Si llegan a saber que está muerto —dijo Chita despacio—. Kramer no podrá mantener a la policía fuera de este asunto.

—¿Crees que soy estúpido? —gritó Riff—. Ya lo he pensado. ¡Ya te he dicho que no era culpa mía! Sólo que le golpeé demasiado fuerte.

Por un largo rato, Chita luchó contra el pánico que se apoderaba de ella. ¡Rapto! ¡Y ahora asesinato!

—Le tienes que llevar comida a la cabaña todos los días —dijo por fin—. Podrías decirle a Zegetti que el hombre amarillo te ha visto a ti, pero que no es necesario que le vea a él. Cuantas menos caras vea, mejor para nosotros. Zegetti estará de acuerdo en esto. A nosotros nos dará un margen de dos días para ver cómo se desarrollan los hechos.

Riff reflexionó. Le apareció sensato, y asintió.

—Pero no sé cómo se arreglará esto al final —dijo—. El tipo ha muerto y yo le he matado.

—Ya lo pensaré —dijo Chita—. Puede ser que podamos endosarle el asesinato a Zegetti. Los policías le conocen. A nosotros no nos conocen.

—¡Oh, cállate! —gruñó Riff—. Saben muy bien cuándo salió. Moe no llegó aquí hasta quince horas después de que yo hubiera golpeado al tipo. Estos polizontes son muy listos.

—Lo pensaré —volvió a repetir Chita. Hizo una pausa, luego dijo—: Riff... deja en paz a esa chica.

Riff la miró fijamente entrecerrando sus ojos pequeños.

—Tengo que arreglar cuentas con ella —dijo con expresión perversa—. ¡No te metas en esto! ¡Voy a arreglar cuentas con ella y las voy a arreglar bien!

Chita se puso de pie.

—Tócala y lo lamentarás —dijo—. Usa la cabeza. Ya tenemos bastantes dificultades, pero si tú tienes que ver con ella, arriesgaremos el pescuezo. ¿No te das cuenta de que... ya estamos metidos en un lío? —era una modalidad de los Crane, compartir la responsabilidad de las faltas que cada uno de ellos pudiera cometer—. No pienses en ella. De cualquier manera, ¿quién es ella? Todo lo que tiene es un trasero gordo... nada más. Empezaste con el hombre amarillo. ¡Quiero irme de aquí con diez mil dólares que pueda gastar a mi gusto!

Se fue, dejando a Riff con el ceño fruncido, y cruzó el desierto iluminado por la luna.

Vic y Carrie estaban acostados uno al lado del otro en una de las camas del dormitorio. Carrie quería estar lo más cerca posible de su marido. Habían colocado la cuna en la que Júnior dormía con toda placidez cerca de la cama, al alcance de la mano.

Ninguno de los dos había podido dormir. Carrie sacó otra vez el tema que ya habían discutido una infinidad de veces.

—No puedes hacer eso, Vic —dijo—. No puedes actuar como intermediario de este hombre. Tienes que darte cuenta de eso, ¿verdad, Vic?

Vic se movió con impaciencia.

—No movería un dedo por los Van Wylie —dijo, atrayéndola más cerca de él—. Tengo que hacer esto para salvamos. No están fanfarroneando. Carrie... Estoy completamente seguro de que Di-Long está muerto.

Carrie se quedó rígida.

—¡Oh, no!

—Bueno, si no está muerto, está mal herido. Yo metí el zapato en la sangre, dentro de la cabaña. ¡Este bribón pega! —se tocó la cabeza dolorida—. Si golpeó a Di-Long...

—¡No, Vic!

—Esta gente necesita dinero. No sé quién será el hombre gordo, pero puedes imaginártelo; es un bribón tan grande como el muchacho. Si no hago lo que me dice, puede apoderarse de ti y de Júnior. No está alardeando. Tengo que hacerlo.

—Pero Vic, ¿no me vas a dejar sola con ellos? —dijo Carrie con voz algo temblorosa.

—No buscan líos —dijo Vic tranquilamente—. Sólo quieren el dinero. No quieren hacerte daño... a menos que yo no logre conseguir el dinero para ellos. Estoy seguro de lo que digo.

—Yo quisiera estar tan segura. ¿Quieres decir que de verdad piensas irte mañana y dejarme con esta gente horrible?

Vic lanzó un largo suspiro.

—A menos que no tengas otra cosa que sugerirme, Carrie, eso es lo que tengo que hacer.

—¿Sugerirme? ¿Qué quieres decir?

—¿Qué otra cosa quieres que haga?

—¡Te lo estoy diciendo! ¡Quédate aquí con Júnior y conmigo, por supuesto!

—¿Quieres que le diga a ese hombre que no voy a hacer lo que me pide? —preguntó Vic en tono muy tranquilo.

Estaban de nuevo en el punto de partida. Habían vuelto a él una y otra vez. Vic comprendía lo que podía sentir Carrie al pensar en quedarse sola con esos truhanes, pero consideraba que si quería que ella y Júnior permaneciesen a salvo, no había otra alternativa.

—Tengo que ir, querida —dijo.

Carrie cerró los ojos. Se apretó más contra él, luchando con las lágrimas que querían escaparse de sus párpados fuertemente cerrados.

Moe Zegetti estaba acostado en la confortable cama del cuarto dormitorio de huéspedes. Aunque hacía años que no se sentía tan cómodo, su cerebro estaba inquieto. Pensaba en su madre. Hacía ya dos semanas que no la había visto. No había tenido ninguna noticia de ella desde que se había ido de Frisco. Él sabía que estaba muy mal, pero tenía mucha fe en su resistencia. ¡Cuando ese asunto terminara, él habría ganado un cuarto de millón de dólares! Big Jim lo había dicho, y cuando Big Jim hacía una promesa, la cumplía. Con todo ese dinero, se dijo Moe, no importaba lo mal que pudiera estar su madre, él sería capaz de conseguir cualquier cosa para ella.

Pero todavía no tenía el dinero. Estaba preocupado por el policía de tráfico. Estaba preocupado también por Riff Crane. Ese muchacho era malo... realmente malo. A Moe no le gustaba la manera con que miraba a la hija de Van Wylie. Había perspectiva de líos con estos dos: de eso estaba seguro. Y Riff tenía las armas de Dermott en su poder. Esto era lo malo. Un sujeto como Riff, con semejante naturaleza no debía poseer nunca un arma.

En el cuarto próximo al de Moe, Zelda permanecía despierta. Pensaba en lo que estaría haciendo su padre en ese mismo momento. Movi6 sus largas piernas bajo la sábanas y sonrió entre las sombras del claro de luna. Debía estar rompiéndose la cabeza, pensó. No tenía la menor duda de que pagaría y que pagaría rápidamente. En realidad era una lástima que esto se acabara tan pronto, porque ella se estaba divirtiendo mucho. Pasado el primer momento de sobresalto, cuando aquella chica había desparramado ácido en la puerta del Jag y ella había visto en qué forma se

había desintegrado el cuero, la había horrorizado, pero una vez superada la impresión y cuando se dio cuenta de que no estaba en peligro, este asunto había empezado a divertirla y excitarla. Después de todo, se sentía muy a gusto. Nadie podía compadecerla por la habitación que ocupaba. Después estaba este hombre de cara cuadrada. Zelda sintió una ola de calor en todo su cuerpo al pensar en él. Era una bestia, pero ¡qué bestia! Metió las manos debajo de las sábanas y cerró los ojos. La imagen de Riff llenó su mente. Empezó a respirar en forma desacompasada y dificultosa; al rato estaba jadeante, sus piernas juntas bien apretadas. Un poco más tarde se quedó dormida.

Kramer se sentó en un sillón, con un cigarro entre los labios. Detrás de él estaba de pie Moe Zegetti. Frente a él, sentado en otro sillón, Vic Dermott.

Desde donde se hallaba, Vic podía ver a través de la ventana el garaje del otro lado del patio. La puerta de éste se encontraba abierta. Riff trabajaba en el Cadillac de Vic. Ya había vuelto a colocar las bujías. Ahora estaba quitando la placa con el número y reemplazándola por la que había traído Kramer consigo.

Eran unos minutos más de las nueve.

—Usted llegará a la casa de Van Wylie alrededor de las once —dijo Kramer—. Ya sabe lo que tiene que decir. Debe convencerle de que si no paga hasta el último centavo sin chistar, no volverá nunca más a ver a su hija. No estoy fanfarroneando. Si algo sale mal, yo desaparezco y les dejo a todos ustedes en manos de los Crane. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Vic.

—Trataré de saber quién es usted —prosiguió Kramer—. Si llega a saberlo y le sigue la pista hasta aquí, habrá una matanza —se inclinó hacia adelante y señaló a Vic con su dedo gordo—. Los Crane no andan con rodeos. Matarán a su mujer, a su hijo y a la chica de Van Wylie, y luego, para terminar, se esfumarán.

Vic no dijo nada.

»Así que queda en sus manos convencer a Van Wylie de que le entregue los cheques; Cuando usted los tenga en su poder, viajará a San Bernardino. Irá al Chase National Bank y hará efectivo el primero.

»Luego irá a Los Ángeles, y una vez allí se dirigirá al Merchant Fidelity Bank y cobrará el segundo cheque. Pasará la noche en el Mount Crescent Hotel. Le he reservado una habitación a nombre de Jack Howard. A las veintitrés, le llamaré por teléfono. Si no hay ninguna novedad irá al Chase National Bank de Los Ángeles y hará efectivo el tercer cheque. Desde allí, en su viaje por la costa, irá cobrando los cheques de acuerdo con la lista que tiene en su poder. Por fin llegará a Frisco. Yo le esperaré en Rose Arms Hotel. Me entregará a mí el dinero y quedará en libertad para volver aquí. Mientras tanto, Miss Van Wylie habrá sido liberada y el resto de mi gente se habrá ido. Desde entonces en adelante no dirá y no hará nada. A usted, nunca le ha sucedido esto. Pero si usted empieza a hacerse el vivo e imaginar que puede entregarnos a la Policía, algún día llegará alguien a su casa, y lo liquidará a usted, a su mujer y a su hijo. Esto es una promesa. ¿Entendido?

—Sí, entiendo —dijo Vic secamente.

—Bien, eso es... no diga nada sobre cómo ha sido lastimado —Kramer se puso de pie—. El auto está listo. Ya es tiempo de que se vaya.

Vic se levantó.

—Mi mujer tiene miedo de quedarse sola. ¿Qué garantía tengo de que no le pasará nada mientras yo esté fuera y usted no esté tampoco aquí?

—Mi querido muchacho —dijo Kramer con su gran sonrisa falsa—, no tiene por qué preocuparse. El está aquí —señaló a Moe—. Los Crane pueden ser un poco salvajes, pero nuestro amigo aquí presente puede controlarlos. De cualquier modo, mientras usted haga lo que digamos y Mrs. Dermott no intente escaparse, no habrá ningún peligro posible para ella ni para su chico.

Vic tuvo que contentarse con eso.

Su maleta estaba hecha y él listo para salir. Temía el momento de decir adiós a Carrie, pero cuando entró en el dormitorio, la encontró muy tranquila y hasta le recibió con una sonrisa.

—Está bien, Vic —dijo rodeándolo con sus brazos—. Ya he superado mi temor. Sé que es lo único que puedes hacer. No te preocupes por mí. Ya me las arreglaré. Me portaré muy bien. Tendremos tema de conversación para el resto de nuestros días.

Kramer llegó a la puerta.

—¿Listo para salir, Mr. Dermott?

Vic besó a su hijo, besó a Carrie, la miró larga y amorosamente, luego desprendiéndose de ella y cogiendo la maleta, siguió a Kramer hasta la puerta.

Levantando a Júnior de su cuna, Carrie se sentó sobre la cama. Sintió frío en el corazón lleno de temor; apretó al niño contra su pecho.

En la carretera que conducía a Arrow Lake, Kramer, que había estado siguiendo el Cadillac de Vic, con su auto alquilado, tocó la bocina, giró y entró en un camino lateral que llevaba a su hotel.

Vic le vio por el espejo y siguió su camino hasta que giró a su vez y se dirigió a la propiedad de Van Wylie.

Diez minutos después se detuvo ante la verja electrificada, bajó del auto y se dirigió a la cabina telefónica. Una voz de hombre contestó en cuanto levantó el receptor.

—Aquí una visita para Mr. Van Wylie —dijo Vic—. El me está esperando. Es algo que concierne a Miss Van Wylie.

—Venga directamente aquí —dijo el hombre en tono cortante.

En el momento en que Vic colocaba el receptor oyó un ruidito y vio que la verja se había abierto. Subió al coche y siguió por el camino ondulado hasta que por fin llegó a la entrada principal de la gran mansión.

Merrill Andrews le estaba esperando en lo alto de la escalinata. El y Vic se miraron mientras Vic empezaba a subir los escalones. Andrews estaba azorado de ver una persona como Vic. Esperaba encontrarse con algún matón: no sólo estaba sorprendido, sino intrigado, pues de pronto se le ocurrió que había visto antes a este

hombre en alguna parte.

—Tengo que ver a Mr. Van Wylie —dijo Vic.

—Por aquí —dijo Andrews y caminó a través de un gran vestíbulo, atravesó una habitación llena de libros y salió a un patio enlosado, donde John Van Wylie estaba esperando.

Cuando Vic llegó a la fuerte luz del sol, Van Wylie, vestido con una camisa blanca, pantalones negros de andar a caballo y botas bien lustradas, que le llegaban a la rodilla, se volvió y le observó. Con un movimiento de mano, Van Wylie despidió a Andrews, luego se dirigió a la mesa de jardín, sacó de una caja un cigarro que encendió antes de decir:

—Bueno, ¿quién es usted y qué es lo que quiere?

—Usted y yo, Mr. Van Wylie —dijo Vic con mucha tranquilidad—, nos hallamos en la misma situación. Los dos tenemos personas queridas en peligro. Mi mujer y mi hijito están en manos de los hombres que han raptado a su hija. Estoy más preocupado por la seguridad de ellos que por la de su hija.

Van Wylie estudió a Vic durante un rato largo, luego le señaló un sillón de mimbre.

—Siéntese... hable. Le escucho.

—Esta gente me ha encargado que le convenza para que entregue cuatro millones de dólares —dijo Vic sentándose—. Ayer llegaron a mi casa con su hija y se instalaron allí. Si yo no consigo el dinero de usted, intentarán asesinar a su hija, a mi mujer y a mi hijito. Esta gente no fanfarronea. Yo los he visto... usted no. Hay un joven bribón con ellos que es capaz de cualquier crueldad. Creo que ya ha asesinado a mi sirviente.

—¿Dónde está su casa? —preguntó Van Wylie.

—Se me ha prevenido que si yo le digo quién soy y dónde vivo, mi mujer y mi hijo sufrirán las consecuencias —dijo Vic—. Esta no es una advertencia inútil... No le puedo decir nada sobre mí mismo: todo lo que le puedo decir es que si usted quiere que le devuelvan a su hija indemne, me debe dar diez cheques certificados de cuatrocientos mil dólares cada uno.

Van Wylie se dio cuenta y se encaminó hasta el extremo del patio, lanzando una nube de humo por la nariz. Vic esperó. Al cabo de un rato Van Wylie volvió adonde estaba.

—¿Supongo que se da cuenta de se está haciendo cómplice de un crimen capital? —preguntó, parándose al lado de Vic y contemplándolo—. Cuando éste se realice ^ la policía se haga cargo, podría usted ir a parar a una cámara de gas.

—Yo no daría un centavo aunque fuera a parar en medio del Pacífico —dijo Vic en el mismo tono impasible—. Todo lo que me interesa es poner a salvo a mi mujer y a mi hijo.

Van Wylie miraba ahora la lívida herida que bajaba a lo largo de la cara de Vic.

—¿Cómo le han hecho eso? —preguntó, señalando con el dedo.

—Fue el joven bribón de quien le he hablado —dijo Vic—. Se enrolla una cadena de bicicleta alrededor del puño y golpea... como si fuese un zueco.

Van Wylie se quitó el cigarro de los labios, lo contempló con disgusto y lo aplastó en el cenicero.

—Este bribón —prosiguió Vic— es capaz de dirigir su puño de bestia a la cara de mi pequeñuelo o de mi mujer, y quizá también a la de su hija. Usted tiene mucho dinero, ¡Por consiguiente debe hacer lo que le pide! Diez cheques certificados de cuatrocientos mil dólares cada uno. No veo ninguna razón, excepto el orgullo, por la que usted pueda titubear. Si su hija recibe un puñetazo de este sujeto en la cara, no le quedará un pedazo de cara entera. Y no hablo por hablar, Mr. Van Wylie, le estoy contando los hechos tal cual son.

—¿Cómo puedo saber, si yo le doy a usted mi dinero, que volveré a ver a mi hija? —preguntó Van Wylie, poniendo sus manos grandes y poderosas sobre la mesa e inclinándose hacia adelante para observar a Vic.

—Usted no lo sabe, como yo no sé tampoco si cuando vuelva encontraré a mi mujer y a mi hijo muertos —dijo Vic—, pero es la única salida posible. Usted está lleno de dinero. Si usted quiere tener la suerte de volver a ver a su hija, ahí tiene el medio de conseguirlo.

—Yo no tengo el medio —dijo Van Wylie, y se sentó en un sillón de mimbre frente a Vic—. Le puedo dar mi dinero, pero no sé lo que estoy comprando.

Vic hizo un movimiento de impaciencia. No dijo nada.

Al cabo de un rato, Van Wylie preguntó:

—¿Ha visto usted a mi hija? ¿Está bien?

—Sí, la he visto, y lo que sé hasta ahora es que está muy bien.

—Hábleme de esa gente que la ha raptado. ¿Cuántos son?

—Mi tarea con usted consiste en persuadirle de que me dé el dinero para el rescate —dijo Vic—. Se me ha prohibido darle ningún informe. Todo lo que tiene que hacer es decidir si usted va a pagar o si está dispuesto a dejar a su hija en manos de esa gente. Eso es todo.

Van Wylie le observaba, con sus negros ojos escrutadores, luego accedió y se puso de pie.

—Espere aquí. Yo arreglaré esto.

Caminó apresuradamente a través del patio y entró en el despacho, donde le esperaba Andrews.

Van Wylie le transmitió sus órdenes, y Andrews se dirigió al teléfono. Habló con el gerente del Banco de California y al Merchant Bank. El gerente, algo asombrado, dijo que tendría los cheques certificados dentro de una hora.

—Este tipo no pertenece a la banda —dijo Van Wylie cuando Andrews volvió a colocar el receptor—. Le están usando como pantalla... vivos. El tiene mujer e hijo. Llegaron a la casa con Zelda. Tiene que reunir el dinero. Si hay alguna complicación se apoderan de su familia.

—Yo le he visto antes —dijo Andrews—. Estoy tratando de recordar quién es... alguien: una personalidad. Creo que tiene que ver con el teatro.

Van Wylie se sentó en el borde del escritorio. Sus ojos, pequeños y duros, se volvieron negros mientras miraban a Andrews.

—Le han golpeado. ¿Ha visto la herida que tiene en la cara? Estos sujetos son peligrosos —se inclinó hacia adelante—. ¿Dónde le ha visto anteriormente?

—No sé —dijo Andrews—. Pero estoy seguro de que le he visto. Es alguien que sale en los diarios.

—Esto nos ayuda muchísimo, ¿no le parece? —dijo Van Wylie alzando un poco la voz—. ¡Piense un poco! ¡Quiero saber quién es!

Andrews se dirigió hacia la ventana y miró hacia afuera. ¿Dónde había visto antes a este hombre? ¿Por qué le recordaba el teatro? ¿Era un actor? Estaba todavía parado allí, indagando en su memoria, cuando Van Wylie, con un gesto de impaciencia, volvió al lugar en que Vic permanecía esperando.

Moe parecía una pulga en un horno caliente. No podía serenarse ni concentrarse; no podía pensar más que en su madre. ¿Qué le sucedía?, se preguntaba a sí mismo. ¿Estaría un poco mejor? ¿Se estaría muriendo? De vez en cuando miraba fijamente el teléfono, deseando levantar el receptor y llamar al hospital, pero sabía que una llamada tal podría resultar un desastre. Si por casualidad Van Wylie había avisado a la policía y ésta llegaba a localizar de dónde provenía la llamada a Wastelands, su oportunidad de ganar un cuarto de millón de dólares se esfumaría como el humo de un pistoletazo.

Pero ¡él tenía que saber!

Zelda y Carrie estaban juntas con el niño en el dormitorio. Podía oírlas conversar. Los Crane estaban tendidos al sol, bebiendo coca-cola y mirando revistas cómicas que Riff había encontrado en la casa. El lugar parecía bastante tranquilo. Moe luchaba contra la tentación. El sabía que actuaría en contra de las órdenes de Kramer, pero tenía que encontrar un teléfono de donde pudiera llamar al hospital y saber cómo estaba su madre. Ya no podía seguir aguardando y esperando. ¡Tenía que saber!

La cabina telefónica más próxima se hallaba en Boston Creek, a unos treinta kilómetros de distancia. Si conducía ligero, podía ir y volver en una hora exacta. ¿Qué podía suceder durante ese tiempo? Sudando, nervioso y ansioso, se puso de pie. ¡Tenía que ir!

Los Crane vieron salir a Moe de la casa del rancho y dirigirse hacia ellos.

Cuando Moe llegó les dijo:

—Tengo algo que hacer. Estaré de vuelta pronto. Tened cuidado. No hay que meterse en líos. Cuidad que las dos chicas permanezcan donde están —miró su reloj—. Yo volveré dentro de una hora.

—Claro —dijo Riff, y se sonrió con sarcasmo—. Estaremos aquí hasta que usted vuelva. Nosotros no tenemos lugar para ir —Moe le observó con suspicacia.

—Quedaos aquí —dijo—. Yo no tendré ninguna dificultad.

—¿Quién habla de dificultades? —dijo Riff desmereciéndose—. Yo lo estoy pasando muy bien. Usted váyase. Nosotros podemos hacernos cargo de todo.

Moe, súbitamente inquieto al ver la expresión despectiva de sus ojos, titubeó; pero los Crane volvieron a tomar sus historietas cómicas y parecieron olvidarse de él, dio media vuelta y se dirigió al garaje. Subió al auto en que había venido, puso el motor en marcha y anduvo por el camino de tierra hasta la carretera.

Cuando lo vio desaparecer en una nube de tierra, Riff tiró sus historietas, volvió a desperezarse y luego se puso de pie. Chita le miró.

—¿Adónde vas? —preguntó con suspicacia.

—¡Cállate! —gruñó Riff—. Voy a estirar las piernas. ¡Qué te importa adónde voy!

—¡Basta con eso! ¡Siéntate! Ya sé lo que piensas hacer. ¡Basta! ¡Estamos metidos en la salsa por diez mil dólares! ¡No vas a echarlo todo a perder!

Riff le sonrió con sarcasmo.

—¡Tonta! ¡No te das cuenta que ya está todo echado a perder! ¡Tú te vas a quedar aquí! No te lo vuelvo a repetir.

—¡Deja a la chica en paz! —dijo Chita, pero ella no se movió. Por la expresión maligna de su hermano, adivinaba que si no se quedaba la iba a golpear.

—¡Estúpida! —dijo Riff, y arreglándose los pantalones de cuero se dirigió hacia la casa, bamboleándose.

Si había algo que le disgustara a Zelda eran las criaturas. Para ella no eran más que animalitos repugnantes, que siempre llamaban la atención más que ella, aun cuando era la heredera de una de las tres fortunas más grandes del mundo. Cuando un chico entraba en escena, todo el mundo parecía haberse olvidado de ella. ¡Odiaba a las criaturas!

Se sentó cómodamente en un sillón y observó cómo Carrie le cambiaba los pañales a Júnior. Frunció la nariz con asco. ¡Bebés! Pero el estar en la casa de Vic Dermott le producía una tremenda emoción. Había visto todas sus obras. Pensó que era, en verdad, muy romántico que, entre tanta gente, fuese Dermott el hombre elegido para conseguir el rescate. Vic Dermott. ¡Qué fuente de conversación

interminable iba a ser cuando volviera a su casa!

Le gustaba Carrie. Era una lástima que una chica tan atractiva estuviese tan obsesionada con este bebé gordo y pesado. Deseaba relajarse y conversar con Carrie sobre modas. No dudaba de que Carrie podría ayudarla. Tenía tan poca confianza en sí misma para saber lo que tenía que usar. Si al menos Carrie dejara de agitarse con ese pequeño monstruo, lo pusiese en cualquier parte y se dedicase un poco a ella, Zelda sería feliz.

Con cierto alivio, miró cómo Carrie volvía a poner al bebé en su cuna y arreglaba los juguetitos que colgaban de ella para tenerle distraído.

—Bueno, está listo por el momento —dijo Carrie—. Ahora creo que sería mejor que arreglara este cuarto o tal vez que usted lo hiciera mientras voy a ver qué hay para almorzar.

Zelda se quedó mirándola azorada, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Hacer eso YO? No sé lo que quiere decir.

—Bueno, alguien tiene que mantener este lugar en orden —dijo Carrie con paciencia—. Yo voy a ocuparme de la cocina. Pensé que usted podría estirar las camas. Esos dos que están afuera parece que no van a hacer nada.

—Yo tampoco pienso hacer nada —dijo Zelda enojada—. ¡No soy una sirvienta! Dentro de uno o dos días mi padre pagará el rescate y yo volveré a casa. ¡Lo que sucede aquí no me concierne en lo más mínimo!

Carrie la miró pensativa.

—Bueno, por supuesto, si esa es la idea que tiene usted de todo esto —dijo—, entonces lo haré yo. ¿Supongo que querrá comer?

—¡Claro que quiero comer!

Las dos jóvenes se miraron, y Carrie se encogió de hombros.

—Muy bien, si usted se quiere quedar sentada, yo me ocuparé —dijo.

—Esté segura que no me voy a convertir en una sirvienta —exclamó Zelda de mal humor, y miró por la ventana.

En ese momento, la puerta del dormitorio se abrió de golpe, y Riff apareció en el umbral de la puerta.

Carrie y Zelda se quedaron rígidas, y le miraron atónitas. La cara cuadrada de Riff estaba bañada en sudor. Carrie estaba más cerca de él que Zelda. Podía oler la suciedad que tenía encima, y se echó hacia atrás. El no la miraba. Miraba a Zelda, quien parecía haberse quedado rígida.

Carrie se colocó frente a Zelda y encaró a Riff.

—¡Fuera de aquí! —dijo con fiereza—. No va a tocarla —Riff tuvo una sonrisa maligna.

—¡Apártese de mi camino o empiezo primero con usted!

Carrie no se movió. Estaba aterrada, pero algo dentro de ella la obligaba a hacer frente a la ruda cara de ese rufián.

—¡Fuera de aquí!

La izquierda de Riff, con el puño medio cerrado, alcanzó un lado de la cara de Carrie. Era como si hubiese recibido un tremendo golpe de viento. Salió tambaleándose a través del cuarto, se golpeó contra la cama y cayó atravesada en ella, atontada y medio inconsciente.

Se daba cuenta vagamente de que Zelda estaba gritando. Hizo un esfuerzo desesperado para ponerse de pie, pero las piernas no la sostenían y se deslizó de la cama al suelo. Desvaneciéndose, tratando de levantarse, podía ver a Zelda luchando con Riff. Zelda estaba indefensa en su abrazo salvaje. La hizo poner de pie y la llevó fuera del cuarto. Sus gritos repercutieron en toda la casa. Sus puños golpeaban impotentes el uniforme de cuero raído. Riff la arrastró por el pequeño pasillo hasta el dormitorio que ella ocupaba. Brutalmente la tiró sobre la cama, luego, dándole la vuelta, cerró la puerta con llave. En el momento que se tiraba de la cama, los ojos llenos de terror, Riff se dirigió a ella. Cuando sus manos la alcanzaban empezó a gritar de nuevo.

Chita se sentó inmóvil al calor del sol, mientras escuchaba los agudos gritos que provenían de la casa del rancho. No se movió. Se quedó rígida, con su rostro como de madera, sus manos apretadas entre las rodillas.

Al cabo de un rato cesaron los gritos.

Moe Zegetti estaba esperando en la cabina del teléfono. Él sudor caía por su gruesa cara. A través del cristal de la cabina, observaba a dos chicas vestidas con jersey muy ajustados y pantalones vaqueros descoloridos, sentadas sobre taburetes y sorbiendo Coca-Cola con una pajita. Un muchacho, con una blusa marinera y con la nariz llena de pecas, apoyó su codo en el mostrador y conversó con ellas. El también tenía una botella de Coca con una pajita en la mano.

Moe se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar? Podía oír el ruido que había en la línea, y de vez en cuando se oían voces apagadas. Había pedido comunicación con el hospital. Le habían dicho que esperara. Los minutos fueron pasando. Una de las chicas que estaba en el mostrador se deslizó de su taburete y se dirigió al tocadiscos automático. Introdujo una moneda. Cuando el tocadiscos comenzó a tocar una pieza de jazz, ella se puso a mover sus pequeñas caderas de niña, hizo chasquear sus dedos mientras su compañera y el muchacho la miraban, sonrientes.

Una voz dijo:

—¿Mr. Zegetti? Aquí la enfermera Handisty. Lamento mucho decirle que su madre falleció anoche, sin sufrimiento.

El sonido estridente del tocadiscos automático le llegó a través del cristal de la cabina y rompió el aislamiento de Moe. Le pareció imposible que pudiera estar oyendo lo que le decía la mujer. Apretó el receptor contra su oído; el corazón le daba fuertes golpes. No podía realmente haber oído bien... su madre... fallecida... ¡esto significaba que estaba muerta!

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Espere un momento —abrió la puerta de la cabina y gritó—. ¡Paren ese maldito aparato!

La chica dejó de bailar y se quedó mirándole. La otra chica y el muchacho se volvieron y le miraron también. Entonces la chica comenzó a bailar de nuevo, balanceándose y moviendo las caderas hacia Moe, y se fue hacia la puerta, haciendo chasquear los dedos y cantando.

Desesperado, Moe, de un portazo, cerró la puerta de la cabina:

—¿Cómo está mi madre? —gritó cubriendo el ruido de la música.

—Ya se lo he dicho —la enfermera gritó impaciente—. Ha pasado a mejor vida muy tranquila...

—¿Quiere decir que ha muerto?

—¿Cómo? Sí, desde luego. Le estoy diciendo... que su madre murió anoche muy tranquila.

Lentamente, Moe volvió a dejar el receptor. Se apoyó contra la pared de la cabina y cerró los ojos. Un moscardón pasó volando una y otra vez delante de él. La chica meneaba su cuerpo delgado mientras su compañera y el muchacho golpeaban las manos al ritmo de la música.

Moe de repente no tuvo más deseos de poseer un cuarto de millón de dólares. ¿Para qué le serviría el dinero? Estaba solo. Siempre estaría solo ahora que Dolí había muerto. Con ella habría sido divertido tener dinero para despilfarrar, pero sin ella...

Salió lentamente del café, sin darse cuenta de que el barman y tres jóvenes le observaban con curiosidad; se sentó en el auto dejando las manos sobre el volante. ¿Volvería a Wastelands? ¿Y si algo salía mal? Kramer era viejo: ¿Si abandonara sus planes? Moe pensó en esos años terribles que había pasado en la cárcel. De cualquier manera, ¿qué haría él con un cuarto de millón de dólares? Pero en ese momento pensó en el pequeño restaurante y en las largas horas de esclavitud. No podía volver allá. Con dinero, podría comprar para él una casita y vivir de un modo decente. Tal vez podría encontrar una mujer con quien compartir su vida. Por consiguiente, no podía dejar caer a Kramer. No... tenía que volver. Kramer nunca le perdonaría que le abandonara ahora. Con un gesto de desesperación dirigió el auto hasta la carretera y luego hacia Wastelands.

—¿Todavía no recuerda dónde le ha visto? —preguntó Van Wylie. Estaba de pie al lado de la ventana, observando a Dermott, cuando éste subió a su Cadillac. Vic

seguía su camino hacia California y el Banco de Comercio para cobrar los cheques certificados.

—No... pero estoy seguro de que le he visto en algún lado —respondió Andrews—. Estoy seguro de eso, y estoy seguro que tiene algo que ver con el teatro.

—¿Se acuerda del número de su auto?

—Claro que sí.

El Cadillac había desaparecido de la vista. Durante un largo rato, Van Wylie se quedó pensando.

—Muy bien, ahora vayamos a nuestro asunto —dijo—. Si estos bribones creen que se van a fugar con cuatro millones de dólares, van a tener una sorpresa. Dicen que tienen el teléfono intervenido aquí. Puede ser un bluff, pero no quiero correr ningún riesgo. Jay Dennison es la persona que necesitamos. Mándele un telegrama. Dígale que vaya a verme al aeropuerto de Los Ángeles a las doce. Insístale en que es una reunión secreta. Tomaremos el helicóptero. No podrán seguimos. Vamos ya.

Una hora y media más tarde, Van Wylie con Andrews siguiéndole los pasos, entraron por la puerta giratoria del aeropuerto y penetraron en un pequeño despacho, donde Jay Dennison había quedado en verle. Con él estaba Tom Harper.

Hacia algunos años que Van Wylie y Dennison se habían conocido. Luego Dennison le había hecho ganar a Van Wylie una suma de dinero considerable al descubrir el fraude de un Banco, mediante un brillante trabajo detectivesco. Van Wylie no se había olvidado del trabajo de Dennison, y cada Navidad éste había recibido una gran cesta con los buenos deseos de Van Wylie.

Los dos hombres se dieron la mano, y Dennison no tardó en ver cierta amargura en los ojos de Van Wylie.

—Mi hija ha sido raptada —dijo en tono brusco, mientras se sentaba en el borde del escritorio—. El rescate es de cuatro millones de dólares, con las amenazas usuales, si recurro a la Policía y les pongo sobre la pista. Le consulto, Dennison, porque tan pronto como pueda deseo que usted atrape a esos rufianes. Hemos volado hasta aquí. No pueden saber que estamos reunidos y no deben saberlo —sacó de su bolsillo una pequeña cinta—. He grabado las órdenes de ese hombre. Sería mejor que la tuviera usted —y le pasó la cinta a Dennison.

—¿Cuándo sucedió esto, Mr. Van Wylie? —preguntó Dennison, sentándose detrás del escritorio. Echó una mirada a Harper, que tenía su libreta de notas lista.

Con todo lujo de detalles, Van Wylie relató los hechos, mientras Dennison escuchaba. Por fin Van Wylie llegó al papel que le correspondió a Vic Dermott en el rapto.

—Es evidente que el muchacho no tiene nada que ver con los raptos —dijo Van Wylie—. Está en un aprieto tan grande como yo. Andrews aquí presente cree que le ha visto antes de ahora.

Dennison miró con expresión interrogativa a Andrews.

—Estoy tratando de recordar dónde; pero no puedo situarlo —dijo Andrews con su voz lenta—. Estoy seguro de que es algo que tiene que ver con el teatro... tal vez un actor. Estoy absolutamente seguro de que no es un actor de cine... tiene que ver con el teatro.

—Bueno, tenemos algo para empezar —dijo Dennison, y tomó el teléfono. Consiguió comunicarse con la Oficina de Campaña de Paradise City y habló con Abe Masón—. Se lo mando a Mr. Merrill Andrews. Estará con usted dentro de una hora. El le explicará. Deseo que vea a Simons y Ley, los agentes teatrales. Véalos para que le consigan fotografías de todos los actores que tengan alrededor de un metro ochenta de estatura, robustos. Ellos los tienen en sus archivos. Es un trabajo urgente —colgó y miró a Andrews—. ¿Quiere usted ir, Mr. Andrews? Hay una probabilidad de que pueda identificar al sujeto por las fotografías que mi hombre le va a mostrar.

Andrews consultó con la mirada a Van Wylie. A una seña suya, salió rápidamente del despacho.

—Los raptos son peligrosos —dijo Van Wylie—. No quiero que Zelda corra ningún riesgo. ¿Me entiende?

—Claro que sí —dijo Dennison, muy tranquilo—. Sabemos cómo manejar este asunto. Cuéntenos algo más sobre las costumbres de su hija. ¿Usted dice que iba siempre a la peluquería a la misma hora y el mismo día?

Una hora después, Van Wylie se puso de pie.

—Esto es todo —dijo—. Lo dejo en sus manos, pero usted no tomará ninguna actitud sin consultarme primero.

—Eso se sobreentiende —respondió Dennison, poniéndose de pie y dándole la mano.

Van Wylie le miró fijamente durante un largo rato.

—Prefiero perder cuatro millones de dólares que a Zelda —dijo—. Ella es todo lo que me queda.

Cuando se fue, Dennison se dirigió al teléfono.

En la Oficina de Campaña, Merrill Andrews dejó caer la última fotografía sobre el escritorio de Abe Masón, con una exclamación de disgusto.

—No... no está entre éstos —dijo.

—Tal vez sea un actor de cine —dijo Masón—. Puedo ver...

—No es un actor de cine —cortó Andrews—. Estoy tan *seguro* como de que estoy sentado aquí, tiene algo que ver con el teatro, y es muy conocido en ese medio.

—Muy bien —dijo Masón, mirando a sus pies—. Vayamos a la oficina del Herald y busquemos entre sus fotografías. Ellos tienen un archivo de personas famosas. Tal vez lo encontremos allí.

Cuando salían del edificio se encontraron con Dennison que venía del aeropuerto.
—¿Buena suerte? —preguntó Dennison, deteniéndose.

Masón explicó adónde iba, y Dennison asintió.

El se dirigió a su despacho y pidió una comunicación con la Policía de San Bernardino. Preguntó si alguna patrulla de la carretera que llevaba de la propiedad de Van Wylie hasta San Bernardino había visto la víspera a Miss Van Wylie alrededor de las nueve. El sargento de guardia le dijo que le volvería a llamar.

Dennison pidió entonces al sargento que avisara a todas las patrullas oficiales para que buscaran un automóvil Jaguar tipo E, y dio el número de matrícula de Zelda.

Hecho esto, le dijo a Harper que se fijara en el número de la placa del Cadillac que Andrews le había dado.

—No es ese número —dijo Harper cuando colgaba el receptor del teléfono.

Dennison gruñó. Atrajo hacia sí una grabadora y envolvió en el carretel la cinta que Van Wylie le había dado.

Los dos hombres escucharon la voz. Después de pasar la cinta tres veces, Dennison retiró la grabadora. Buscó un cigarro, lo encendió y se echó hacia atrás en la silla.

—¿Conoce a alguien que se enrolle el puño con una cadena de bicicleta para utilizarla como arma? —preguntó de pronto.

—Más o menos doscientos —dijo Harper—. Hay probablemente veinte o treinta mil que yo no conozca. Es la última moda.

—Sí, pero este asunto no es cualquier cosa, Tom. ¡Cuatro millones de dólares! —era la voz de un hombre viejo. Dennison lanzó el humo hacia el techo—. Me recuerda los viejos tiempos en que los gangsters pedían mucho dinero para un rescate. Usted sabe, es el tipo de trabajo que haría Jim Kramer si fuese lo suficientemente loco para salir de su retiro. Conociendo Kramer mi manera de actuar, no puedo creer que quisiera ensayar un rapto. Mande un aviso a todos los bancos del Estado, diciéndoles qué le informen cuando alguien cambie un cheque al portador firmado por John Van Wylie, de cuatrocientos mil dólares. Quizá sea un poco tarde, pero a lo mejor podemos atrapar al sujeto cobrando los cheques.

Harper asintió y salió del cuarto.

Dennison siguió fumando, los ojos abiertos, el rostro sin expresión.

¡Kramer! Tal vez fuese posible. Se había esfumado. La cara de Dennison se iluminó de pronto con una gran sonrisa. Si fuese Kramer y ellos lo atraparan, tendría la satisfacción de mandar a Kramer a la cámara de gas. Ningún agente federal podría desear un regalo mejor para poder retirarse.

Fue el llanto de Júnior lo que impulsó a Carrie a ponerse de pie inquieta. Sentía la cara caliente e hinchada en el lugar que Riff la había golpeado. El silencio llenaba la casa, lo único que se oía era el llanto de Júnior. Cogió al bebé en sus brazos y lo apretó contra su pecho. Satisfecho de encontrar la atención que necesitaba, Júnior dejó de llorar y comenzó a hacer risitas ahogadas.

Carrie lo llevó al vestíbulo y se detuvo, escuchando. No oyó nada. Se dirigió a la puerta de la entrada, la abrió y miró hacia el patio.

Chita estaba mirando en dirección suya y se sentó al sol.

—Venga usted... por favor —dijo Carrie secamente.

Chita la miró con indiferencia.

—Apártese de todo eso —dijo—. Lo único que conseguirá será salir lastimada.

—Pero usted no le puede dejar...

—Vuelva a su cuarto.

Carrie volvió a su cuarto. Colocó a Júnior en su cuna, y con mano insegura le dio uno de sus juguetes preferidos; luego sintiendo los latidos acelerados de su corazón, se dirigió al cuarto de Zelda. Era con seguridad el acto más valiente que había realizado en su vida. El pensamiento de tener que enfrentarse con Riff de nuevo la llenaba de horror, pero no podía dejar a Zelda indefensa para habérselas sola con él. Hizo girar el picaporte de la puerta, pero ésta estaba cerrada con llave.

Vaciló un momento, luego empezó a golpear con sus puños cerrados.

—¡Abra la puerta! —gritó, la voz insegura por el terror.

El silencio del cuarto le causaba horror. ¡Tal vez ese bruto salvaje habría matado a la chica!

Volvió a golpear la puerta con fuerza.

—¡Zelda! ¿Está bien? Abra la puerta.

Se produjo un gran momento de silencio, luego Carrie oyó un murmullo. Entonces oyó el jadeo de Zelda. El ruido le llegó produciéndole una impresión tal que la sangre abandonó su rostro.

—¡Todo está bien! —gritó Zelda—. ¡Váyase!...

Mientras Carrie se quedaba sin movimiento, sintiendo los golpes que le daba el corazón, oyó un ruido detrás de ella y miró en derredor.

Chita había entrado, sin hacer ruido, en la casa. Se quedó contemplando a Carrie. Su expresión era tal, que Carrie pensó que no quisiera verla nunca más en la cara de una mujer. Había dolor, angustia, frustración y celos amargos en la cara de Chita, que se había transformado en una máscara de desesperación.

—¿Qué está tratando de hacer, pobre tonta? —preguntó Chita, con una voz furiosa de animal acorralado—. ¡Mi hermano gusta a las mujeres! ¡Váyase! Vuelva a

su cuarto.

Enferma, Carrie pasó por delante de ella y entró en su cuarto. Cerró la puerta, se llevó las manos a la cara dolorida. Con una mueca de disgusto, se encerró con llave.

El policía de tráfico, Murphy, entró en la oficina de Jay Dennison. Saludó diciendo:

—Murphy, División D. El sargento O'Harridon me ha dicho que me presente a usted, señor.

—¿Miss Van Wylie? —preguntó Dennison, empujando los papeles que había sobre su escritorio.

—Así es, señor —Murphy fue directamente a los hechos—. Estaba con ella esa otra chica, señor —prosiguió—. Era de una clase diferente —dio una descripción detallada de Chita—. Me pareció que Miss Van Wylie la llevaba a dar un paseo por la ciudad.

Dennison le hizo una infinidad de preguntas. Cuando acabó de hablar con Murphy, tenía toda la información que podía conseguir del policía de tráfico.

—Seguí a Miss Van Wylie hasta el aparcamiento de Macklin Square —concluyó Murphy—. La dejé allí.

—Muy bien —dijo Dennison—. ¿Sería capaz de identificar de nuevo a esta chica?

—Claro que podría.

Dennison despidió a Murphy con un ademán, después de recomendarle que no hablara con nadie. Luego llamó a San Bernardino. Les pidió que inspeccionaran el aparcamiento de Macklin Square; pues pensaba que podrían encontrar allí el Jaguar de Miss Van Wylie. El sargento a cargo dijo que volvería a llamar.

Merrill Andrews y Abe Masón entraron en el momento que Dennison colgaba el receptor.

—Hemos visto todas las fotografías de la biblioteca del Herald —dijo Masón—. Mr. Andrews no está seguro, pero cree que ha encontrado al hombre que buscamos —puso una foto de un grupo de hombres sobre el escritorio—. Esta fotografía es la de los actores de una obra de teatro llamada *Noche de luna en Venecia*. El hombre en la última fila, tercero de la derecha, es Victor Dermott, el autor. Mr. Andrews tiene idea que éste es nuestro hombre.

—Sí —asintió Andrews—. Es una mala foto, pero en realidad, se parece al muchacho.

Dennison tomó el teléfono. Pidió que le comunicaran con Mr. Simón de Simón y Ley, los agentes teatrales. Después de una larga espera, Simón apareció en la línea. Conocía a Dennison, pero parecía sorprendido por la llamada del inspector.

—Siento mucho molestarle, Mr. Simón —dijo Dennison—. Deseo ponerme en contacto con Mr. Victor Dermott. ¿Puede usted darme su dirección?

—Creo que puedo darle la dirección de su casa particular —dijo Simón con cautela—, pero no creo que le encuentre allí. Está fuera. ¿Qué significa todo esto?

—Es urgente y confidencial —dijo Dennison—. Le agradeceré su ayuda.

Pasaron unos segundos y luego que hubo anotado algo en una hoja de papel, Dennison dijo:

—Gracias, lamento haberle molestado —y colgó el receptor.

—La dirección es 13345 Lincoln Avenue, Los Ángeles —le dijo a Masón—. Vaya allí con Mr. Andrews. Pregunte por Mr. Dermott. Si no está en su casa, trate de ver alguna buena fotografía de él. Si es nuestro hombre, averigüe dónde está.

Cuando Andrews y Masón abandonaron el despacho entró Tom Harper.

—Informe del Chase National Bank de San Bernardino y del Merchant Fidelity de Los Ángeles —dijo—. Han pagado cheques al portador de cuatrocientos mil dólares cada uno, firmados por Van Wylie.

—¿Alguna descripción del hombre que los cobró?

—Sí... la misma. Tiene alrededor de treinta y ocho años, alto, bien parecido y moreno. Bien vestido.

Dennison reflexionó durante un buen rato, luego dijo:

—Tengo un trabajo especial para usted, Tom. Vaya a Arrowhead Lake. Quiero que recorra todos los hoteles del distrito. Vea si puede averiguar si un hombre que responde a la descripción de Jim Kramer está o ha estado en alguno de los hoteles. Tenga mucho cuidado al hacer las averiguaciones. Lleve con usted a Letts y a Brody. Necesito un informe rápido.

Harper se entretuvo un momento para decir:

—¿Jim Kramer? ¿Quiere decir...?

Dennison lo miró fijamente.

—¡He dicho un informe rápido!

—Sí, señor —dijo Harper, y salió corriendo del despacho.

—¡Carrie!

La voz de Zelda venía a través del vestíbulo, y Carrie, que estaba haciéndose fomentos en la cara dolorida, salió del cuarto de baño y fue a la puerta de su dormitorio.

—¡Carrie!

Abrió la puerta y se dirigió al vestíbulo.

—¿Sí?

—¿Quiere entrar?

Carrie se aseguró de que Júnior estaba entreteniéndose solo, y se dirigió a través del vestíbulo al cuarto de Zelda. La puerta estaba abierta. Vaciló un rato y luego entró.

Zelda se hallaba sentada al lado de su cama en desorden. Estaba envuelta en una sábana. Su pelo, generalmente imaculado, estaba enmarañado. Su rostro sonrojado, y sus ojos le recordaban un gato satisfecho después de haber bebido demasiada crema.

Carrie echó una mirada rápida a través del cuarto. No había señal alguna de Riff Crane. Al lado de la cama se hallaban los restos de la ropa de Zelda. El vestido que había tenido puesto yacía hecho harapos. Su ropa interior parecían guiñapos blancos.

—No tengo otra ropa —dijo Zelda con mucha calma—. ¿Me podría prestar algo?

—¿Está lastimada? —preguntó con expresión de angustia Carrie—. ¿Dónde... dónde está él?

Zelda tuvo una risita ahogada y se sonrojó.

—Estoy bien... él se está dando un baño. Le he convencido —señaló la puerta del cuarto de baño—. ¡Oh, Carrie! ¡Necesito decírselo a alguien! ¡Estoy loca por él! —cerró los ojos, con una expresión extática en la cara. Carrie sintió un súbito impulso de abofetearla, pero se dominó—. ¡Usted no sabe! ¡Es maravilloso! ¡Es tan primitivo! ¡Carrie! ¡Estoy enamorada de él! ¡Es el primer hombre que en verdad significa algo para mí! ¡Me voy a casar con él!

—¿Se ha vuelto loca? —exclamó Carrie—. ¡Cómo puede pensar semejante cosa! ¡Míreme! ¡Me ha pegado! ¡Mire mi cara!

Con una sonrisa tonta, apartó la sábana para mostrar una magulladura en el muslo.

—También me ha pegado a mí. Le gusta. No tiene conciencia de su propia fuerza. Toma lo que quiere... brutal... maravilloso... El...

—¡Basta ya, chiquilla estúpida! —gritó Carrie indignada—. ¡Semejante bruto! ¡Usted ha perdido el juicio!

La expresión de Zelda se endureció y empezó a hacer pucheros.

—No tiene por qué estar celosa —dijo—. Yo sé que me prefiere a mí, pero ¿qué puede esperar usted? Después de todo, usted es mayor y tiene un hijo... Riff no desearía una mujer...

—Si no se calla le voy a dar una bofetada... Como se lo digo —amenazó Carrie.

El cuarto de baño se abrió y Riff se paró en el umbral de la puerta. Tenía una toalla envuelta alrededor de la cintura. Su pecho musculoso estaba cubierto de gruesos pelos negros, lo mismo que sus brazos. A Carrie le pareció un mono de aspecto terrorífico. Retrocedió hasta la puerta.

—Hola, nena —dijo Riff sonriéndole—. ¿Todavía anda por ahí buscando líos?

—¡Oh!, déjala tranquila, Riff —dijo Zelda mirándole con adoración—. Sólo está celosa. No se animaría a hacerme nada contigo al lado —dirigiéndose a Carrie, prosiguió—: Por favor, présteme ropa —sonrió—. Riff tenía tanta prisa que... que ha hecho trizas toda la mía.

Riff miró a Carrie maliciosamente.

—Equípela con algo —dijo, y se rio—. Nos hemos encaprichado el uno del otro.

Con una expresión de horror en la cara, Carrie se dirigió tambaleante al pasillo del baño.

—Tome lo que quiera —dijo, y salió del cuarto.

Riff contemplaba la mesa de tocador. Tomó un frasco de cristal con agua de Colonia. La derramó sobre su pecho, aspirando satisfecho.

—Ahora huelo como un bebé —dijo sonriendo—. ¿Te gusto así?

Zelda le miró embelesada.

—Creo que eres maravilloso, Riff. Esos músculos... tú...

—Bueno, bueno, bueno. Ponte algo encima, nena. Ya volveré —y guiñando un ojo, salió del cuarto y cerró la puerta. Con los pies descalzos y sólo la toalla en la cintura, se fue a tomar sol.

Chita estaba esperándole. La espalda apoyada en la baranda de la galería, un cigarrillo entre los labios, su cara era una máscara fría y hostil.

Riff avanzó muy despacio hacia ella, sonriente y satisfecho. .

—Chiquita, ahora estamos bien metidos en la salsa —bajó la voz—. Esta vaca estúpida se ha enamorado de mí. ¿Te imaginas? ¡Diez mil dólares! Ahora, en realidad, esto es para reírse. ¡Quiere casarse conmigo!

Chita perdió el color. Sus ojos brillaron.

—¡Casarte tú! ¿Qué quieres decir?

Riff estaba nervioso. Se sentó en la silla de mimbre, cerca de Chita, y pasó sus anchos dedos por sus cabellos.

—Lo que te estoy diciendo. Sólo ahora me doy cuenta de quién es ella. Su viejo es uno de los tipos más ricos del mundo. Media Tejas es suya, ¡maldita sea! Ahora escúchame. Ella está embobada conmigo. Es de las que le gustan las cosas a lo bruto —su cara cuadrada, salvaje, se iluminó con una sonrisa maliciosa—. ¡Y nena! Yo le daré brutalidad; la tengo...

—¡Cállate la boca, canalla! —le gritó Chita—. ¡Casarte tú! ¡Estúpido, cerebro de pájaro! ¿Te imaginas que el viejo va a dejar que te cases con ella? ¡Estás loco!

Riff se lanzó hacia adelante y dio a Chita un tremendo puntapié en el final de la espina dorsal. El golpe la dejó sin respiración, y Riff, inclinándose hacia adelante, le cruzó la cara de una bofetada.

Se levantó de un salto, su cara desfigurada por la furia, en el momento que ella trataba de incorporarse.

—¿Quieres más? —gruñó—. Te puedo dar. Cierra la boca y cállate. Ahora escucha lo que voy a decirte. ¿Me oyes?

Chita se echó para atrás. Las marcas de los gruesos dedos de Riff le habían dejado surcos blancos en la cara.

—Aquí vamos a hacer nuestro agosto —dijo Riff sentándose de nuevo—. ¿Te das cuenta? ¡Ese tipo Kramer tiene la osadía de ofrecernos sólo diez mil! ¡Eso es calderilla! Y además el asunto puede ponerse feo. He pensado en todo eso. Todo lo que tenemos que hacer ahora es coger el auto y devolver la chica a su viejo. Esto nos dejaría fuera del asunto del rapto. Estará tan agradecido que no buscará la ayuda de la Policía. Entonces ella le dirá que me quiere —se sonrió—. Le dirá que va a tener un niño. Por lo tanto, ¿qué podrá hacer? Le guste o no le guste, tendrá que decir amén a todo, y entonces, nena, tendremos todo el dinero del mundo. ¡Casado con esa pequeña estúpida, tiraremos el anzuelo a la fortuna del viejo... él vale millones!

—Yo no me caso con ella —dijo Chita sin inmutarse—. Así que, ¿qué va a pasar conmigo?

Riff se acercó a ella.

—¿Qué va a pasar contigo? Tú vienes en el auto. ¿Qué crees que te va a pasar?

—Nosotros tres, ¿es eso? A ella le gustará. A mí también me gustará.

—¡Ella hará lo que yo le diga!

Riff hizo con la mano un gesto de exasperación.

—¿Quieres gastar su dinero, no es así?

Chita se inclinó hacia adelante. Su rostro, donde aún se notaban las cuatro marcas lívidas de los dedos de Riff, tenía una expresión viciosa.

—¡No, yo no! Hemos estado siempre juntos desde que nacimos. ¡Lo hemos hecho todo juntos! ¡No te voy a compartir con ninguna mujer! No voy a dejar que esa pobre tonta con todo su dinero se interponga entre nosotros.

—Hablas como si fueses mi mujer —murmuró Riff—. ¿Estás chiflada o algo por el estilo?

Chita le miró fijamente.

—Bueno, ¿no soy tu mujer?

—¡Tú! ¡Estás loca! ¡Qué quieres decir... eres mi hermana! ¿De qué estás hablando?

—También soy tu mujer —dijo Chita.

Riff trató de encontrar su mirada, dura y furiosa, pero no pudo. Ella miraba para otro lado.

—No saques a relucir eso —murmuró, y se puso de pie—. Sucedió una sola vez, y sabes muy bien que fue culpa tuya. ¡Eres mi hermana! ¡Mi mujer! ¡Estás completamente loca!

—Oh Riff...

Los dos miraron al extremo de la galería, donde Zelda estaba parada. Tenía una camisa color limón, un par de zapatillas, pantalones apretados y una cinta blanca atada en el cabello. Su expresión era tan animada que casi parecía bonita.

—¿Cuándo nos vamos, Riff?

—En cuanto busque algo de ropa —dijo Riff.

—Yo he encontrado algo para que te pongas —dijo Zelda—. Lo he dejado sobre la cama. Date prisa, Riff. Quiero irme lo antes posible.

—Ahí viene un coche —dijo Chita con una voz fría e inexpresiva.

Riff se volvió rápidamente y se quedó mirando hacia el largo camino de tierra. Se mantuvo tenso durante un rato, observando el auto que se acercaba.

—Es Zegetti —exclamó Riff.

—Esto va a ser divertido —dijo Chita—. ¿Qué le vas a decir de tus propósitos de llevarla a su casa?

Riff corrió por la galería y entró en el dormitorio de Zelda. Con rapidez cogió su pantalón de cuero negro que se había caído al suelo. Introdujo la mano en uno de los bolsillos, buscando la pistola de Vic, pero ya no estaba allí. Una rápida búsqueda, seguida de una retahíla de malas palabras, confirmó que la pistola había desaparecido.

Vera Synder, una mujer grande, bien parecida, de cabellos grises, cuyo rostro agradable tenía ahora una expresión de despierta curiosidad, había sido secretaria de Vic Dermott durante los cinco últimos años.

Estaba sentada ante su gran escritorio y miraba a Abe Masón y a Merrill Andrews a través de sus gafas con montura de asta mientras decía: .

—Oficina Federal, ¿Mr. Masón? No entiendo.

—¿Puede decirme, por favor, dónde puedo encontrar a Mr. Dermott? —repitió Masón amablemente.

—Me acaba de hacer esa pregunta. Le he dicho que no entiendo. ¿Qué negocios tiene usted con Mr. Dermott?

Mientras estaban hablando, Andrews observaba todo lo que había en la amplia habitación, amueblada con gusto. Vio en el extremo opuesto del cuarto la fotografía de un hombre, colocada en un marco de plata. Se puso bruscamente de pie, cruzó la habitación y se quedó contemplando el perfecto parecido de Dermott, luego se volvió y dijo, un poco agitado:

—Es Dermott, ¡muy bien! No puede haber equivocación posible.

Masón se relajó. Por fin ahora contaban con algo. Dijo a Miss Synder:

—Se trata de un asunto policial urgente. Es de importancia esencial que nos pongamos en contacto con Mr. Dermott, en cualquier parte en que se encuentre. Por favor, dígame dónde está.

—Mr. Dermott está escribiendo una obra de teatro —dijo Miss Synder, en tono terminante—. No puede ser molestado. No tengo autorización para darle su dirección. Masón dominó su impaciencia con dificultad.

—Mr. Dermott podría estar corriendo un peligro muy grave —dijo con la mayor

tranquilidad posible—. Tenemos motivos para creer que unos secuestradores se han instalado en la casa donde está viviendo y ponen en peligro la vida de su mujer y su hijito.

Vic había dicho a menudo que aunque una bomba atómica explotara detrás de la silla de Miss Synder, ésta seguiría sin inmutarse lo más mínimo. Ahora seguía serena.

—¿Puedo ver sus credenciales, Mr. Masón?

Sorprendido, con un gruñido de exasperación, Masón buscó su tarjeta de identidad. Miss Synder la examinó y luego se la devolvió.

Tres minutos más tarde, Masón estaba frente al teléfono, hablando con Dennison.

—Es Dermott, con seguridad —dijo—. El y su mujer han alquilado un rancho llamado Wastelands, al señor Harris Jones y señora. La casa se encuentra completamente aislada; está situada a más de treinta kilómetros de una pequeña aldea llamada Boston Creek y a unos ochenta de Pitt City.

—Buen trabajo —dijo Dennison—. Vuelvan en seguida. No necesitamos más a Mr. Andrews. Vuélvase aquí lo más pronto que pueda.

Cuando Dennison colgó el receptor, el teléfono comenzó a sonar de nuevo. Con un ademán de impaciencia, levantó de nuevo el receptor. Era el sargento O'Harridon, de la policía de San Bernardino.

—Encontramos el Jag de Miss Van Wylie —informó—. Estaba donde usted dijo. Un dato interesante: la puerta del acompañante ha sido rociada con un ácido muy fuerte. Ha corroído todo el cuero del tapizado.

—Tome todas las huellas dactilares que pueda en el auto —ordenó Dennison—. Hágame saber qué ácido ha sido usado.

—Los muchachos están trabajando en eso ahora —dijo O'Harridon, y colgó.

Cuando Dennison se servía un cigarro, el teléfono volvió a sonar. Era Tom Harper.

—He aquí que el pájaro ha vuelto a desaparecer, jefe —dijo Harper—. Kramer ha estado dos días en el Lake Arrowhead Hotel. El portero lo identificó en la fotografía. A las quince treinta del día del rapto, Kramer alquiló un Buick descapotable y viajó en dirección a Pitt City. No regresó esa noche, pero volvió al hotel a la mañana siguiente poco después de las once. Pagó su cuenta, devolvió el Buick y tomó un taxi hasta la estación de ferrocarril. Llegó a tiempo para coger el tren para Frisco.

—Buen trabajo —dijo Dennison—. Por consiguiente, parece que puede ser Kramer quien está detrás de todo esto. Ahora mira, Tom, tengo un trabajito para ti. Estamos casi seguros que Miss Van Wylie está en un rancho llamado Wastelands —le explicó dónde estaba situado Wastelands—. Pero no estoy absolutamente seguro de que esté allí. Quisiera que lo averiguaras. ¿Crees que puedes hacer eso?

—Creo que sí —dijo Harper, sin mucho entusiasmo.

—Tienes que estar más seguro —dijo Dennison, con un tono repentinamente

brusco en la voz—. Estos sujetos no deben sospechar nada. Pueden ser asesinos. Sé que utilizan ácidos. Si ellos sospechan que estamos siguiéndoles la pista podrían matar a la chica, a los Dermott y a cualquier otro que no pudieran identificar —mientras hablaba, estaba pensando—. Espera un poco —dejó el receptor, encendió un cigarro mientras seguía pensando. Luego volviendo a alzar el receptor, dijo—: He aquí lo que harás, Tom. Alquila un auto. Deja a Brody tu billetera, tus credenciales y tu pistola. Ve a Wastelands, echa un vistazo al lugar, luego llama a la puerta de entrada. Di a cualquiera que te atienda que eres un amigo de Harris Jones y que piensas alquilarle la casa dentro de un par de meses. Como pasabas por casualidad, querías saber si podrías echar un vistazo a la casa y ver si era realmente lo que necesitabas... Ya sabes toda la palabrería. Mantén los ojos bien abiertos. No te dejarán entrar, pero podrás hacerte una idea de la topografía del lugar. Hazme saber las dependencias que tiene alrededor, qué superficie cubren; si podemos colocar un puñado de hombres bastante cerca de la casa como para poder vigilarla. Ya sabes qué clase de información quiero. Y cuídate, Tom; estos sujetos son peligrosos si Kramer está entre ellos.

—Muy bien, jefe —dijo Harper—. Iré en seguida. Estaré allí alrededor de las diecisiete. ¿Puedo llevarme a Letts o a Brody?

—¿Para qué? —dijo Dennison con impaciencia—. ¿Imaginas que vas a encontrarte muy solo?

Moe Zegetti había calculado el tiempo para su regreso a Wastelands. Cuando estuvo fuera de Boston Creek, siguió por el borde del camino y se disponía a dar rienda suelta a su dolor.

Para gran sorpresa suya, las lágrimas que esperaba no vinieron, pues de pronto se dio cuenta de lo que en verdad significaba para él la muerte de su madre. Comprendió por primera vez en su vida que podría ser exactamente lo que quería ser, ahora que no tenía que consultar primero con su madre. Esta reacción inesperada le dejó azorado; encendió un cigarrillo y pensó, no sin un sentimiento de culpa, lo que su descubrimiento podría significar para su porvenir.

Tenía cuarenta y ocho años. Nunca se había casado, porque su madre no había aprobado a ninguna de las chicas que él había llevado a su casa para que pasara por su inspección. Toda su vida había estado bajo el dominio de su madre. Algunas veces le había vuelto medio loco con sus maneras dominantes. Entre muchas cosas irritantes, ella insistía en que se cambiara la camisa todos los días y en que debía limitar la bebida y otras cosas por el estilo. Con un cuarto de millón de dólares que iba a recibir, tendría mía nueva vida, libre y excitante para mirar de nuevo hacia adelante. Pensando aún en sí mismo, sé sentó en el auto, y se dio cuenta de que cuando su madre no le había dominado, lo había hecho Kramer. Tuvo que admitir que

cuando Kramer se lo había impuesto, sus asuntos habían andado mal, pero que no había sido por su culpa. Había tenido mala suerte. ¡Ahora Kramer estaba de vuelta, queriéndole dominar otra vez! Moe se movió inquieto. ¡Un cuarto de millón de dólares! Era un buen bocado, pero ¿por qué Kramer le había ofrecido una suma semejante? ¿Cuánto iría a ganar Kramer en este rapto? Si Kramer quería desprenderse de un cuarto de millón, podía apostar que el mismo Kramer iba a beneficiarse lo menos con tres o tal vez con cuatro millones.

Bajo la influencia de esos nuevos sentimientos de libertad, Moe decidió que el reparto no era justo. Aunque Kramer había planeado el asunto, a él, Moe, le había dado el peligroso final. Si el asunto llegaba a tomar mal cariz, iba a ser el primero en pagar el pato.

Con estos pensamientos trabajándole la cabeza, Moe puso el auto en marcha y se desvió por el camino de Wastelands. Mientras conducía, reflexionó sobre el rescate. Por fin logró convencerse de que Kramer tenía que repartir el dinero con él. Le iba a decir a Kramer que él, Moe, se las arreglaría para pagar a los Crane con su parte, pero Kramer iba a tener que aceptar los nuevos términos. En este momento de euforia, Moe no pensó siquiera en cómo iba a hacer para persuadir a Kramer.

Su instinto innato se había despertado con estos pensamientos, y por lo mismo tuvo el presentimiento que algo no marchaba cuando se detuvo a un lado de la casa.

Permaneció sentado un buen rato en el auto, mirando hacia la galería. Zelda, con ropa distinta, al lado de Chita, estaba tensa y miraba hacia él. No había señales de Riff.

Bajó del auto. Hay algo que no marcha, se dijo, pero ¿qué? Los Crane eran muy astutos, pero a pesar de toda su astucia no podía imaginar que pudieran producirle a él una sensación de malestar.

Como por casualidad, se desprendió el botón de la chaqueta para poder echar mano en cualquier momento a la 38 automática que llevaba en una funda, en el interior de la chaqueta.

Subió lentamente los escalones de la galería.

—¿Todo va bien? —preguntó, deteniéndose en lo alto de los escalones y mirando fijamente a Chita.

Observó que Zelda miraba de soslayo a Chita y luego se daba la vuelta para otro lado.

—¿Por qué no va a ir todo bien? —dijo Chita.

Había algo en su mirada que le produjo inquietud. Vio también que tenía el lado derecho de la cara lastimado.

—¿Dónde está Riff? —preguntó sin moverse.

—Dentro —respondió Chita.

Hubo un silencio, mientras Moe la miraba con expresión interrogativa; entonces

apareció Riff en el umbral de la puerta.

Moe se fijó de pronto en que una mano de Riff se hallaba oculta detrás de su espalda.

—¿Todo bien mientras yo he estado fuera? —preguntó.

—Por supuesto... muy bien —dijo Riff, y empezó a avanzar hacia Moe.

Mirando de soslayo, Moe se dio cuenta de que Chita se movía como al azar, pero sus lánguidos pasos se dirigían hacia él.

—¿Qué tienes detrás de la espalda? —preguntó Moe.

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Riff a su vez. Estaba casi a un paso de Moe.

Moe nunca había sido considerado por la Policía como un criminal peligroso en asuntos pequeños. Podía haber permitido que su madre y Kramer le dominaran, pero por un mazo de billetes, Moe podía llegar a ser tan peligroso como una víbora. Cuando era ayudante de Kramer, había tenido que controlar a tahúres viciosos, que podían convertirse en asesinos y nunca había perdido en una acción definitiva.

Tenía la habilidad de usar la pistola más rápido que cualquiera de los sujetos que él manejaba. Era una habilidad que le había salvado la vida muchas veces en el pasado y que nunca le había fallado.

Riff, con la cadena envuelta en la mano, estaba a punto de administrar a Moe un tremendo puñetazo en la cara, cuando se encontró con el cañón de una 38 que había aparecido como por obra de magia en la mano de Moe y que le apuntaba con firmeza.

Al ver la pistola, Chita se detuvo como si se hubiese encontrado con una pared invisible. Los Crane miraron a Moe, quien se movió ligeramente, con el fin de poder girar con facilidad la pistola, cubriéndolos a los dos.

—¿Qué significa esta gran idea? —preguntó Riff, con voz rota.

—¡Quítate esa cadena! —estalló Moe—. ¡Tírala al suelo, rápido!

Era un nuevo Moe. Su gruesa cara se había endurecido; sus ojos negros estaban fijos y amenazadores.

Riff se quitó rápidamente la cadena y la dejó caer.

—Sólo estaba gastando una broma —dijo con voz plañidera—. ¿Qué mosca le ha picado, Moe?

—¡Sal de ahí! —gritó Moe y apuntó con la pistola a Chita.

—¿Se ha vuelto loco o qué? —dijo Riff, pero se puso al lado de su hermana.

Sin apartar su mirada de Riff, se agachó y cogió la cadena.

—Ahora voy a hacer yo las preguntas —dijo—. ¿Qué sucede aquí?

Hubo un largo silencio, luego Zelda, que había estado contemplando la escena con espanto, dijo sin aliento:

—No le haga daño a él. Nos vamos juntos. ¡El y yo nos vamos a casar! Si usted nos ayuda, haré que mi padre le dé algo de dinero.

Esta noticia dejó a Moe tan perplejo que bajó la pistola para contemplar a Zelda.

Rápido en ver esta oportunidad, Riff dijo:

—Este es el caso, Moe, Nos hemos divertido un rato juntos. Escuche, esto es una ganga. La llevaremos de vuelta a su padre, y el viejo estará tan contento que no pondrá a los polizontes sobre nuestra pista. Estaremos a salvo... nosotros tres. ¿Qué le parece, compañero? Ella y yo nos casaremos y cuidaremos de usted.

Moe pensó en Kramer. No le perdonaría haberle sugerido la colaboración de los Crane en este asunto. Faltaban aún tres días antes de que Kramer pudiera reunir todo el rescate. Ahora tenía a Zelda y a Riff contra él. ¿Qué haría con ellos? Chita parecía estar de su lado, pero sabía que no podía confiar en ella. Además, tenía a la chica de Dermott también sobre sus espaldas.

Estaba de pie, en la calurosa tarde de sol, tratando de resolver ese problema, cuando vio una nube de tierra que se acercaba: la señal inconfundible de un automóvil que llegaba.

Tom Harper se detuvo frente a la verja enrejada que guardaba la entrada de Wastelands.

Al bajarse del auto para abrirla, se enjugó el rostro. Si bien era una tarde calurosa, advertía que sudaba más que de costumbre. También tenía una sensación de malestar en la boca del estómago: una desagradable sensación de miedo.

Estaba desarmado; pensaba dirigirse a la casa, que por el momento no podía ver, y luego iría a tocar el timbre de la puerta. Si su jefe estaba en lo cierto, la casa tenía que estar habitada por sujetos peligrosos que habían raptado a una de las chicas más ricas del mundo. Por desgracia, pensó Harper, su jefe siempre tenía razón. Si esos sujetos llegaran a tener la más pequeña sospecha de que él era un agente federal, le matarían. Los raptos no tenían nada que perder. El solo hecho de ser raptos ponía su vida en un constante peligro. No vacilarían en matarle y luego hacer que la tierra se lo tragara.

Harper abrió la verja, volvió a subir al auto y emprendió el camino. Conducía despacio y sus ojos sagaces observaban todo el paisaje en tomo de él. No veía ningún lugar donde ocultarse. Había unas pequeñas dunas de arena muy fina detrás de las cuales quizá podría esconderse un hombre, pero se hallaban demasiado lejos de la casa. Comprendió que todo auto que se acercara arrastraría tras de sí una nube de polvo.

Cuando dejó atrás los médanos de arena, divisó la casa. Había unos quinientos metros de distancia hasta allí, estaba edificada en una llanura de arena, rodeada de césped verde y varias dependencias. Vio al momento que no había esperanza de acercarse a la casa a la luz del día sin ser visto. Sabía, por haberlo observado la noche anterior, que la luna derramaba una luz blanca y brillante sobre el desierto. Sería imprudente y aun peligroso querer hacerlo de noche.

Silbó entre dientes, pensando en el trabajo que tendría Dennison si se decidía a tomar por asalto el lugar.

Cuando llegó junto a la casa, pudo ver la larga galería desierta. Observó que todas las ventanas estaban cerradas. Parecía que no había nadie dentro. Entonces vio un auto Lincoln, estacionado cerca de la casa. Estaba cubierto de polvo y tenía placa de california. Trató de memorizar el número y se acercó al auto.

De manera instintiva se dio cuenta de que le estaban observando. Bajó del auto y se quedó durante unos instantes examinando la casa; luego con pasos normales y su corazón golpeándole el pecho, llegó a la escalinata de la galería, subió y llamó a la puerta principal.

Mientras esperaba, pensó con tristeza que Dennison, a pesar de ser su futuro padre político, le había buscado un trabajo bien penoso.

Esperó un buen rato, luego se abrió la puerta y Chita le miró con unos ojos sin expresión, las cejas levantadas.

Su vista le sobresaltó. Dennison le había dado la descripción de la chica que había viajado con Zelda Van Wylie justo antes de que ésta desapareciera y que le había proporcionado el policía de tráfico Murphy. Harper reconoció al momento a Chita, según esa descripción.

Por lo tanto, Dennison tenía razón, como de costumbre, pensó. Iré directamente a ellos.

—Lamento molestarla —dijo con una amplia y amistosa sonrisa—, pero pasaba por aquí. ¿Podría ver un momento a Mr. Dermott? —inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado—. ¿Usted no será Mrs. Dermott?

—Los dos están fuera —dijo Chita con voz fría y opaca.

—Mr. Harris Jones... en caso de que no lo sepa, es propietario de este lugar —dijo Harper—. Me la va a alquilar dentro de un par de meses. Como pasaba, me gustaría echarle un vistazo a la casa. No sé si será lo bastante grande para lo que yo necesito.

—No le puedo dejar entrar mientras ellos están fuera.

Harper abrió una sonrisa tan amplia que empezó a dolerle la cara.

—Ya veo. Bueno, entonces me voy. No hubiese querido molestarla, pero...

—Sí —dijo Chita—. Ya me lo ha dicho: pasaba por casualidad —y le cerró la puerta en las narices.

Con la misma sensación de ser observado, Harper se dirigió al auto. Le parecía tener la nuca llena de púas. No se apresuró, aunque hubiese deseado correr. A pesar de que estaba esperando recibir una bala en la espalda en cualquier momento, sus ojos seguían observándolo todo. Había una pequeña cabaña a su derecha, con seguridad para el personal; a su izquierda, un garaje doble, luego una extensión de césped y otra vasta extensión de arena. Debía ser endiabladamente difícil acercarse sin ser visto.

Sólo cuando estuvo instalado en el auto y conduciendo por el camino, empezó a relajarse. Tenía la información que Dennison deseaba, y había salido con el pellejo sano. Si Dennison podría o no llegar a apoderarse del lugar, ese era problema de Dennison.

Una vez que se encontró fuera del alcance de la vista de la casa, Harper se detuvo y anotó el número de la placa del Lincoln. Luego condujo a gran velocidad hasta Pitt City. De allí llamó a Dennison.

—Ha sido un verdadero impacto —le dijo a Dennison, cuando éste estuvo en la línea—. Esta chica que viajaba con Miss Van Wylie salió a la puerta. Por la descripción estoy seguro de que es la misma —se puso a describir el acceso a la casa del rancho y le dio detalles sobre los alrededores.

—Muy bien —dijo Dennison—. He aquí lo que vas a hacer ahora: llévate a Brody y Letts y vuelve allí después de que oscurezca. Acércate lo más que puedas al lugar... vas a tener que hacer andando una parte del camino. Llévate unos prismáticos; quiero que vigiléis la casa durante veinticuatro horas. Ve preparado. No hace falta decirte lo que necesitas. Ve a Franklin de Pitt City para que te equipe debidamente. Quiero que averigüéis quién está en la casa. ¿Entendido?

—Sí —dijo Harper.

—Lo más importante es que nadie en la casa tenga la más mínima sospecha de que están vigilados. Esta es responsabilidad tuya. No te arriesgues. Buena suerte —y Dennison cortó.

El recepcionista del Mount Crescent Hotel de Los Ángeles sonrió con amabilidad cuando Vic Dermott se acercó a su escritorio.

—Tiene una reserva para mí —dijo Vic—. Mi nombre es Jack Howard.

—Está bien, Mr. Howard. Habitación 25. ¿Se quedará sólo una noche?

—Sí —Vic consideraba que el empleado observaba con curiosidad su cara lastimada—. Sólo una noche.

Firmó el registro, tomó la llave de manos del botones y lo siguió al ascensor.

Faltaban diez minutos para las dieciocho. Cuando el botones acabó de dar vueltas por el cuarto y se hubo ido, Vic se sentó sobre la cama y apoyó su cara dolorida en las manos. Sus pensamientos iban a Carrie y a Júnior. Tenía miedo de lo que les pudiera estar pasando.

Tenía ochocientos mil dólares en billetes de cien, dentro de su maleta. No había tenido ninguna dificultad en cobrar los dos primeros cheques. Mañana compraría otra maleta y luego iría al Chase National Bank y cobraría el tercer cheque. Entonces se iría de Los Ángeles y viajaría por la costa según las instrucciones. El gángster gordo le había dicho que le llamaría por teléfono esta noche a las veintitrés.

El molesto dolor de la cara y la tensión nerviosa de todo el día le habían dejado exhausto. Se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos. Tenía esperanza de poder dormir un rato.

En el Rose Arms Hotel, de San Francisco, Kramer se sirvió un buen vaso de whisky de la botella que se hallaba en la mesa tocador, le agregó agua y trató de ponerse cómodo en el sillón que era un poco pequeño para su voluminoso cuerpo.

Se quedó mirando con impaciencia su reloj. Ahora eran las veintitrés menos cinco. ¿Habría logrado Dermott conseguir la primera parte del dinero? ¿Cómo andarían las cosas en Wastelands? Kramer tomó un poco de whisky. Tal vez se sintiera mejor después de esta copa, pensó. Había estado bebiendo continuamente desde que acabó de comer en ese hotel anodino. Sentía la cabeza caliente y tenía ese maldito dolor en el costado. Volvió a beber y dejó el vaso. Encendió un cigarro y

luego se dirigió al teléfono. Pidió a la operadora del hotel que le comunicara con el Mount Crescent Hotel, de Los Ángeles. Hubo una corta demora, luego consiguió el número.

Reconoció la voz de Dermott.

—Sabe de quién se trata —dijo—. ¿Cómo ha ido la cosa? Cuidado con lo que habla. ¿Ha tenido alguna dificultad?

—No —dijo Vic.

—¿Tiene la primera partida?

—Sí.

Kramer sonrió. ¡Cuando hacía planes, se entregaba por completo, sacando el mejor partido de ellos!

—Perfecto.

—Mañana iré a Santa Bárbara y después a Salinas. He reservado un cuarto para usted en el Hotel Cambria, bajo el mismo nombre. Le llamaré mañana a esta hora.

—Comprendo —un corto silencio y luego Vic dijo con ansiedad—. Quiero hablar con mi mujer. ¿Puedo?

—Yo no lo haría, si fuese usted —dijo Kramer despacio—. A menos que usted quiera molestar a nuestro amigo. No le gustan las llamadas telefónicas —y cortó la comunicación.

Terminó su whisky y volvió a llenar el vaso. Su rostro espeso estaba enrojecido y gotas de sudor brillaban en su calva a la fuerte luz de la araña.

Tenía ahora ochocientos mil dólares, se dijo. ¡Dentro de tres días tendría cuatro millones de dólares en efectivo! Estaba Moe y estos dos jóvenes truhanes con quienes había que tener cuidado, pero aun después de haber deducido su parte, le quedarían tres millones y medio de dólares para él. ¡A su edad, sería un dinero duradero!

Sintió una brusca necesidad de hablar con Helene. Vaciló unos instantes antes de pedir la comunicación. No podría haber ningún peligro, se quería asegurar a sí mismo. ¿Por qué iba a haberlo? Dio el número de su casa a la operadora y apoyó el receptor. Se sonrió a sí mismo. Helene podría estar preocupada, pensó. Tal vez sería el momento de contarle lo de Solly Lucas. Lo tendría que saber tarde o temprano. Si empezaba a hacerle demasiadas preguntas siempre podría colgarle, pero era mejor prevenirla; sería mejor no decírselo todo de una vez.

El timbre del teléfono comenzó a sonar, y él levantó el receptor.

—¿Hola? —dijo Helene. Su voz parecía muy lejana y tensa—. ¿Quién es?

—Es tu galán —dijo Kramer, y se echó a reír. Se estaba sintiendo un poco bebido.

—¡Oh Jim! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás?

Joe Seesbruger, uno de los hombres de Dennison, que tenía conectada la línea de Kramer, apretó apenas el botón de arranque de la cinta de la grabadora, conectada a la línea.

—¿Cómo estás, mi vida? —estaba diciendo Kramer—. ¿Me echas mucho de menos?

—¡Jim! ¡Dos agentes federales han estado aquí preguntando por ti!

Kramer sintió como si alguien le hubiese golpeado con fuerza abajo del corazón. Seesbruger le estaba indicando al técnico del teléfono.

—Tome esta llamada —murmuró.

—¿Qué? —decía Kramer—. ¿Qué querían?

—Querían hablar contigo. ¡Oh Jim, estoy muy preocupada! ¡Ellos saben que Moe ha estado aquí! Este hombre, el inspector Dennison...

Kramer casi dejó caer el receptor.

—¡Dennison!

—Sí. Dijo que Moe no tenía un restaurante; que Moe no tenía un centavo que fuera suyo. El... él dijo que esperaba por tu bien que no estuvieses planeando algo malo. ¡Oh Jim! No estás haciendo nada, ¿verdad, Jim?

Kramer apenas oía. Hubiese querido ahora no haber bebido tanto. No podía pensar con claridad. ¡Dennison! Uno de los federales más vivos del oficio y un viejo enemigo suyo. ¡Dennison era un hombre a quien no se atrevía a despreciar!

—Te volveré a llamar —dijo rápidamente—. No tienes por qué preocuparte. Tengo que salir ahora. No te preocupes —y cortó la comunicación.

El empleado del conmutador dijo:

—Hay una llamada del Rose Arms Hotel, de Frisco.

Seesbruger agarró el teléfono y pidió que le pusieran en comunicación con la Oficina Federal de San Francisco.

Kramer estaba de pie. ¡Qué estúpido y loco había sido al llamar a Helene! Le habían visto con Moe y habían decidido directamente que estaban planeando algo. Había sido lo bastante estúpido como para pensar que les podía perder de vista, pero con Dennison metido en el asunto no había sido posible. Dennison debía tener intervenida la línea del teléfono de su casa. ¡Ahora ya sabían que él estaba en este hotel! ¡En pocos minutos estarían aquí! El ya estaba poniéndose la chaqueta ligera. Su maleta sólo contenía una muda de ropa y sus objetos de aseo. ¡Al diablo con todo! No iba a tener tiempo de pagar su cuenta antes de que los federales llegaran, ¡tenía que irse al instante!

Once minutos después, dos agentes federales entraban apresuradamente en el Rose Arms Hotel. Presentaron sus credenciales y mostraron al recepcionista principal la fotografía de Kramer.

—¿Han visto a este hombre? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ¿por qué? —dijo el empleado—. Ese es Mr. Masón. Se ha ido hace sólo dos minutos.

Los dos agentes federales cambiaron miradas exasperadas. El más alto de los dos,

Bob Arlan, dijo:

—¿Mr. Masón hizo alguna llamada telefónica esta tarde?

—No sabría decirle —dijo el empleado—, pero puedo averiguarlo sin dificultad. Se dirigió hacia una puerta que daba a la centralita. Arlan le siguió.

La telefonista, asombrada de verse interrogada por un oficial federal, le dio a Arlan la información que éste necesitaba.

Dennison estaba a punto de irse a su casa cuando le llamó Arlan.

—Kramer se nos acaba de escurrir —informó Arlan—. Ha tenido otra llamada además de la de su casa. Alrededor de las veintitrés, habló con alguien en el Mount Crescent Hotel, de Los Ángeles.

—Muy bien —dijo Dennison—. Olvídense de Kramer ahora. No estoy preparado para cogerlo —cortó la comunicación y se dio vuelta hacia Seesbruger—. Quédese donde está. Quiero detalles de todas las llamadas que haya hecho Kramer.

Seesbruger dijo en tono cansado que su trabajo andaba bien.

Dennison miró su reloj. Eran diez minutos después de la medianoche. Llamó a su casa y avisó a su mujer que llegaría tarde, luego se dirigió a donde había estacionado su auto y salió precipitadamente rumbo a Los Ángeles.

Estaban todos en el dormitorio de Carrie, donde hacía un calor insoportable, porque Moe había cerrado todas las ventanas al ver que Harper se acercaba.

Carrie estaba cerca de la cuna. Feliz, Júnior, vencido por el calor se había dormido. Zelda y Riff estaban al lado de la ventana, disimulados por las cortinas. Moe, con la pistola en la mano, se hallaba en condiciones de poder mirar por la ventana y al mismo tiempo vigilar a los otros tres que se hallaban en la habitación.

Estos observaban a Harper que subía al auto y se iba. La puerta había quedado entreabierta y habían oído toda la conversación entre Chita y Harper. Ahora, Chita volvió al cuarto.

—Muy bien —dijo Moe relajándose un poco—. Era sólo eso. Podéis abrir las ventanas.

Riff empujó las ventanas y dejó entrar la ligera brisa de la tarde.

—Escuchad vosotros dos —dijo Moe—. Me importa un rábano lo que hagáis después de haber cobrado el rescate. Por mí puedes casarte con esta chica o con tu abuela, pero no te irás de aquí hasta que vuelva Kramer con el rescate. Yo he manejado tipos como vosotros durante la mayor parte de mi vida. Si pensáis que podéis hacer algo contra mí, intentadlo, pero os advierto que la próxima vez que hagáis la prueba, os mataré primero y después lloraré por vosotros. ¿Está bien comprendido?

Riff le echó una ojeada. Estaba en un estado de furia salvaje, pero el modo en que Moe había sacado la pistola como por obra de magia le había dejado pasmado. Sabía

que no estaba preparado para luchar contra un hombre que podía manejar una pistola con esa velocidad. No tenía ánimo para enfrentarse con Moe.

—¡Usted está mal de la cabeza! —gruñó—. ¿No se da cuenta de que esto nos perjudica? La devolvemos y estamos salvados. Cobramos el rescate y tendremos dificultades. ¿No se da cuenta, pedazo de estúpido?

—Nadie va a tener dificultades —dijo Moe tranquilamente—. Todo irá bien. Vosotros dos... —dirigió la pistola hacia los Crane—. Salid de aquí. De ahora en adelante viviréis en la cabaña. Ella... —apuntó a Zelda—, se quedará aquí. Si os vuelvo a ver a uno de los dos a menos de cincuenta metros de la casa, el que sea, recibirá una bala en la cabeza. No os mataré, pero os romperé una pierna. ¿Entendido?

Riff le sonrió perversamente.

—¿Y usted qué piensa hacer? —le dijo burlón—. ¿Quedarse despierto noches enteras?

La habitación resonó con el estampido del tiro. La desagradable llamarada amarilla que iluminó las sombras como el flash de un fotógrafo, hizo que Zelda lanzara un grito.

Riff se echó hacia atrás. Se llevó la mano a la oreja. La sangre corría entre sus dedos y comenzó a correrle por el costado del cuello. Riff miraba sus dedos manchados de sangre como si no pudiera creer a sus ojos.

Moe le miró con fijeza. Una pequeña columna de humo se alzaba del cañón de la pistola.

—Yo no puedo matar, Riff —dijo suavemente—. ¡Ahora vete al diablo y sal de aquí! ¡Tú también! —dirigiéndose a Chita.

Impresionado y sangrando, Riff salió del cuarto. Se iba apretando el pañuelo sucio contra la oreja. La bala le había rozado el lóbulo con la precisión del bisturí de un cirujano.

Cuando Chita le siguió, Júnior empezó a llorar. Zelda se había arrojado sobre la cama, hundiendo la cara en ella, sollozando y golpeando con sus puños cerrados. Carrie, con la cara blanca debido a la impresión que le había producido el tiro de la pistola, levantó a Júnior de la cuna.

Moe se quedó al lado de la ventana vigilando cómo Riff y Chita cruzaban el verde césped hasta que llegaron a la cabaña y entraron en ella; luego se volvió y miró a Carrie.

—Usted tendrá que vigilar a esta chica —dijo en tono amable—. No la pierda de vista. Yo voy a vigilar a los otros dos. Son malos. Si usted y su bebé quieren salir con vida de este lío, tiene que colaborar conmigo. Tenemos tres días por delante antes que llegue el rescate —se hizo un silencio, luego preguntó—: ¿Me ayudará?

Carrie titubeó. Hasta ahora, este italiano gordo y moreno se había portado como

un ser humano, razonó. Los Crane y esta chiquilla estúpida eran gente en quien no se podía confiar. Se dio cuenta de que no podía permanecer neutral dentro de esta pesadilla. Tenía que ponerse de un lado y no había opción. Movi6 la cabeza con lentitud.

—SÍ —dijo—. Le ayudaré.

Moe se tranquilizó visiblemente. Puso la pistola a un lado. Se quedó mirando a Júnior, que todavía estaba llorando, y le sonrió.

—Mi hermano tenía diez hijos —dijo—. Le mataron en la guerra. Yo cuidé de sus chicos. Soy bueno con los chicos. ¿Puedo cogerlo?

Carrie sintió una sensación de frío a lo largo de su columna. Pensó no dejarle, pero había en los ojos de Moe una mirada singular, bondadosa, que la hizo detenerse.

—A él... no le gustan los extraños —dijo—. Tal vez usted...

Pero Moe lo había alzado, y ella, aunque se le resistía, dejó que lo hiciese. El gángster y el bebé se miraron mío al otro. Entonces Júnior de repente dejó de gritar y volvió la cara para seguir mirando a Moe. El inflaba sus gordas mejillas, lanzaba suave silbido, paraba, seguía otra vez con el silbido y después dejaba oír una franca carcajada. Júnior le contemplaba; decidió que era muy divertido y comenzó a reírse.

Viendo que nadie prestaba atención a sus histerismos, Zelda dejó de llorar y se volvió. Se quedó mirando a Moe y a Carrie, que seguían sin hacerle caso.

—Me gustan los chicos —decía Moe—. Y yo les gusto a ellos —puso a Júnior de nuevo en los brazos de Carrie y se dirigió hacia la puerta—. Usted y yo y el bambino juntos, ¿eh? Usted la vigila. Si se pone molesta, me llama. Yo la arreglaré.

Se fue a la galería y se sentó. De donde se hallaba podía ver la cabaña y observar las ventanas que daban a la galería. Se sentía inquieto. Estaba seguro de que podía confiar en Carrie, pero los Crane eran como víboras. No podía permanecer tres noches despierto. Riff había señalado justo el punto débil de los planes de Moe; Sólo podía esperar que Kramer telefonara y que pudiera ponerle sobre aviso de lo que estaba sucediendo. Tal vez Kramer mandaría a alguno o vendría él mismo. Miró hacia la cabaña. Las persianas estaban cerradas. La puerta también estaba cerrada. Se preguntaba qué podían estar haciendo los Crane allí dentro.

En la cabaña, Riff se hallaba inclinado sobre el lavabo, empapando su oreja con agua fría y maldiciendo. La experiencia de haber sido baleado, le había puesto nervioso.

Chita estaba echada en un sillón en el pequeño vestíbulo. Desde donde estaba podía observar a su hermano. No mostró ningún deseo de ayudarle.

—¿No puedes hacer nada, tú? —gruñó Riff mientras la sangre seguía goteando en el lavabo—. No te quedes ahí sentada. ¿No puedes hacer para parar esta sangre?

Chita no contestó nada. Por primera vez en su vida no quería ayudar a su hermano. El solo hecho de que hubiese pensado en casarse con esa acaudalada

perdida había hecho nacer en ella sentimientos de odio y celos tales que sentía que el lazo que les había mantenido siempre juntos se había roto con la fuerza del hacha de un verdugo.

Conocía a Riff como a ella misma; sabía que cuando dijo que iba a casarse con Zelda no había sido una cínica mentira. Ya estaba haciendo proyectos para vivir de su dinero y pensaba cómo iba a abandonar esa vida dura y difícil de la que Chita tanto gozaba. Cómo se iba a revolcar en la molicie de la opulencia. Chita sabía que más tarde o más temprano la iba a dejar. No querría tenerla siempre pisándole los talones. Ella le obstaculizaría en su camino. El le daría dinero... no dudaba de que haría eso, pero iba a querer desembarazarse de ella para dedicarse a la vida blanda, fútil, sin objeto, del rico, que minaría su fortaleza y le convertiría en uno de los centenares de «play boys» con quienes Chita se había acostado; pusilánimes, desanimados e inútiles. Siempre blasfemando, Riff entró en el dormitorio, arrancó una tira de una de las sábanas, hizo una venda y se la colocó en la oreja. Se ató otra tira de la sábana alrededor de la cabeza y por último pudo contener la hemorragia.

Cuando terminó esta operación, estaba oscureciendo. Entró al vestíbulo, con la chaqueta de cuero manchada de sangre, la cara pálida, los ojos malignos, llenos de furia.

—¿Qué bicho te ha picado? —gruñó—. ¿No podías haberme ayudado?

Chita no dijo nada. Fijó su mirada en sus piernas esbeltas, sin expresión en el rostro.

—¡Este tipo! —explotó Riff—. ¡Quién iba a pensar que podía tirar así! ¡Me hubiese podido matar!

Lo mismo podía haber hablado solo, a juzgar por el caso que le hacía Chita.

La miró durante un buen rato, sintiéndose molesto. Nunca se había portado así con él. Entonces, como su orgullo no le permitía convencerla de que hablara con él, se dirigió a la ventana. Espió a través de la abertura de la persiana. Podía ver a Moe sentado en la galería. De haber tenido un arma, lo habría podido alcanzar. La distancia no importaba. De donde él estaba no podía errar a Moe. Entonces se acordó de pronto del misterio de la pistola perdida. Había puesto la pistola de Dermott en el bolsillo de su pantalón. Cuando había ido a buscarla había desaparecido. Alguien la había cogido. No era Moe, porque éste no estaba en la casa del rancho en el momento en que desapareció la pistola. De manera que tenía que ser una de las tres mujeres.

Se volvió y miró con suspicacia a Chita, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—¿Me has cogido la pistola? —preguntó.

Ella le miró con indiferencia, los ojos fríos y hostiles.

—¿La pistola? ¿Qué pistola?

Bueno, por lo menos, ahora le hablaba, pensó Riff.

—¡La pistola de Dermott! —gruñó—. La tenía en el bolsillo de mi pantalón. Me

ha desaparecido.

—¿No será por la prisa con que te quitaste los pantalones? —dijo Chita con tono de burla.

—¿La has cogido? —gritó Riff con el rostro desfigurado por la ira.

—¿Para qué la iba a coger? —Chita se puso de pie—. Tengo hambre. Comenzó a cruzar el vestíbulo para ir a la cocina.

Riff la cogió del brazo.

—¿La has cogido? —volvió a gritar.

Ella le quitó la mano con una fuerza que siempre le sorprendía.

—¡Quítame las zarpas! ¡No la he cogido! ¡No me importa quién haya sido!

Entró en la cocina, y él la oyó abrir la puerta de la nevera.

Volvió a la ventana, maldiciendo y preocupado. Siguió observando a Moe a través de la persiana.

Era un poco más de la una de la mañana cuando Dennison entró en el *hall* de recepción del Mount Crescent Hotel de Los Ángeles.

El empleado de turno estaba a punto de retirarse. Dennison tuvo suerte. Generalmente, el empleado que hacía ese turno se iba mucho antes, pero sucedía que su amiguita le había plantado, y como no tenía ganas de volver a su triste cama solitaria, se había demorado en el hotel conversando con el sereno de la noche.

Dennison se dio a conocer, luego hizo preguntas sobre los pensionistas del hotel, llegados últimamente. El empleado le mostró el registro. Después de unos minutos de conversación, Dennison dijo:

—Y este muchacho, Jack Howard... ¿le recuerda?

—¿Por qué? Claro que le recuerdo —dijo el empleado—. Es alto, moreno y bien vestido. Tiene una fea herida en el lado izquierdo de la cara... una herida de todos los diablos.

Dennison murmuró algo.

—Deme una llave maestra —dijo—. Es la persona con quien deseo hablar.

El empleado titubeó un poco, luego se dirigió al otro lado del mostrador, sacó una llave del tablero y se la entregó a Dennison.

—No queremos ningún lío aquí, inspector —dijo sin muchas esperanzas—. Ya lo sabe.

—Claro, claro —dijo Dennison—. ¿Quién quiere líos?

Vic no había podido dormir. Estaba acostado en la oscuridad, pensando en Carrie. Había permanecido así, preocupado, más de dos horas. Quería tratar de convencerse de que hasta ahora había llevado bien su parte del trabajo. Carrie y Júnior estarían a salvo, pero no podía apartar de su mente la imagen de los Crane. Estos dos le preocupaban de veras. Eran capaces de cualquier cosa. De repente, oyó un ruido

apagado que le puso alerta, con el corazón en un puño.

Dennison sacó suavemente la llave de la cerradura. La llave cayó al suelo. Luego introdujo la otra y abrió la puerta. En ese momento, Vic encendió la luz.

Los dos hombres se miraron. Dennison entró y cerró la puerta.

—Inspector Dennison —dijo—. Agente Federal. Usted es Mr. Victor Dermott, si no me equivoco.

Vic titubeó, luego dijo:

—Ese es mi nombre —se sentó en la cama—. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué...?

—Está bien, Mr. Dermott —dijo Dennison con su sonrisa paternal que guardaba para ocasiones especiales—. Estoy aquí para ayudarle. Sabemos lo que está haciendo —se sentó al borde de la cama—. Sabemos en qué lío está metido. Ahora, mire, déjenos ayudarle. Queremos coger a esos bribones, pero al mismo tiempo no queremos causar ningún problema a Mrs. Dermott y su hijito. Le doy mi palabra de que no adoptaremos ninguna medida hasta que el rescate se haya pagado y Mrs. Dermott haya sido liberada. Tal vez le dé cierta tranquilidad saber que tenemos tres hombres vigilando Wastelands en este momento. Si llegara a suceder algo malo, ellos estarán allí e irán donde puedan ayudar a su mujer.

Vic sintió frío y un miedo enfermante iba creciendo dentro de él.

—¿Por qué no se han mantenido alejados de esto? —dijo tristemente—. ¿Qué son cuatro millones de dólares para un hombre como Van Wylie? ¡Esos demonios son mortíferos! ¡No dudarán un minuto en matar a todos los de la casa! Ya han matado a mi sirviente. Ellos...

—Un momento —cortó Dennison—. ¿Dice que han matado a su sirviente?

Vic se acercó a él.

—No estoy del todo seguro, pero había sangre en la cabaña donde dormía. Y ha desaparecido.

—Puede ser que le hayan golpeado muy fuerte, como le han golpeado a usted —dijo Dennison con calma—. Ahora mire, Mr. Dermott, trate de relajarse. Yo sentiría lo mismo que usted si estuviera en su situación, pero no debe excitarse demasiado. Nadie sabe que usted y yo estamos reunidos. Por ahora lo único que quiero de usted es una información. Necesito una descripción de toda esa gente. Le doy mi palabra de que no vamos a mover un dedo hasta que su mujer y su hijo estén a salvo. Tampoco adoptaremos ninguna medida sin su aprobación previa.

Vic volvió a acostarse. La cara le seguía doliendo. Se acordó del consejo de Kramer.

—No puedo decirle nada —dijo—. No me interesa nada más que ver a mi mujer y a mi hijo sanos y salvos.

—Lo comprendo perfectamente, pero esto va más lejos, Mr. Dermott. Quiero que

me crea. Supongamos que yo le hago preguntas y usted me dice si estoy en lo cierto —se sonrió, y luego prosiguió—: El hombre que según creemos está detrás de este rapto tiene alrededor de sesenta años, alto, corpulento y con aspecto de dipsómano. ¿Es así?

Vic titubeó, se encogió de hombros y asintió.

—Hay otro sujeto que trabaja con él: un italiano, bajo, gordo y moreno. ¿Es así?

Nuevo asentimiento de Vic.

—Hay una chica rubia teñida, alta, bien parecida dentro de su tipo ordinario, de veintidós o veintitrés años más o menos. ¿Es así?

Vic volvió a asentir.

—Además hay otro, pero a ese todavía no he podido ponerle el rótulo —dijo Dennison—. Ese es el que me interesa.

De nuevo, Vic titubeó, luego dijo:

—Es el hermano mellizo de la muchacha. Es el que me asustó... un tipo maligno y brutal. Es él quien me golpeó. Se enrolla una cadena de bicicleta en el puño.

—Describámelo —dijo Dennison.

Vic le dio la descripción de Riff, y cuando hubo terminado, Dennison se puso de pie.

—Siga haciendo lo que tenga que hacer como hasta ahora, Mr. Dermott —dijo—. Cobre el rescate —puso una tarjeta sobre la mesita de noche—. Este es el número de mi teléfono. Memorícelo y después destruya la tarjeta. Cuando tenga el rescate, llámeme por teléfono. Estos bribones se imaginan que una vez que tengan el rescate estarán fuera de peligro, pero han subestimado a Van Wylie. Tan pronto como sepamos que usted, su mujer, su hijo y Miss Van Wylie están a salvo, nos lanzaremos tras ellos. De ahora en adelante, tres de mis hombres le seguirán a usted. Si en cualquier momento necesita ayuda, estarán al instante a su lado. No tiene que preocuparse de nada. Tiene mi palabra de que no haremos absolutamente nada hasta que su mujer esté a salvo.

Vic se encogió de hombros con gesto de desamparo.

—Creo que tengo que confiar en usted —dijo—, pero por favor, quédese quieto hasta que estos bribones se hayan ido de Wastelands.

—Tiene mi palabra —dijo Dennison, y se dirigió a la puerta—. No tiene por qué preocuparse. Lamento haber entrado en esa forma. Buenas noches, Mr. Dermott —y abandonó el cuarto.

Vic estaba aún acostado, mirando desesperado a la pared de enfrente, cuando oyó el paso pesado de Dennison que se iba apagando a medida que se alejaba por el pasillo.

Sigilosamente, Zelda levantó la cabeza y miró a través del cuarto donde estaba durmiendo Carrie. La luz de la luna penetró a través de la persiana, y por unos instantes Zelda observó a Carrie. Luego con cuidado infinito, apartó a un lado las sábanas y se sentó. Esperó respirando apenas, luego apoyó los pies en el suelo.

El silencio reinaba en toda la casa del rancho. Zelda no volvió a hacer un movimiento durante un momento. Se sentó en el borde de la cama, tratando de decidir entre dos posibilidades: correr el riesgo de deslizarse fuera de la casa y llegar a la cabaña o volverse a la cama. No sabía si el italiano gordo estaba despierto. Pensó que era probable que estuviera durmiendo, pero no podía estar segura.

Se consumía por Riff. Si lograba llegar adonde él estaba, no tenía la menor duda de que él la sacaría de ese lugar. ¡Tenía que reunirse con él!

Se levantó. Inmóvil, con el corazón en un puño, observó a Carrie, pero como ésta no hizo ningún movimiento, tomó la camisa y los pantalones que había dejado sobre una silla al lado de su cama. Con precauciones indecibles se puso los pantalones, tiró el camisón sobre la cama y se puso la camisa.

Carrie se movió en sueños, y Zelda se quedó helada, latiéndole con fuerza el corazón. Esperó; luego, cuando vio que Carrie seguía durmiendo, Zelda se dirigió en silencio hasta la puerta. La abrió sin dificultad y dio unos pasos en el vestíbulo. Allí se detuvo unos instantes, escuchando. Contenta de no oír ningún ruido que pudiera alarmarla, se dirigió a la cocina, abrió, sin ninguna preocupación, la puerta de atrás y dio unos pasos en la noche cálida, a la luz de la luna.

Cerca de la parte delantera de la casa, Moe había luchado para mantenerse despierto, pero no estaba hecho para soportar una noche sin dormir. Se había relajado en el confortable sillón de bambú, con la pistola al lado y durante una hora había estado dormitando. Ahora dormía profundamente.

Zelda dio la vuelta a la casa, se detuvo el tiempo suficiente para oír el suave ronquido de Moe, luego atravesó el césped y corrió por el camino de arena, hasta la cabaña.

En la cabaña, Chita había entrado en su dormitorio, encerrándose en él. Se recostó en la cama, cansada, medio dormida y medio despierta. En el vestíbulo, Riff también estaba dormitando. Había pasado dos largas horas vigilando la casa del rancho, pero cuando la luna se escondió y las sombras rodearon la casa, ya no pudo ver a Moe. Ahora no tenía idea de si Moe estaba dormido o despierto. No tenía ánimo para ir hasta allí. Su oreja le dolía. No quería exponerse a recibir una bala en la pierna. Ahora, acurrucado en dos sillones, dormitaba y pensaba en su futuro con Zelda.

Un ligero ruido alertó a Chita. Se sentó para escuchar. Chirrió una puerta, luego oyó un suave murmullo procedente del vestíbulo. Se bajó de la cama y se dirigió con

mucho sigilo hacia la puerta. Escuchó con el oído apretado contra el panel. Reconoció la voz de Zelda. Una corriente de sangre caliente le corrió por todo el cuerpo. Con mucho cuidado, despacio y con paciencia, hizo girar el picaporte y con suavidad abrió la puerta no más de una pulgada, de manera que podía oír sin ser vista.

Cuando la puerta delantera de la cabaña chirrió al abrirse, Riff se levantó de golpe, pero se tranquilizó al oír murmurar a Zelda:

—Todo va bien, Riff... soy yo.

Vino a él a través de la oscuridad del cuarto y se arrodilló a su lado; rodeándole con sus brazos, apoyó la cabeza contra su pecho.

—No puedo estar fuera —dijo pasando sus dedos por el pelo corto de él, cuidándose de evitar la oreja lastimada—. ¿Estás mal herido?

—¿Dónde está él? —preguntó Riff; sus torpes dedos en la espalda de ella, para atraerla contra su pecho—. ¿Está dormido?

—Sí —se estremeció suavemente al contacto fuerte y brutal de sus manos—. ¡Oh Riff! ¿No podemos irnos? ¿No podemos irnos ahora mismo?

Riff pudo ver la luz de la luna que entraba a través de las persianas. Si salían ahora y Moe se despertaba podría abatirlos de un tiro como a simples conejos.

—Este tipo sabe tirar —dijo—. Tenemos que esperar. Hay tiempo. Ya ves lo que me ha hecho a mí —hablaba con una voz que apenas era un murmullo.

—¿Dónde está ella? —murmuró Zelda, con sus brazos fuertemente abrazados alrededor de él.

—En el otro cuarto... dormida. Habla en voz baja. Podría oímos —se puso de pie atrayéndola hacia sí. Permanecieron en la oscuridad, en un estrecho abrazo. .

Chita cerró la puerta, volvió a la cama y se sentó en ella, con los puños fuertemente apretados entre sus rodillas. Escuchó los ruidos apagados que le llegaban a través de la puerta. Por último, cuando se hicieron incontrolados, se puso de pie. Se quedó parada, titubeando. Había una manera de lograr que este asunto no siguiera adelante: una manera de conservar a su hermano para ella. Oyó a Zelda sofocar un grito de placer y dolor, y eso la decidió. Se dirigió a la ventana y abrió las persianas. Miró hacia la casa del rancho, luego saltó por la ventana y cerró las persianas tras sí.

Caminando en silencio, se deslizó rodeando la cabaña en las sombras. Había un espacio de claro de Irma entre la cabaña y el garaje. Lo atravesó corriendo y se detuvo en la sombra de la puerta del garaje. Miró hacia atrás y escuchó. Nadie emitió un sonido, nadie se movió. Con grandes precauciones, levantó la barra de la puerta, caminó en la oscuridad y luego cerró la puerta detrás de ella. Durante unos instantes buscó con impaciencia la llave de la luz; la encontró y la encendió. Parpadeó mirando alrededor de ella en el garaje donde el Cadillac y la camioneta se hallaban una al lado de la otra. En el extremo opuesto encontró lo que buscaba; una pala con mango largo que se usaba con bastante frecuencia, cuando el viento amontonaba la arena

formando médanos.

Cogió la pala, apagó la luz, abrió la puerta del garaje y salió al aire libre.

Tardó casi dos horas en encontrar y abrir la tumba de Di Long. Riff le había indicado en forma vaga dónde había enterrado al vietnamita, y Chita tuvo que hacer varios intentos fallidos antes de localizar por fin el lugar donde yacía el cuerpo, bajo la arena. Eran ya más de las dos y la luna estaba alta, derramando su luz fuerte sobre la casa del rancho.

Moe seguía roncando en tono menor. Carrie estaba soñando con Vic. Riff y Zelda, exhaustos, yacían en el suelo, medio dormidos, medio despiertos.

A unos cuatrocientos metros de la casa, Tom Harper con Letts y Brody, se hallaba al pie de la duna más próxima a la casa. Harper había pedido prestado un periscopio de la Agencia de Campaña de Frisco. Lo había instalado de manera que pudieran ver la casa sin ser vistos ellos. Letts y Brody dormían. Harper había estado vigilando cuidadosamente la casa, pero no había alcanzado a ver a Chita cuando abandonaba la cabaña. El periscopio no servía de mucho en las horas de oscuridad.

Chita volvió al dormitorio sin ser vista ni oída. Se acostó en la cama. La roía el odio que sentía por su hermano y por Zelda. Escuchaba el continuo murmullo que llegaba hasta allá desde el cuarto de al lado. Ese murmullo era para ella como si echaran sal en una herida que tuviera en el cuerpo.

Saciado y ya aburrido de Zelda, por fin Riff se retiró de su lado.

—Sería mejor que te fueras —dijo, y se sentó—. ¡Vamos! ¡Quítame las manos de encima...! —brutalmente le dio un empujón—. ¡Muévete! Dentro de una hora será de día.

De mala gana, Zelda se puso de pie y empezó a vestirse.

—¿No nos vamos de aquí? —preguntó—. Creo...

—¡Cállate la boca! —gritó Riff.

—Pero ¿no nos vamos? —murmuró mientras levantaba la cremallera de su pantalón.

—¿Quieres un agujero en el pellejo? —dijo Riff. Ya estaba harto. Se había dado el gusto y ahora quería verse libre de ella—. ¡Ese tipo tirará... y sabe tirar!

—Pero querido, ¿le tendrías miedo a un hombrecito gordo como ese? —dijo Zelda mirándole fijamente.

—¿A él? ¿Quién le va a tener miedo a un sujeto así? Pero no tengo la pistola... él puede tirar. ¡Mira, sal de aquí y vete al diablo! —Riff se dirigió a la puerta—. ¡Ya pensaré algo! Déjame manejar este asunto... ¡vete, rápido!

Nadie le había hablado a Zelda en esa forma. Le pareció excitante.

—Me quieres de veras, ¿no es así? —dijo y se dirigió hacia él.

—Sí, sí, sí —dijo Riff con impaciencia; estaba casi frenético—. Ahora vete.

La cogió del brazo y la empujó hasta la puerta; la abrió y la hizo salir sin ningún

miramiento a la luz mortecina del desierto.

Con el impulso del violento empujón, Zelda salió casi corriendo, tambaleándose por la pendiente que llevaba a la cabaña. De pronto se paró en seco y miró la cosa horrible que yacía a sus pies. Se horrorizó como se había horrorizado Riff, y cogiéndose la cabeza con las manos se puso a gritar.

Chita escuchó los gritos con un placer sádico.

En el Hotel Cambria, de Salinas, Kramer pidió a la telefonista que le comunicara con un número de Paradise City. Llamaba a Phil Baker, el compañero con quien jugaba al golf regularmente y que era la única persona a quien podía dirigirse en esta ocasión y en quien podía confiar como amigo.

Kramer había decidido mudarse al Hotel Cambria, donde Vic Dermott tenía que llegar más tarde. Kramer estaba perdiendo el control. El hecho de que Dennison hubiese tomado tanto interés en sus asuntos le molestaba. Dennison era el último a quien Kramer desearía ver metiendo las narices en sus cosas. Kramer empezó a pensar si no sería mejor coger el dinero que Dermott había conseguido ya y salir del país. Por ahora, Dermott debía tener un millón y medio de dólares en efectivo. Kramer trataba de decidir si sería mejor tomarlo y desaparecer dejando a Zegetti y a los Crane esperando su parte o seguir con su plan primitivo. Pensó que ante todo tenía que llamar a Helene, antes de tomar una determinación definitiva.

Baker estaba en la línea. Eran un poco más de las diecisiete.

—Phil... soy Jim —dijo Kramer—. He tenido un inconveniente. Confío en usted como en un amigo. Quisiera que hiciese algo por mí, y deseo que no me haga preguntas. ¿Estaría dispuesto?

Lógicamente extrañado, Baker preguntó:

—¿Dónde ha estado? Perdí un partido por esperarle.

—Lo siento mucho, pero estoy en una situación que necesita ser bien llevada —dijo Kramer con impaciencia—. ¿Quiere hacer algo por mí? Tiene que ser sin preguntas.

—Claro, naturalmente, Jim... cualquier cosa —Baker parecía ahora un poco resentido—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Quiere ir hasta mi casa y decirle a Helene que vaya al club y me llame a mí a las diecinueve en punto? ¿Haría eso por mí?

—Por supuesto —dijo Baker—. Pero no entiendo. ¿Por qué usted...?

—He dicho que no quería preguntas —estalló Kramer—. ¿Quiere o no quiere hacer eso?

—Ya le he dicho que sí, ¿no es verdad? Usted quiere que vea a Helene y le diga que vaya al club y le llame a usted a las diecinueve: ¿está bien?

—Así es.

Kramer le dio el número del teléfono del Hotel.

—Cuando le vea la semana que viene se lo explicaré, pero en este momento no quiero hablar del asunto. ¿Entendido, Phil?

—Por supuesto... Estaré en su casa dentro de media hora. Deje que todo corra por mi cuenta —se hizo un silencio, luego Baker inquirió—: Jim... ¿no está en alguna dificultad?

—¡Por el amor de Dios, Phil! Haga lo que le pido —estalló Kramer—. Se lo contaré todo la próxima vez que le vea. Por ahora, hasta pronto —y cortó la comunicación.

Se sentó mirando distraído por la ventana, meditando. Fue una espera interminable, pero por fin, unos minutos antes de las diecinueve, Helene le llamó.

—Hola, querida —dijo Kramer, esforzándose en parecer alegre—. ¿Cómo andan las cosas? ¿Estás bien?

Se hizo un silencio, luego Helene dijo con una voz que Kramer apenas reconoció.

—¿Si estoy bien? ¿Cómo puedes preguntar semejante cosa? ¿Qué sucede? ¡Jim! ¿Qué está pasando? ¡Yo tengo derecho a saberlo! Phil ha venido... me miraba como si yo fuese una especie de criminal. ¿Qué es lo que pasa?

Kramer sintió un repentino dolor en el lado izquierdo mientras decía:

—Tranquilízate, Helene. Quería hablar contigo sin que los federales estuviesen escuchando. ¿No te das cuenta de que han intervenido nuestro teléfono?

—¿Por qué han intervenido nuestro teléfono? —preguntó Helene con voz estridente—. ¿Por qué han hecho eso? ¿Has hecho algo malo? ¡No entiendo nada de lo que estás diciendo!

—¡Cállate! —dijo Kramer de mal modo—. Quiero verte. Los federales te seguirán. Tienes que despistarlos. Tú lo hacías en otro tiempo, puedes hacerlo ahora. Cuando les hayas despistado, quiero que vengas al Hotel Cambria en Salinas. Estoy alojado aquí. Podría ser que tú y yo emprendiéramos un largo viaje... podría ser, nosotros tenemos que desaparecer.

Se produjo un largo silencio en la línea, y Kramer se puso más nervioso.

—¿Helene?

—Estoy aquí. ¿Así que estás metido en líos? —su voz tenía un tono de desesperación que hizo estremecer a Kramer—. Con todo tu dinero. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido?

—No me llames estúpido —exclamó Kramer, sintiéndose ultrajado al pensar que su mujer podía decirle semejante cosa—. No sabes ni la mitad de lo que pasó. ¡Solly se quedó con todo nuestro dinero! Ese ladrón lujo de perra se jugó todo nuestro dinero... ¡cuatro millones de dólares! ¡Nos dejó en la calle!

—¿Solly? —se oyó la voz de Helene—. ¡Oh, no! ¡Solly no nos pudo hacer eso! ¿Cómo pudo hacer semejante cosa?

—Bueno, ¡lo hizo! Pero yo voy a recuperar el dinero. Escucha, Helene, tú ven para acá y te lo explicaré todo. Por el amor de Dios, fíjate bien cómo vas a venir. Tienes que despistar a cualquiera que te siga... asegúrate de que sea así. No lo vayas a conducir hasta mí, aquí... ¿me entiendes?

Hubo otra larga pausa, y Kramer, con su cara roja, el dolor del costado haciéndole sudar, dijo:

—¡Helene! ¿Estás aún ahí?

—Sí. Estaba pensando. ¿De manera que no tenemos más dinero?

—Así es, pero volveremos a tener. Estoy trabajando en un proyecto que nos hará recuperar todo lo que hemos perdido. Vente para aquí y te explicaré lo que sucede.

—No, Jim. Lo lamento, pero no iré. Me estoy haciendo vieja. Tú también estás viejo, Jim... demasiado viejo para volver al hampa. A mi edad no tengo ganas de estar tratando de evadir a los agentes federales. Tal vez haya sido divertido hace quince años, pero no sería divertido ahora. Vuelve a casa, Jim. Pensaremos algo juntos.

—No tenemos casa ya —dijo Kramer furioso—. ¿No me oyes lo que te digo? ¡Estamos completamente en la calle! Estoy en algo que nos permitirá volver a lo que éramos, pero tienes que venir aquí y juntarte conmigo. Ven para acá en seguida, pero ten mucho cuidado y fíjate bien cómo lo haces.

—No iré —dijo Helene—. Hace años estuvimos metidos en eso, pero no quiero volver a estarlo. Pensé y esperé que tú y yo nos habíamos liberado del hampa. No iré. Adiós, Jim. Me las arreglaré de algún modo y espero que tú también te las arregles. Si cambias de idea, si abandonas todo lo que estás haciendo, entonces te aguardaré, pero de otro modo, Jim, te digo adiós para siempre.

El golpecito seco en la línea cuando ella colgó fue como el golpe de una puerta que se cerrara sobre unos pocos años de vida de que había gozado Kramer y de los que se había enorgullecido.

Movió la horquilla del teléfono, incapaz de creer que su mujer le hubiese colgado en esa forma. ¡Helene! Una cantante de segunda categoría que él había recogido de un night club... de tercera categoría... ¡haberle hecho semejante cosa a él! ¡Una mujer a quien él había dado fortuna, posición y seguridad social! ¡No podía creerlo!

Sin prisas, colocó el receptor. Miró en derredor, el cuarto pequeño y frío. Se sentó un momento, sudando, asustado y muy dolorido.

—Adiós, Jim —le había dicho ella.

Había habido en el fondo de su voz algo que decía: He terminado contigo.

Lentamente, Kramer se puso de pie. Caminó con paso pesado y con dificultad hacia donde estaba su maleta y sacó una botella de whisky. Se fue al cuarto de baño y se sirvió un trago bien cargado. Lo tomó sin agua, dejó el vaso y luego volvió despacio al dormitorio.

¡Helene! ¿Qué haría? No debía haber ningún dinero en la casa. Pensó en la estola de visón que le había prometido. ¿Qué diablos se imaginaría que iba a hacer sin él?

Sonó el timbre del teléfono, haciéndole estremecer en tal forma, que volcó whisky en la alfombra. Dejó el vaso y levantó el receptor.

—Usted pidió que se le avisara cuando Mr. Jack Howard llegara —le dijo el recepcionista—. Acaba de firmar el registro; habitación ciento treinta y cinco.

—Gracias —dijo Kramer, y colgó. Terminó su copa y encendió un cigarro. La habitación 135 debía estar en ese mismo piso, en el extremo del corredor. Dermott debía tener un millón y medio en efectivo. ¿Que iba a hacer?, se preguntó Kramer. ¿Podía creer de veras que Helene le había dicho adiós para siempre? Si ella en realidad había querido decir eso, ¿para qué iba a seguir insistiendo? ¿Por qué no tomar lo que había conseguido ya del rescate y largarse lejos de aquí? ¿Para qué se iba a estar rompiendo la cabeza pensando en Moe y en los Crane?

El cigarro le pareció amargo, y con un gesto de impaciencia lo apagó.

Un hombre puede vivir muy bien con un millón y medio de dólares. Podría coger un barco e ir a Cuba. Tal vez, más tarde, Helene quisiera reunirse con él. Cerró los ojos. Se sentía terriblemente cansado, y el insistente dolor del costado le preocupaba. ¿Podría separarse de Moe? Se llevó la mano a la cabeza y trató de decidir qué le convenía hacer. Por fin, aún indeciso, se irguió, tomó otro trago y después se dirigió al largo corredor. Se detuvo delante de la habitación 135.

Vic Dermott se lavaba las manos en el pequeño cuarto de baño cuando oyó que llamaban a la puerta. Secándose las atravesó el cuarto, y todavía con la toalla en las manos dio vuelta a la llave en la cerradura y abrió la puerta. La vista de Kramer le hizo pararse en seco. Retrocedió cuando Kramer entró, empujando la puerta y cerrándola tras él.

—¿Bien? —dijo Kramer—. ¿Cómo le ha ido?

—Muy bien —dijo Vic, y arrojó la toalla sobre la cama—. No esperaba verle a usted aquí.

—¿Cuánto dinero ha conseguido? —preguntó Kramer.

—Un millón seiscientos mil hasta ahora —contestó Vic, y se dirigió a las dos maletas que estaban en el suelo cerca de la cama.

—Déjeme ver... ábrala —dijo Kramer.

—Ábrala usted mismo —replicó Vic tranquilamente.

Kramer miró largo rato a Vic, que se hallaba detrás de él, con expresión amenazadora, luego con un gruñido, se acercó a las maletas, levantando y abriendo una de ellas. Al hacer esto sintió algo así como si una lanza lo atravesara y le quemara todo el cuerpo. Sus grandes manos ya habían abierto la tapa de la maleta. Se echó hacia atrás, sus ojos fijos en el montón de billetes de cien dólares que había en ella; el dolor del costado lo dejó sin habla.

Trató de decir algo. Trató de retirar la vista de la maleta abierta. De golpe se sintió sin fuerza, como un muñeco de trapo. Entonces tuvo otra punzada de dolor que le hizo gemir y se relajó en la muerte, sus manos asidas como garfios al dinero que nunca iba a gastar.

Paralizado por la sorpresa y la impresión, Vic contemplaba al hombre muerto. Cuando el pesado cuerpo quedó tendido en el piso, Vic retrocedió un poco tratando de hacer algo, sin ayuda ni esperanza.

Se quedó parado al lado del cuerpo sin vida, y pensó en Carrie y en Júnior. De pronto recordó que el agente federal le había dicho que uno de ellos estaría siempre cerca de él. Se dirigió a la puerta y la abrió, saliendo al corredor. Hubo un largo silencio, luego se abrió una puerta más allá del pasillo y apareció un hombre alto y corpulento. Miró a Vic y levantó las cejas.

—Venga, por favor —dijo Vic—. Está muerto.

Una hora después, Jay Dennison llegaba al hotel. Fue inmediatamente a la habitación de Vic. Este había esperado en la habitación de Kramer con Abe Masón, el agente federal. Ahora los dos se unieron a Dennison, quien se hallaba observando el cuerpo de Kramer, acariciándose la barba, pensativo. Luego miró las dos maletas llenas de dinero.

—¿Cuánto hay en este montoncito? —preguntó.

Vic se lo dijo.

Dennison se volvió hacia Masón.

—Ocúpese de que el cuerpo sea trasladado mientras el hotel está durmiendo —dijo—. No quiero ninguna publicidad sobre esto.

Cerró las maletas y las levantó.

—Usted y yo, Mr. Dermott, vayamos a algún lugar donde podamos conversar.

Vic le llevó de nuevo a la habitación de Kramer, y los dos hombres se encerraron en ella. Dennison se sentó en la cama mientras Vic lo hacía en el único sillón que había.

—Tiene bastante dinero aquí para dejar satisfechos a los otros tres —dijo Dennison—. Creo que sería mejor que actuáramos en seguida. Quiero que vuelva a Wastelands y les dé su dinero a estos bribones. Cuando lo tengan en sus manos, se irán. Una vez fuera de Wastelands estarán al descubierto. Mis hombres estrecharán el círculo alrededor de ellos y será su fin. ¿Le gustaría llevar un arma, Mr. Dermott?

Vic movió la cabeza.

—No... si vuelvo allá sólo estoy seguro de que me registrarán. Si encuentran que llevo un arma se darán cuenta de que algo pasa. No; no quiero armas.

—Podemos esconder una pistola en su auto.

Vic volvió a menear la cabeza.

—No puedo aventurarme. Esto es demasiado importante para mi mujer y para mí

mismo. Además no sé manejar un arma.

—Bueno, perfecto: tal vez tenga usted razón —Dennison reflexionó durante un largo rato—. Querrán saber dónde está Kramer. Dígales que los está esperando en el Arrowhead Motel, cabaña cincuenta y siete. No llegarán nunca hasta allí, pero suena a cierto.

—¿A usted le parece? —Vic no estaba muy seguro—. ¿Y si uno de ellos llama por teléfono al motel y pregunta por Kramer?

Dennison se sonrió.

—Yo arreglaré todo eso, Mr. Dermott. El dueño del motel ha trabajado conmigo anteriormente. Les dirá que Kramer ya se ha ido.

—Aún tengo más cheques para cobrar. ¿Qué haré con ellos?

—Es una suerte que Kramer no les haya dicho a los otros cuánto iba a pedir. Estarán bastante contentos con un millón y medio de dólares. Deme el resto de los cheques. Se los devolveré a Mr. Van Wylie.

Mientras Vic buscaba los otros cheques, dijo:

—No me esperaban antes de dos o tres días. ¿No les parecerá sospechoso que vuelva tan pronto?

—Dígales que Kramer ha apresurado la operación —contestó Dennison—. Dígales que como no ha tenido ninguna dificultad para cobrar los cheques, se adelantó al programa. ¿Por qué van a sospechar?

Vic recapacitó sobre todo esto. No le gustaba, pero no veía qué otra cosa podía hacer.

—Muy bien; entonces estoy listo para salir.

Dennison miró su reloj.

—Puede llegar a San Bernardino en tres o cuatro horas.

Pase la noche allí y llegue a Wastelands alrededor de las diez, mañana por la mañana. Tengo a tres de mis hombres apostados en las dunas de arena, vigilando la casa. Usted no estará solo, pero ande con mucho cuidado. Apostaría que cuando tengan todo ese dinero en sus manos se irán rápidamente.

—No esperaré hasta mañana por la mañana —dijo Vic con tranquila determinación—. No tengo la intención de dejar a mi mujer allí otra noche más. Saldré para Wastelands esta noche.

—Ahora mire, Mr. Dermott... —empezó a decir Dennison, pero Vic le paró en seco.

—He dicho que viajaré esta noche a Wastelands. Y nadie podrá detenerme.

Dennison estudió su rostro, luego asintió.

—Creo que yo haría lo mismo. Muy bien, pero ande con cuidado.

Mientras Vic tomaba las dos maletas, Dennison se dirigió al teléfono.

Harper estaba a punto de despertar a Letts para tomar su turno en la vigilancia de la casa del rancho cuando oyó los gritos de Zelda.

El mido despertó a los otros dos agentes federales, y los tres hombres se miraron.

—¿Qué diablos estará pasando allí? —dijo Letts, mirando a sus pies.

Los gritos penetrantes que llegaron con la brisa nocturna, súbitamente dejaron de oírse y de nuevo el silencio cayó sobre el desierto.

—Voy para allá —dijo Harper.

—Espere —dijo Letts—. Estoy más acostumbrado a esta clase de líos que usted. Puedo llegar allí sin ser visto. Si nos descubren se armará un tremendo lío.

Letts era un hombre pequeño, flaco y nervioso, que había hecho su servicio como explorador en la selva durante la guerra. Harper reconoció que tenía razón. Si alguno podía llegar a la casa del rancho sin ser visto, ese era Letts.

—Muy bien, Alex, pero vaya rápidamente. Estoy deseando saber qué sucede.

Mientras Letts avanzaba, primero con las manos y las rodillas y luego aplastado contra la arena, Harper levantó la radio y trató de tomar contacto con Dennison. Le dijeron que estaba ocupado.

—¡Llámele! —dijo Harper apremiante—. Aquí hay dificultades. Una mujer ha gritado. Encuéntrenlo y díganle eso.

Al oír los gritos de Zelda, Moe volvió de su pesado sueño con un impulso que le hizo ponerse de pie, inquieto. Durante un largo rato no pudo darse cuenta de dónde estaba. Había empuñado la pistola, su respiración era opresiva, el corazón le latía con fuerza; se despertó por completo y miró hacia la cabaña donde podía ver a Zelda, con las manos en los cabellos, gritando.

Riff corrió hacia ella y la abofeteó en el rostro. Sus gritos cesaron. Sollozando frenéticamente, trató de abrazarse a él, pero Riff la apartó de un empujón.

El hedor de la muerte que provenía del vietnamita les enfermó a los dos.

Paso a paso, Moe bajó los escalones de la galería. Una luz se había encendido en el cuarto de Carrie y ésta se asomó llena de miedo a la ventana abierta. Hasta donde se hallaba le llegó el hedor de la muerte.

Zelda se volvió y corrió ciegamente por el camino. Riff la empezó a seguir, luego se detuvo cuando vio que Moe venía hacia él con la pistola en la mano.

Moe le gritó a Zelda llamándola, pero ella siguió corriendo.

—Sígala —le gritó a Riff—. Se está escapando.

Pero Riff no le hizo caso. Ahora observaba al hombre que él había matado. De pronto se convenció de que nunca se casaría con Zelda, y sus esperanzas de riquezas y de vida fácil se desvanecieron.

Entonces Moe vio el cuerpo del vietnamita y se quedó rígido, sintiendo que los cabellos se le erizaban.

Chita había bajado de la cama. Estaba mirando satisfecha a través de las

persianas.

Letts, unos cien metros más allá, se encontró de golpe al descubierto. A la clara luz de la luna, se dio cuenta de que si hacía un movimiento para adelante, podría ser visto. Observó a Moe y a Riff que examinaban algo oscuro que yacía en la arena. Entonces vio a Zelda que corría como una loca hacia él. La reconoció, y de un salto se puso de pie.

Moe vio de golpe a Letts surgir del suelo. Vio a Zelda desprenderse de él y echar a correr. Apuntó a Letts... No tenía la intención de apretar el gatillo. Fue un movimiento instintivo producido por la impresión y el miedo.

Con una bala en la cabeza, Letts cayó hacia adelante, mientras el destello del arma hizo retroceder a Riff. Ahora Zelda había desaparecido más allá de la primera duna de arena.

—¿Qué sucede? —inquirió Moe. Sentía que se volvía loco—. ¿Que es lo que pasa?

Blasfemando, Riff corrió hacia donde yacía Letts. Se inclinó sobre él, le dio vuelta y empezó a registrarlo. Encontró la cartera y la insignia del F. B. I. Examinó la insignia, luego poniéndose de pie corrió de nuevo hacia Moe.

—Es un federal —gruñó al llegar cerca de Moe—. Usted, grandísimo estúpido, ¡usted lo ha matado!

Cuando Zelda desembocó en el camino, Harper, al verla venir dio un salto y la agarró.

—Todo va bien. Somos agentes federales —dijo y le puso la mano sobre la boca para que dejara de gritar. Ella se apoyó en él, con los ojos muy abiertos por la impresión y el terror, pero por fin logró tranquilizarla, repitiendo una y otra vez que era un agente federal. De golpe su cuerpo se aflojó y se fue deslizando poco a poco hacia el suelo.

—¡Jack! —dijo Harper con apremio—. Llévela a Dennison. Es Miss Van Wylie. Brody estaba mirando hacia la casa del rancho.

—¿Qué pasa con la mujer y el niño que están allí?

—¡Haga lo que le digo! —exclamó Harper—. Yo cuidaré de ellos.

Brody cogió a Zelda, un poco arrastrándola y otro poco sosteniéndola, la llevó hasta el jeep, escondido detrás de una gran duna de arena.

Harper puso toda su atención en la casa del rancho. Vio tres figuras que corrían hacia la casa. Desaparecieron en su interior. De donde él estaba pudo oír el golpe que dio la puerta al cerrarse... La luz de uno de los cuartos se apagó.

Cuando el jeep arrancaba, él y Brody pudieron ver las luces de un auto que se acercaba. Zelda sollozaba de forma histérica tirada en el asiento, al lado de Brody. El le dio unas palmaditas en el brazo para tranquilizarla y luego bajó del jeep. Harper se reunió con él. Los dos hombres tenían armas en las manos y se dirigieron al

encuentro del auto que se acercaba.

Vic los vio. Puso el pie en el freno y detuvo el auto.

Mientras los dos hombres iban hacia él, Vic oyó a una mujer que lloraba con sollozos entrecortados, que le hicieron estremecer.

Chita estaba apoyada contra la pared y vio el terror que había en el rostro de Moe y el miedo en el de su hermano. Los dos hombres se hallaban al lado de la ventana, mirando a la oscuridad. La luz de la luna cayó directamente sobre ellos, y su expresión la sobresaltó. Así que esto era trabajar a lo grande, pensó. Cuando los naipes estaban sobre la mesa y eran todos ases, entonces se sabía quiénes eran los hombres y quiénes los niños. Estos dos juntos no sumaban un hombre.

—¿De quién es... el cuerpo? —preguntó Moe roncamente.

—¿De quién le parece que puede ser? —gruñó Riff—. ¡Del hombre amarillo! ¡Tuve que matarlo! Ahora usted, gordo presuntuoso, ha metido la pata. ¡Se ha cargado a un federal!

Moe se retiró de la ventana. Estaba sudando y temblaba como una hoja.

—No quise hacer eso —dijo con voz débil—. El tiro se escapó. No quise matarle.

—Dígale eso al juez —dijo Chita con voz suave.

—¡Cállate la boca! —gruñó Riff, mirándola—. ¡Y óyeme!

Si hay un federal afuera, con seguridad habrá otros —Chita se rio para su coleteo—. Esta gracia está tomando mal cariz.

—¡Oh, muchacho! ¡Has dicho algo!

Moe salió del cuarto, inquieto, atravesó el vestíbulo y entró en el cuarto de Carrie. Esta había abierto la celosía. Se había puesto un pantalón y una camisa y estaba de pie al lado de la cuna de Júnior, con el rostro blanco, los ojos muy abiertos, cuando se encaró con Moe.

Este entró y cerró la puerta. Todavía tenía la pistola en la mano, y Carrie le miró vacilante.

—No tenga miedo —dijo Moe, y escondió la pistola—. Estamos metidos en un lío. ¿Me escucha?

Carrie hizo un esfuerzo y se acercó a él.

—Sí... le escucho.

—Había un agente federal afuera —dijo Moe, hablando muy ligero en su ansiedad por explicarse—. Le he pegado un tiro. No quise hacerlo. Vi que algo se movía y el tiro se escapó. Nunca había matado a nadie. No espero que me crea, pero es la pura verdad. Ahora estamos en aprietos —hizo una pausa y miró al niño dormido—. Esto quiere decir que usted y el bambino también están en peligro. No por mí... Quiero que sepa esto. Haré todo lo que pueda por ustedes, pero el peligro vendrá del lado de los otros dos. Necesito saber una cosa. Es importante. ¿Está todavía de mi parte?

Carrie miró fijamente al hombre asustado.

—Sí —dijo—, todavía estoy de su parte.

Moe lanzó un profundo suspiro.

—A mí no me queda mucho tiempo de vida —dijo—. Lo sé, pero mientras pueda, me ocuparé de que no le pase nada a usted. Quédese aquí y haga todo lo que yo le diga. La sacaré de este lío si puedo.

Salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí.

En el salón encontró a Riff, mirando aún por la ventana. Chita estaba sentada en el brazo de un sillón, fumando.

Riff se volvió cuando entró Moe.

—¿Qué diablos tenemos que hacer? —preguntó. La voz le temblaba por el miedo, y esto hizo que Chita se riera despacio—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Cogeremos el auto y haremos un intento —dijo Moe, sabiendo que tal cosa podría serles fatal. Todo lo que deseaba ahora era un final rápido. Si pudiera ponerse bajo una lluvia de balas que le mataran en un instante, sería feliz. No podía soportar la idea de volver a la cárcel. Deseaba un final rápido y quería que la criatura estuviera a salvo—. Saldremos por el camino de atrás.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Chita, mirándole con fiereza—. ¿Quiere un suicidio?

—Yo sé lo que me digo; es la única manera de poder salir —mintió Moe apresuradamente—. Les sorprenderemos. ¡Vamos! Es mejor que salgamos de aquí antes que estemos rodeados.

Asustado y empapado en un sudor frío, Riff miró hacia la puerta. Chita bajó del brazo del sillón y caminó en esa dirección.

—¡Riff!

El tono de su voz le hizo detenerse bruscamente.

—¡Usa tu cerebro! —prosiguió—. Si salimos de aquí nos harán saltar en pedazos. Riff titubeó.

—No la escuches —dijo Moe apremiante—. Vamos... ¡salgamos de aquí!

Riff miraba a Chita, que en ese momento tenía ese brillo en los ojos que él conocía tan bien.

—¡No escuches a ese gordo! —dijo ella—. Cuando nos vayamos nos llevaremos con nosotros a la mujer de Dermott. Con ella en el auto no se atreverán a disparar. No se animarán a pararnos mientras ella esté con nosotros.

Riff se quedó mirándola con la boca abierta; de pronto se relajó y sonrió.

—Muchacha ¡qué cerebro tienes! Ven a buscarla. ¡Vamos! ¿Qué estás esperando?

Cuando se dirigía hacia la puerta, Moe dijo:

—¡Mira! —tenía la pistola en la mano y apuntaba a Riff—. ¡A ella la dejaréis en paz! ¡Nosotros iremos y correremos el riesgo, pero no nos llevaremos a Mr. Dermott!

Detrás de las dunas, donde no podían ser vistos desde la casa, Vic, Harper y Brody

conversaban.

—Mire, Mr. Dermott —decía Harper, tenso—, esto es una complicación. Ahora ellos saben que estamos aquí. No podemos acercarnos a la casa sin que nos peguen un tiro. Ya han matado a tino de nuestros muchachos. Nos llevaremos a Miss Van Wylie y buscaremos más hombres para que nos ayuden. Por el momento, no podemos hacer nada más que esperar.

Vic estaba medio loco de ansiedad.

—Mi mujer y mi hijo están en la casa —dijo tratando de dominar su voz—. ¿Se imaginan que me voy a quedar aquí mientras ellos están en la casa con esos asesinos? ¡Yo me voy para allá ahora mismo, y será mejor que ustedes no traten de detenerme! Tengo el rescate. Se lo daré a ellos y entonces se irán. Me importa un rábano que se vayan, pero quiero salvar a mi mujer.

—Comprendo lo que usted siente, Mr. Dermott —dijo Harper—, pero ellos saben que estamos aquí. Si les da el dinero, utilizarán a su mujer y a su hijo como escudo para poder salir. Los pondrán en el auto e intentarán fugarse, sabiendo que nosotros no vamos a disparar. Después cuando ellos crean que están a salvo, abandonarán a su mujer. Usted no debe ir allá y no tendrá que darles el rescate.

Brody, que había vuelto al jeep, llegó corriendo a donde ellos se hallaban.

—Está Dennison en la radio. Quiere hablar con usted —le dijo a Harper.

Harper se volvió apresuradamente y corrió al lugar de la radio. Brody lo siguió, dejando solo a Vic. Este titubeó durante breves instantes, luego se subió al Cadillac y se dirigió sin la menor demora hacia la casa. Cuando pasó delante del jeep, Brody le gritó, pero él siguió.

Al momento Harper refirió a Dennison lo que estaba pasando.

—Y ahora Dermott va hacia la casa. Le aconsejé que se quedara aquí, pero se ha ido —concluyó diciendo.

Dennison juró por lo bajo.

—Estoy seguro que le van a atrapar —dijo—. Saquen a Miss Van Wylie. ¿Puede ella conducir el jeep?

Brody movió la cabeza y se encogió de hombros cuando Harper le transmitió la pregunta.

—Brody dice que no. Está histérica.

—Entonces dígale a Brody que la lleve sin perder tiempo a su padre. Este es el primer paso. Esos tres seguramente querrán utilizar a Mrs. Dermott como rehén... apostaré cualquier cosa. Tú te quedas donde estás. Si hacen la tentativa con Mrs. Dermott, quiero saberlo. Si tratan de fugarse sin ella, tengo apostada gente en el camino para cerrarles el paso. Mantente en contacto conmigo y no te acerques a la casa. Quiero saber todo lo que va sucediendo —y Dennison dejó de oírse.

En la casa, Riff y Chita observaban a Moe, mientras éste les apuntaba con la

pistola.

—¿Se ha vuelto loco? —gruñó—. ¡La llevamos con nosotros y quedaremos Ubres!

—¿Por cuánto tiempo? —dijo Moe secamente—. No vamos a añadir más complicaciones. ¡Nos iremos sin ella!

—¡Nos la llevaremos con nosotros o no nos iremos! —dijo Chita con voz aguda.

—¡Haréis lo que yo os diga! —la expresión de Moe se endureció—. ¡Estoy asqueado de vosotros dos! No tengo ya nada que perder. ¡Haréis lo que yo os diga o de lo contrario os liquido a los dos!

Fue en ese momento cuando los faros del auto de Vic iluminaron el cuarto a través de la cortina. Moe se levantó y se dirigió hacia la ventana. Chita saltó sobre él haciéndole tambalear. Se agachó y recogió la pistola. Retrocedió cuando Moe recobró el equilibrio. Le apuntó con la pistola.

—De ahora en adelante —dijo con maldad—, nosotros manejaremos este asunto.

Riff reconoció el Cadillac de Vic. Vio que Vic bajaba de él.

—¡Es Dermott!

—¡Cuidado! —dijo Chita secamente—. ¡No te dejes ver!

—¡Dame la pistola!

Chita se la tendió. Riff miró de nuevo hacia afuera por la ventana. Vic se hallaba parado, inmóvil, mirando hacia la casa. Vio a Riff en la ventana.

—Estoy solo —llamó Vic—. Tengo el rescate.

—Por suerte, mejor que esté solo —dijo Riff—. Le estoy apuntando con una pistola. Venga aquí con el dinero.

Vic sacó las dos maletas del coche y se dirigió a la escalera de la galería.

—Déjale entrar —dijo Riff a Chita. El se quedó vigilando la ventana, mientras Chita se dirigía al vestíbulo.

Moe permaneció inmóvil, pero sus ojos buscaban un arma por toda la habitación, bañada por la luz de la luna. Cerca de él, en una mesita transportable, había una estatuita de bronce, representando a una mujer desnuda. Fue avanzando poco a poco hasta que estuvo próximo a la mesa.

Viendo que se había movido, Riff echó una mirada rápida.

—No empiece nunca lo que no puede terminar —dijo.

—No estoy empezando nada —dijo Moe—. Este es el fin del camino. No podremos salir por ahí.

—¡Cierre la boca! Usted no podrá, pero nosotros sí.

Vic entró, seguido de Chita, que se volvió a sentar en el brazo del sillón.

—¿Así que tenemos a los federales ahí afuera? —dijo Riff malignamente—. ¿Esa fue su brillante idea?

—Había dos —dijo Vic—. Uno de ellos está muerto. El otro se lleva a la chica de

Van Wylie a su casa.

Por la ventana podían oír el arranque del jeep. Unos instantes después vieron los faros del jeep iluminando el camino de tierra cuando se dirigía hacia *Pitt City*.

—¿Ah, sí? —gruñó Riff—. ¿Usted se imagina que le voy a creer? Vamos... ¿cuántos quedan todavía?

—Ya se lo he dicho. Ahora no hay ninguno, pero luego habrá. Dentro de una hora el lugar estará rodeado por ellos.

—Aquí tienen el dinero... ¡tómelo y váyanse!

Riff volvió a colocar la cortina en su lugar.

—Apague la luz.

Chita alcanzó la llave desde donde estaba sentada y apagó las luces.

—¿Dónde está Kramer? —preguntó Riff, mirando fijamente a Vic—. ¿Por qué no está aquí?

—¿Por qué tiene que estar aquí? —contestó Vic—. Esta es su parte del rescate. El ya está en camino.

Riff miró las maletas.

—¿Cuánto?

—Más de un millón y medio —dijo Vic.

—¡Está mintiendo!

—Mire usted mismo.

Vic colocó las maletas sobre el sofá y sacó las llaves. Las abrió y se retiró un poco. Los Crane se quedaron mudos a la vista de todo el dinero que había en ellas. Entonces Riff, hipnotizado al ver semejante fortuna, bajó el arma y se dirigió hacia las maletas. Tenía que pasar por delante de Moe, y ésta era la oportunidad de Moe. Su mano alcanzó la estatuita de bronce, la alzó y golpeó con la base la muñeca de Riff. Sus movimientos eran tan rápidos que no se podían seguir con la vista.

La pistola cayó de la mano de Riff, y éste gritó de dolor, apretándose la muñeca y tambaleándose. Moe levantó la pistola y apuntó a los dos Crane.

Chita no se había movido. Se sentó en el brazo del sillón, sin expresión en la cara, los ojos brillantes.

—Diga la verdad, Mr. Dermott. ¿Hay federales ahí afuera? Necesitaremos ayuda. Yo cuidaré de estos dos... Me cuidaré yo mismo. Si están afuera, llámelos para que entren.

—Hay uno afuera —dijo Vic.

—Muy bien, entonces hágale entrar —dijo Moe.

Frotándose la muñeca y blasfemando, Riff se apoyó contra la pared cuando Vic se dirigió a la puerta. Moe se volvió y apuntó a Riff con la pistola. Daba la espalda a Chita. No pudo ver que deslizaba la mano bajo el almohadón de la silla. Sus dedos buscaron a tientas y encontraron la automática de Vic que ella había quitado del

bolsillo del pantalón de Riff, la noche anterior y había escondido debajo del almohadón.

Vic atravesó el vestíbulo. Mientras caminaba hacia la puerta de entrada, Carrie salió del dormitorio.

—¡Oh, Vic! —exclamó llena de gozo—. Me pareció haber oído tu voz.

El fue hacia ella y la tomó en sus brazos.

—Todo marcha bien, querida —dijo—. Espera un momento... Estoy buscando al agente federal. Yo...

El violento estampido de un arma de fuego procedente de la sala les dejó helados y presas del terror.

Debajo de la almohada, Chita había quitado el seguro, sacando la pistola de su escondite, apuntando a la espalda de Moe y apretando el gatillo.

Moe sintió el impacto de la bala, sin dolor. Era como si alguien le hubiese golpeado con una cachiporra almohadillada. Cayó, chocando contra una mesita; la pistola se le deslizó de la mano y fue a parar a los pies de Riff. El rostro convertido en una máscara blanca y dura, Chita miró a Moe, le observó mientras se movía haciendo un débil esfuerzo para levantarse, luego alzó ligeramente la mira de la pistola, dirigiéndola a la cabeza y apretó de nuevo el gatillo.

Durante los breves instantes que pasaron antes que la segunda bala penetrara en el cráneo de Moe, pensó en su madre. Se preguntó si habría tenido miedo al morir. Lamentaba no haber estado a su lado en esos momentos. Durante esos segundos, comprobó que aunque no hubiese escuchado a Kramer, al morir ella, se desvanecía su porvenir. La gente, pensaba, tiene que vivir con la gente, y él nunca había tenido a nadie con quien vivir más que a su madre. Sin ella en su vida estaba perdido. No sentía ningún dolor. Se dio cuenta de que se estaba muriendo. Por lo menos, nunca más volvería a estar encerrado en una horrible celda.

Justo antes de que la segunda bala lo matara pensó en el hijito de Dermott.

Riff alzó la pistola con la mano izquierda.

—El hijo de perra me ha roto la muñeca —dijo con un quejido.

—¡Oh, cállate! —replicó Chita con un gruñido, y yendo hacia la puerta apuntó a Vic y a Carrie que se quedaron inmóviles, mirándola—. Vamos, entren —dijo—, y tengan cuidado de cómo entran.

El estampido de los dos disparos llegaron hasta Harper con toda claridad. Inmediatamente se comunicó con Dennison por medio de la radio.

—Se oyen estampidos de armas de fuego desde aquí —informó—. Parece que los Dermott necesitan ayuda. Pido permiso para ir a ver lo que sucede.

—Tú te quedas donde estás —dijo Dennison con firmeza—. Antes de una hora tendréis ayuda. La Policía de Pitt City os manda gente. Quiero saber si esos sujetos

piensan hacer una tentativa de fuga y si utilizarán a los Dermott como escudo. Tú quédate donde estás y tenme al corriente... ¿entendido?

—Pero pueden matarlos a los dos —protestó Harper—. Puedo acercarme...

—¿Me oyes? —gritó Dennison—. Quédate donde estás... ¡son órdenes!

Al ver el cadáver de Moe, Carrie lanzó un grito, se volvió y escondió la cara en el hombro de Vic.

Riff parecía perplejo ante la muerte de Moe. Miró a su hermana con la pistola en la mano, pero aunque aturdido de pronto sintió que si alguien podía sacarle de este atolladero tenía que ser ella.

—Coge el dinero —le dijo ella—. ¡Ponlo en el auto!

—No puedo —gruñó Riff—, ¡tengo la muñeca rota!

—Haz lo que te digo —le gritó Chita—. ¡Al diablo con tu muñeca! ¡Lleva el dinero al auto!

Maldiciendo, Riff se guardó la pistola en el bolsillo, cerró las maletas, cogió las asas con la mano izquierda y salió del cuarto con ellas.

Chita echó una mirada a Vic y a Carrie. Con la pistola apuntaba directamente a Vic.

—Nos vamos, pero nos llevamos a su mujer con nosotros. ¡Intente cualquier cosa y los suprimo a usted y a su hijo! Ahora... ¡sepárese de ella y póngase contra la pared!

—¡No se la llevarán con ustedes! —dijo Vic con la cara blanca, pero con expresión decidida—. ¡Oh, no!

—¡Apártese del camino! —dijo Chita—. ¡No quiero repetírselo!

Carrie se liberó de los brazos de Vic.

—Voy con ellos —dijo sin aliento—. Vic, por favor...

—¡No! —exclamó Vic—. ¡Iré yo! ¿Qué les importa quién va? —se dirigió a Chita—: Mi mujer tiene que cuidar del niño. . .

Riff entró sin hacer ruido. Estaba detrás de Vic. Chita movió la cabeza. Vic no se dio cuenta. Carrie vio de pronto a Riff, pero antes de que pudiera gritar para avisarle, Riff golpeó a Vic con la culata de su pistola en la nuca. Vic se dobló sobre las rodillas, luego se desplomó hacia adelante, inconsciente. Carrie corrió hacia él, pero Riff la detuvo.

—¡Vamos! —dijo Chita con tono apremiante—. Vamos... vamos... ¡salgamos de aquí!

Como Carrie estaba aún forcejeando, Riff le cruzó la cara de una bofetada. Desvanecida, se le doblaron las rodillas. Chita y Riff la agarraron y la sacaron de la casa hasta el Cadillac. Chita se colocó al volante, mientras Riff tiraba a Carrie en el asiento de atrás. Se sentó al lado de ella.

Chita puso en marcha el motor y condujo el auto hacia el camino.

—¿Crees que dispararán? —preguntó Riff con un temblor en la voz.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo Chita con impaciencia—. Lo sabrás muy pronto.

Riff atrajo a Carrie sobre sus rodillas. Se colocó detrás de ella, usando su cuerpo como escudo. Miró a su hermana por encima del hombro de Carrie; estaba sentada muy erguida, las manos fuertemente asidas al volante, mientras conducía el auto por el largo camino que llevaba a la verja de la entrada.

Dennison estaba inclinado sobre un mapa en gran escala del terreno que rodeaba a Wastelands cuando Harper se hizo oír a través de su radio.

—En este instante acaban de partir —informó—. Sólo puedo ver dos mujeres, pero tal vez los hombres estén tendidos en el suelo. Conducía una mujer, la otra estaba en el asiento de atrás. Iban en el Cadillac de Dermott. Giraron hacia la izquierda cuando salieron de la verja: eso quiere decir que se dirigen a Boston Creek.

Dennison echó una rápida ojeada al mapa abierto sobre su escritorio.

—Muy bien, Tom: ve allí y averigua qué le pasa a Dermott. ¡Observa! Pueden haber dejado a alguien allí, pero lo dudo. Vuelve a llamar pronto. Estaré esperando.

Harper levantó el aparato de radio, pasó sus correas sobre el hombro y luego, con la pistola en la mano, corrió hacia la casa.

Llegó en el momento en que Vic se dirigía, vacilante, hacia la puerta del frente.

—¡Se han llevado a mi mujer! —dijo Vic, apoyándose en la puerta—. ¡Tiene que hacer algo! ¡Se han llevado a mi mujer!

Mientras caminaba hacia la casa, Harper había pasado al lado del cuerpo de Di-Long. Se había detenido el tiempo suficiente como para identificarle, y ahora quiso pasar por delante de Vic para entrar en la casa, pero. Vic le puso el brazo para que no pasase.

—¿Hacia dónde iban?

—Hacia Boston Creek —dijo Harper—. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Vea usted mismo —respondió Vic—. Allí hay un hombre... muerto.

Harper entró en el vestíbulo. Encontró a Moe que yacía en el suelo. Le dio vuelta con el pie, cerciorándose de que estaba muerto, luego conectó la radio.

Para entonces, Dennison había alertado a todas las patrullas policiales, dentro de un radio de ochenta kilómetros de Boston Creek para que vigilaran al Cadillac. Uno de sus hombres estaba llamando a todas las estaciones de servicio para que informaran si el Cadillac de Dermott se detenía a coger gasolina, añadiendo que bajo ningún concepto debían tratar de detener el auto. Y otro de los hombres de Dennison estaba poniendo sobre aviso a todos los aeropuertos de los distritos próximos.

Cuando Dennison oyó el informe de Harper, hizo una mueca de disgusto.

—No pueden seguir huyendo siempre —dijo por último—. Tarde o temprano tendrán que parar. Mientras Mrs. Dermott siga estando con ellos, no podemos tratar de detenerlos. Vuelve aquí, Tom, y tráete a Mr. Dermott. Dile que estamos haciendo todo lo posible por su mujer.

Mientras Harper escuchaba lo que Dennison le estaba diciendo, oyó el ruido de un auto que arrancaba.

—Espere, jefe —dijo, y dejando el aparato se dirigió apresuradamente a la ventana. Llegó a tiempo para ver a Vic sacando el Lincoln de Moe fuera del garaje, dirigirse hacia el camino y luego, a una velocidad que dejó a Harper con la boca abierta, bajar estrepitosamente hacia la salida.

Sudando, volvió corriendo al aparato.

—Dermott se ha ido —informó—. Sin duda se le ha ocurrido que podía alcanzar al Cadillac.

Se detuvo porque un nuevo ruido llegó hasta él: el llanto persistente de un bebé.

—¡Oh, por el amor de Dios! Ahora está chillando el niño de Dermott. ¿Qué tengo que hacer?

—Tú vas a casarte —dijo Dennison—, y tendrás hijos propios. Esto será una buena práctica para ti. Sería mejor que trajeras al chico a la Jefatura —dijo, y cortó.

Con la aguja del marcador llegando a más de ciento treinta kilómetros por hora, el Cadillac corría por el camino de tierra hacia Boston Creek. Chita iba prendida al volante, mirando el camino que corría hacia ella, bajo la luz de sus poderosos faros. Se sentía animada y temerariamente excitada. Ya estaba elaborando un plan para escaparse. Tenían un millón y medio de dólares en efectivo. Con esa cantidad de dinero y con dos pistolas, no había nada que no pudieran hacer, se decía a sí misma.

Carrie se sentó en el rincón del asiento de atrás. Estaba aterrorizada. Tarde o temprano, este viaje de locura tendría que terminar, y entonces ¿qué pasaría con ella? Pensó en Vic. ¿Estaría mal herido? También pensó en Júnior. ¿Quién cuidaría de él?

Rezongando en voz baja, Riff examinó su muñeca dolorida. Con la mayor precaución y cuidado, flexionó la mano y se dio cuenta con gran alivio de que los huesos no estaban rotos, pero le dolía mucho. Satisfecho al ver que no tenía fractura y que no iban a tirar sobre él, comenzó a recuperar su temple. Se inclinó hacia adelante y le gritó a Chita:

—¿Adónde piensas llevamos? ¡No conduzcas a esa maldita velocidad! ¡Vamos a volcar!

Mientras estaba hablando, el coche se inclinó en forma peligrosa al tomar Chita una curva del camino; lo enderezó, torció el volante y otra vez aumentó la velocidad.

—¡Escúchame! —gritó Riff, asustado—. ¡Vamos a volcar!

—¡Oh, cierra la boca! —replicó Chita con maldad, pero disminuyó la marcha al salir del camino de tierra para coger la carretera que conducía a Boston Creek.

—¿Adónde piensas llevamos? —preguntó Riff por segunda vez.

—Debe haber un aeropuerto cerca de aquí —repuso Chita—. Nuestra única oportunidad es llegar a México. Si pudiéramos mirar un plano y pasar la frontera, estaríamos salvados.

La dura sensación de frío que había paralizado la mente de Riff comenzó a desvanecerse.

—¡Nena, qué cerebro! —dijo lleno de admiración.

—Sí, podemos dar el golpe de esa manera.

—Busca un mapa de carreteras —gritó Chita—. ¿O es que tengo que hacerlo todo yo?

—Tranquilízate —dijo Riff, y se pasó del asiento de atrás al delantero. De manera apresurada hurgó en los bolsillos del auto, pero no encontró ningún mapa. Empezó de nuevo a blasfemar. Luego se volvió y se quedó mirando a Carrie.

—¿Dónde queda el aeropuerto más cercano?

Carrie, que había estado escuchando la conversación y que sabía dónde se encontraban los varios aeropuertos del distrito, estaba decidida a no prestarles ninguna ayuda.

—No sé —repuso.

Riff le gritó. Se inclinó sobre el asiento mostrando el puño.

—He dicho: ¿dónde está el aeropuerto más cercano? No pretenda hacerme creer que no lo sabe. ¿Quiere que le salte algún diente?

Carrie le miró fijamente, con el rostro pálido, los ojos desafiantes.

—No sé.

Riff titubeó, volvió a darse la vuelta para mirar a Chita.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Ya encontraremos uno —dijo Chita. Vio que la aguja de la gasolina anunciaba que el depósito estaba casi vacío—. Vamos a quedarnos sin gasolina. Vuelve atrás con ella. Tendremos que parar en la próxima estación de servicio. Ten la pistola lista.

Riff volvió a pasar por sobre el respaldo para sentarse al lado de Carrie.

—Escucha, nena —murmuró—. Quiero tranquilidad. Si nos trae complicaciones, será la última que podrá provocar.

El tenía ahora la pistola de Moe en la mano.

Carrie se apartó de él.

Cuando se iban acercando a Boston Creek vieron las brillantes luces de una estación de servicio. Sus letreros luminosos decían: C.A.L.T.E.X.

—Esto podría ser una complicación —dijo Chita a media voz—. Mira, Riff. Pégale si tienes que hacerlo —puso la pistola debajo del muslo, donde podía alcanzarla sin inconvenientes, luego giró y entró con el auto en la estación de servicio.

Un empleado corpulento, con cara agradable, vino trotando cuando el Cadillac se hubo detenido.

—Llénelo hasta arriba y muy rápido —dijo Chitá, cortante—. Tenemos mucha prisa.

—¿Quién no la tiene? —repuso el encargado con una sonrisa. Colocó el extremo de la manguera dentro del depósito de gasolina del Cadillac—. Aceite, agua, gomas, ¿todo bien?

—Sí —dijo Chita.

Riff, vigilando aún a Carrie, había abierto una de las maletas y había sacado un billete de cien dólares. Carrie se quedó sentada inmóvil, sintiendo la presión de la pistola que Riff tenía apretada contra su costado.

—Menos mal que no necesitan hacer uso del teléfono hoy —comentó el encargado, en tono gentil—. Ha estado todo el día averiado. Me he vuelto loco hoy. Todos los que han pasado por aquí, excepto ustedes, necesitaban llamar a alguien.

—Bueno, nosotros no —dijo Chita—. Apresúrese, muchacho. Tenemos prisa — luego sacó la cabeza por la ventanilla del auto—. ¿Hay alguna estación de taxis aéreos por aquí cerca?

—¡Claro que la hay! —exclamó el encargado—. Un par de millas por la carretera, luego tuercen el primer camino a su izquierda. Hay una estafeta. Es una pequeña casilla que dirigen una pareja de muchachos jóvenes que han instalado el negocio este año. No entienden mucho del asunto. Están demasiado cerca del aeropuerto de Oro Grande; pero si tienen tanta prisa, tal vez allí consigan un avión con más facilidad que si van a Oro Grande.

Sacudió la manguera y tomó el billete de cien dólares de manos de Riff.

—¿No tiene más pequeño?

—No —dijo Riff.

Hubo una pequeña demora mientras el encargado iba a buscar cambio. Los tres permanecieron sentados, aguardando en silencio.

Ni Chita, ni Riff se daban cuenta de la suerte que significaba para ellos que el teléfono de la estación de servicio estuviese averiado. Era la única estación en ochenta kilómetros de Boston Creek, con la que los agentes federales no podían ponerse en contacto.

Cuando perdieron de vista a la estación de servicio, Chita lanzó el Cadillac a toda velocidad por la carretera.

Por ahora Riff estaba tranquilo y su mente comenzó a trabajar. Esta idea de Chita, de escapar a México, le había parecido espléndida, pero ahora, mientras estaba sentado atrás vigilando a Carrie, advirtió de pronto que era una idea descabellada.

—Nena —dijo inclinándose hacia adelante, para poder hablar en voz baja con Chita—, ¿no se necesita pasaporte o algo por el estilo para poder entrar en México?

Suponiendo que esos tipos no nos quieran llevar.

—Nos llevarán —dijo Chita—. Tenemos un millón y medio de dólares en efectivo y dos pistolas. De manera que nos llevarán.

—Sí —Riff flexionó su muñeca dolorida.

—¿Y qué pasa con la chica? ¿Qué tenemos que hacer con ella?

—¿Qué se te ocurre? La tendremos con nosotros hasta que estemos fuera de peligro.

Riff se acarició la mejilla. Se sentía nervioso y poco seguro de sí mismo.

—¿Crees que nos podremos ir con ésta, nena?

—No sé, pero lo que sí sé es que vamos a probar —dijo Chita fríamente, en voz baja.

Delante de ellos vieron, a la luz de los faros delanteros, una señal barata, con los signos pintados, donde se leía *Boswick Air Taxi Service*. Dos millas.

Hizo girar el auto y penetraron en un camino de tierra, que conducía al aeropuerto.

Vic no ignoraba que el Cadillac casi no tenía gasolina cuando regresó a Wastelands. Antes que los Crane llegaran a Boston Creek tendrían que parar para llenar el tanque. Le llevaban una ventaja de diez minutos. Con tal que él condujera a gran velocidad y que tuvieran una pequeña demora cuando cogieran gasolina, tenía bastantes probabilidades de alcanzarlos. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer cuando los alcanzara, pero lo único que a él le interesaba en ese momento era estar con Carrie.

Se había decidido de golpe, cuando Harper entró en la casa y le dijo que el Cadillac se dirigía hacia Boston Creek. Vic corrió hasta el garaje. Allí encontró el Lincoln de Moe; la llave del contacto estaba puesta. Cuando la hizo girar, vio con una sensación de alivio que el depósito de gasolina estaba lleno hasta la mitad.

Condujo como nunca lo había hecho antes. El Lincoln de Moe era muy poderoso y el auto salió como una bala por el largo camino, a más de ciento cuarenta kilómetros por hora. La verja estaba abierta. Vic apretó un poco los frenos. Las ruedas chirriaron cuando el auto salió del camino de tierra, luego volvió a apretar el acelerador cuando entró en la carretera asfaltada.

Parecía que no habían transcurrido más que segundos antes de que los faros delanteros iluminaran la carretera principal. De nuevo disminuyó la marcha. No quería arriesgarse a romper el auto. Pero una vez en la carretera principal puso el auto en dirección a Boston Creek, al máximo de velocidad. Tres veces se acercó tanto a los autos para pasarlos que le llamaron de todo; los conductores estaban impresionados de su velocidad. La aguja del marcador estaba fija en los ciento sesenta y cinco kilómetros por hora, el máximo que podía dar el motor.

Aferrado al volante, el corazón dándole vuelcos, Vic sentía haber rechazado la pistola que le había ofrecido Dennison. Cuando por fin alcanzara al Cadillac, ¿qué haría? Los dos Crane tenían armas. ¿Qué iba a hacer para sacar a Carrie de sus manos?

Pasó a un auto que, a la velocidad que él viajaba, parecía estar parado. Otra vez oyó la bocina de un coche, por medio de la cual el conductor, furioso, protestaba y demostraba su indignación.

Vic siguió adelante. Unos minutos después, vio un cartel luminoso donde se hallaba deletreada la palabra C.A.L.T.E.X., la primera estación de servicio que encontraba en el camino. Con un poco de suerte sería aquí donde el Cadillac habría parado para coger gasolina. Disminuyó la velocidad, dirigió el auto hacia el camino circular y haciendo chirriar las ruedas, frenó.

Un hombre corpulento con el uniforme de «Caltex» salió a paso rápido de la oficina. Vic bajó del auto.

—¡Hermano! —dijo el encargado—. Le aseguro que me ha asustado. ¿Va a apagar un incendio?

—¿Ha parado aquí un Cadillac azul y blanco para coger gasolina hace más o menos diez minutos? —preguntó Vic, tratando de demostrar tranquilidad—. ¿Dos mujeres y un hombre en el coche?

Feliz de tener una buena información que dar, el encargado asintió.

—Bueno, claro. Se fueron hace más o menos cinco minutos. ¿Amigos suyos?

Vic lanzó un profundo suspiro. ¿Amigos? Pensó en Carrie.

—¿Dijeron para dónde iban?

—Uno de ellos, una de las chicas, preguntó cuál era el servicio de taxis aéreos más próximo —le dijo el encargado—. Les indiqué el aeropuerto de Boswick: lo llevan una pareja de muchachos jóvenes... buenos muchachos... creo que les hice un favor.

—¿Tiene teléfono?

El encargado levantó los brazos, desesperado.

—Ha estado averiado todo el día. Lo siento mucho, pero está... las veces que he tenido que decir...

—¿No tiene una pistola que pudiera prestarme? —preguntó Vic mientras volvía al Lincoln.

—¿Pistola? ¿Qué quiere decir? —el encargado lo miró atónito.

—No se preocupe —gritó Vic, y lanzó el coche hacia la carretera. Sabía dónde estaba el aeropuerto de Boswick. Muchas veces había pasado por la estafeta, en el camino de Boston Creek.

De manera que intentaban escaparse por aire, pensó. Si podía confiar en el encargado de la estación de servicio, sólo le llevaban cinco o a lo sumo diez minutos de ventaja. No conseguirían un avión en menos de una hora. Ahora estaba seguro de que llegaría al aeropuerto mientras ellos estuvieran allí.

Tan pronto como viera las luces del aeropuerto tendría que apagar los faros delanteros y acercarse a marcha lenta para que ellos no oyeran el motor del auto. Tendría que dejarlo a cierta distancia del aeropuerto y luego avanzar a pie. Su única arma, recordó con tristeza, era la sorpresa.

Ralph Boswick, un joven corpulento, con cabellos color arena, colgó el receptor del teléfono, sacó sus grandes pies de encima del escritorio y se puso de pie.

Su compañero, Jeff Lancing, recostado en una silla que había pertenecido a un avión, lo miró intrigado.

—¿Quién era?

Boswick encendió un cigarrillo, frotando la cerilla en los fondillos de los pantalones de sarga, de andar a caballo.

—Lo creas o no... el F.B.I. —dijo, y sonrió—. Parece que podrían llegar por aquí irnos raptos. Un hombre y una mujer han capturado a otra mujer y podrían seguir este camino. ¡Están chiflados! ¡Desde la semana pasada que nadie ha venido por aquí!

Lancing, bajo, con el pecho combado y moreno, poco mayor que Boswick, miró a su compañero.

—¿Te han dado alguna descripción?

—Oh, por supuesto. El hombre es alto, de constitución fuerte, y moreno. Usa pantalón y chaqueta de cuero negro.

La mujer es rubia, es su hermana gemela. La otra mujer es pelirroja y muy bonita. Dicen que los raptos van armados y son peligrosos.

—¡Este es justamente el lugar para ellos! —dijo—. ¿Peligrosos, eh? —fue hacia el escritorio, abrió un cajón y sacó una 45 automática.

Boswick se rio.

—¡Tranquilo, Jeff! Este hierro no sirve para tirar. No ha sido limpiado ni engrasado desde hace años, y además no tenemos ni una bala para cargarlo.

Lancing titubeó, luego, con una sonrisa embarazada, volvió a colocar la pistola en el cajón.

—Nos quedaremos mudos si vienen aquí —dijo.

—No vendrán —respondió Boswick—. Nadie viene aquí, Jeff... Siento decirte esto, pero he estado echando un vistazo a nuestras cuentas. Si no sucede algo pronto, nos hundimos. Ya lo estamos comprobando.

—Lo malo —dijo Lancing— es que siempre estás buscando los negocios rápidos. Todo requiere su tiempo. Fíjate, dentro de un par de meses habremos pagado nuestras deudas.

—Si seguimos así —dijo Boswick, tomando una carpeta del cajón del escritorio — nos levantaremos. Quiero decir esto, Jeff. Aquí, mira un poco estas cifras.

Con un suspiro resignado, Lancing se dirigió al escritorio. Juntos, los dos hombres empezaron a mirar las cuentas que debían. Trabajaron una hora entera, luego Lancing dejó a un lado su lápiz y se puso de pie.

—No me había dado cuenta de que andaba tan mal —dijo malhumorado—. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo que hacen los asaltantes —dijo Boswick encogiéndose de hombros—. Tendremos que llevar a cabo algún atraco... Tendremos... —se detuvo, al ver que la puerta que daba a la pequeña oficina se abría sin ruido. Una chica con el cabello mal teñido de rubio, con un vestido floreado de algodón, de falda ancha, con sus ojos muy abiertos y observadores, estaba parada en la puerta.

Los dos hombres se quedaron mirándola.

Boswick se puso de pie.

—Necesito un avión para llevarnos a mí y a mis amigos lejos de Frisco —dijo Chita—. ¿Qué puede hacer por nosotros?

El rostro de Lancing se iluminó con una feliz sonrisa.

—Claro, ya lo creo. El aparato está listo. Podríamos estar en camino en menos de una hora después de comunicarnos con Frisco. ¿Es bastante rápido para ustedes?

—¿Para qué quiere comunicarse con Frisco? —preguntó Chita con desconfianza.

—Tengo que obtener permiso para aterrizar —explicó Lancing—. Eso nos va a llevar tiempo.

Boswick estudiaba a la chica. No le gustaba su apariencia. De pronto se acordó del aviso que había llegado de la Oficina Federal. Dijo, como de pasada:

—Lleva a la señora y a sus amigos a la sala de espera, Jeff. Tal vez les guste tomar café mientras esperan. Voy a conseguir el permiso.

—Por supuesto —dijo Lancing, y se dirigió a Chita—. Por aquí. No les haremos esperar mucho. Ustedes... —se paró en seco cuando Chita extrajo la pistola que había tenido oculta entre los pliegues de la falda.

—Nada de telefonar —dijo—. Nos vamos directamente. ¡Retírese de ese escritorio!

Bajo la amenaza de la pistola y con cierto temblor en la voz, Boswick se dirigió hacia donde esperaba Lancing. Este miraba a Chita con la boca abierta.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó—. ¿Qué...?

—¡Basta! —dijo Chita, y se dirigió a la oficina. Riff la siguió, empujando a Carrie delante de él. Al ver la espalda de la chaqueta de Riff, Lancing recordó el aviso que el F.B.I. había hecho, y se dio cuenta de quiénes eran estos tres.

Riff se dirigió al teléfono y arrancó de un tirón el cable de la pared.

—Si vosotros dos, bribones, queréis seguir viviendo —dijo mientras arrojaba el receptor del teléfono a través del cuarto—, ¡haced lo que se les dice! ¡Tenemos prisa! Queremos llegar a la frontera y entrar en México... y vosotros nos llevaréis. ¡De manera que entremos en acción!

—¿México? —preguntó Boswick—. Eso no se puede hacer. Tendrían que haber conseguido un permiso de aterrizaje de Ti juana. Se van a encontrar con las autoridades del control de pasaportes. No pueden de ninguna manera volar a México en esa forma.

—Sí podemos —dijo Chita—. Nos dejaréis en un campo... en cualquier parte. No necesitamos aterrizar en ningún aeropuerto. ¡Vamos a ir a México y nos vais a llevar!

—Ya se lo he dicho, no es posible —dijo Boswick—. Usted puede hacer aterrizar un avión ligero en un campo. ¿En cuál? ¿No ha estado nunca en México? No se puede.

Riff miró inquieto a su hermana.

—Estamos perdiendo el tiempo. Tal vez sería mejor que nos fuésemos. Yo nunca

hubiese tenido esa idea...

—¡Cállate! —dijo Chita con su tono maligno. Miró a Boswick—. ¡Vamos a México! Nos llevarás, a menos que quieras un agujero en la barriga. ¡Muévete!

Boswick titubeó, luego se encogió de hombros.

—Si eso es lo que quiere, pues, lo tendrá —dijo—. ¡No voy a ponerme a discutir con una pistola, pero se lo aviso, podemos estrellarnos contra el suelo! El aparato sólo puede hacer un corto recorrido. Podemos quedarnos sin combustible antes de encontrar un lugar llano para aterrizar.

—Nos preocuparemos por eso cuando llegue el momento —replicó Chita—. ¡Tú hablas demasiado! ¡Vamos, andando!

Boswick era el personaje principal. Lancing tenía el presentimiento de que Boswick estaba planeando algo que podría ser peligroso.

—Ve tú con él —le dijo Riff a Chita—. Yo me quedo aquí y vigilo a esos dos.

—Vamos, monada —dijo Chita a Lancing—, y no se te ocurra alguna idea brillante.

Siguió a Lancing fuera de la oficina.

Ed. Black, uno de los hombres de Dennison, colocó el receptor en el soporte.

—Todas las estaciones de servicio están avisadas, jefe —dijo—, excepto la Caltex en las afueras de Boston Creek. Su teléfono está averiado —Dennison levantó la vista del mapa que estaba estudiando.

—Busque a un policía de carretera. Es probable que sea el lugar donde han parado.

Black levantó el micrófono. A los pocos segundos estaba en contacto con un coche-patrulla que se dirigía hacia Boston Creek. El agente Benning dijo que iría en seguida a la estación Caltex y volvería a informar.

De nuevo, sin saberlo, los Crane tuvieron un feliz principio. Era la una de la mañana. El encargado de la Caltex, que había dado la información a Vic sobre la estación de taxis aéreos, al terminar su trabajo, había sido reemplazado por su ayudante, que tomó el turno hasta las nueve de la mañana.

—No sabría decirle —dijo cuando Benning lo interrogó—. Acabo de llegar. Fred debe saber algo, pero se ha ido a su casa.

—¿Sabe su número de teléfono? —preguntó Benning.

—Por supuesto, pero nuestro teléfono está estropeado: además, Fred todavía no debe haber llegado a su casa. Siempre se detiene en Boston Creek para comer algo allí.

Benning encontró el número de teléfono de Fred y su dirección, luego volvió al auto y avisó a Dennison.

—¡Encuéntrenlo y rápido! —gritó Dennison.

Había una infinidad de cafés abiertos toda la noche en Boston Creek, pero por fin Benning encontró al encargado de Caltex, en el preciso momento en que se iba a su casa. Ahora era la una y cuarenta y cinco. Antes de que Benning pudiera conseguir toda la información que necesitaba de Fred y el tiempo de volver a informar a Dennison, serían poco más de las dos.

Tom Harper había llegado a la Jefatura llevando con cuidado al niño de Dermott, que había chillado sin cesar durante el camino y seguía chillando, aunque estaba atendido por dos policías femeninas.

—Se dirigen hacia la estación de taxis aéreos de Boswick —dijo Dennison a Harper, quien lo estaba mirando con expresión interrogativa—. Apostaría a que quieren ir a México.

Nos llevan una hora de ventaja... demasiado para que podamos hacer mucho, pero Dermott debe estar detrás de ellos.

Harper encontró el número de teléfono en la guía, marcó, escuchó y colgó.

—El teléfono está estropeado.

Se echó hacia atrás en la silla.

—Le he dicho a Benning que vaya para allá, pero que tenga mucho cuidado. No podemos acercarnos mientras Mrs. Dermott esté con ellos —dijo, hubo una pausa, luego, de pronto, se le ocurrió—: Vamos, Tom. No me puedo quedar aquí. Iremos en helicóptero —se volvió hacia Black—. Avise a Benning que estamos en camino y que se mantenga en contacto con nosotros por medio de la radio. Que permanezca cerca del aeropuerto, pero sin emprender ninguna acción a menos que esté seguro de que Mrs. Dermott no va a sufrir ningún percance —dijo—. Avise a todas las unidades que se encuentren en el aeropuerto, pero que se mantengan fuera del alcance de la vista. Que no tomen ninguna iniciativa hasta que yo llegue.

Salió de la oficina y Harper salió detrás de él.

Por la mitad del camino de tierra que llevaba al aeropuerto, Vic apagó los faros. Marchó despacio, y cuando llegó a la entrada del aeropuerto se detuvo. Se dirigió al portaequipajes del auto, lo abrió y buscó en la caja de herramientas. Eligió un cricket, la única arma posible que pudo encontrar, luego, con rapidez, pero con mucho cuidado volvió hacia el pequeño cobertizo de recepción y oficina, sobre el cual había un letrero luminoso que representaba un avión en vuelo.

Miró el Cadillac estacionado al lado de la oficina. Cuando llegó al auto se abrió la puerta y entró un hombre seguido de una chica, en quien reconoció a Chita. Vic se agachó detrás del Cadillac. Oyó que Chita decía:

—Mueve las piernas, monada. Estás paralizado ¿o qué?

Vic observó a los dos: el hombre delante, Chita como a un metro detrás de él, caminaba rápidamente hacia el hangar. Esperó hasta que estuvieron unos metros más

allá; luego se dirigió sin hacer el menor ruido hacia la oficina, y con muchas precauciones, miró por la ventana.

Un hombre corpulento estaba apoyado en la pared frente a Riff, quien estaba sentado en el escritorio, con la pistola en la mano.

Manteniéndose apartada de estos dos, con ojos asustados y muy pálida, estaba Carrie.

Vic la miró durante un largo rato, luchando con la tentación de irrumpir en el cuarto y atacar a Riff, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad mientras Riff tuviera la pistola. Retrocedió a la sombra, luego tuvo una súbita idea. Se dirigió a paso rápido al Cadillac y miró al asiento trasero. Allí estaban las dos maletas en las que se hallaba todo el dinero. Se apoderó de ellas, las sacó del auto y luego miró ansiosamente hacia el hangar.

Lancing había llegado a las puertas abiertas del hangar, y seguido de Chita entraba en él. Llevando las maletas, Vic corrió a la parte de atrás de la oficina y penetró en la oscuridad de la noche.

En el hangar, Chita, quedándose alejada, observaba a Lancing, que estaba dando los últimos toques al avión.

—Escucha, monada —dijo—, no estás haciendo esto por nada. Hay mil billetes para ti si nos llevas a México.

—¿Eso cree? —replicó Lancing cortante—. Pero ¿y si me estrello con el aparato?

—¡Oh, no hay de qué preocuparse! Seguramente lo tienes asegurado, ¿no? ¡Vamos, monada!

En la oficina, mientras Boswick estaba apoyado contra la pared, mirando de soslayo a Riff, de pronto notó la muñeca hinchada y magullada. Pensó que si pudiera llegar lo bastante cerca de Riff como para dar un salto hasta la pistola, podría quitársela sin ninguna resistencia. Con una muñeca en esas condiciones, el muchacho estaba desarmado.

—Mi compañero no puede manejar el aparato sin ayuda —dijo Boswick—. Se necesitan dos hombres para empujarlo. Si tienen prisa, tal vez deberíamos ir al hangar.

Riff le miró con suspicacia.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Boswick esbozó una sonrisa forzada.

—Supongo que porque sus maneras me desconciertan.

Sin mirar a Riff, se dirigió como por casualidad a la ventana y miró hacia afuera. Riff, alerta, le apuntó con la pistola.

—Sí, necesita ayuda —dijo Boswick, mirando sobre su hombro—. ¡Vamos!

Riff titubeó, luego bajó del escritorio. Volvió su cabeza hacia Carrie.

—¡Vamos! Quédate cerca de mí —dirigiéndose a Boswick, prosiguió—: Tú ve

delante.

Con los músculos en tensión, Boswick caminó hacia la puerta de la oficina y la abrió. Estaba a un metro de Riff. Como Carrie no se movía, Riff, gruñendo, la empujó hacia la puerta. Al hacer esto, dio la espalda a Boswick, que se echó sobre Riff, alcanzando con la mano la pistola. Al caer al suelo, se disparó un tiro: la bala hizo un agujero en el piso, a poca distancia de donde se hallaba Carrie.

Durante esos breves instantes de triunfo, Boswick pensó que había logrado la pistola de Riff, pero había subestimado la fuerza de éste y no sabía nada de los años de experiencia que tenía Riff en peleas callejeras.

Incapaz de usar su mano derecha, Riff estampó el tacón de hierro de su bota sobre el pie de Boswick. Este contuvo la respiración con un gemido de dolor y aflojó su puño. Riff golpeó con su hombro el pecho de Boswick, y lo mandó rodando contra la pared: luego, gruñendo, levantó la pistola y disparó sobre Boswick.

Carrie escondió la cara entre sus manos y se apoyó contra la pared. El hombre miró a Riff, con la camisa color caqui ensangrentada, luego sus ojos dieron la vuelta, se deslizó hasta el suelo.

Unos pocos segundos antes de sonar el disparo, Lancing había hecho arrancar el motor del avión. Ni él ni Chita oyeron los dos disparos debido al ruido del motor. Tampoco los había oído Vic, quien se hallaba a unos cien metros de la oficina y había vaciado el contenido de las maletas en una zanja que corría a lo largo del límite del aeropuerto. Después había vuelto a él, cuando oyó el motor del avión.

Maldiciendo, Riff asió a Carrie y la arrastró a la oscuridad. Se encaminó hacia el hangar, luego se detuvo.

—¿Qué me pasa? —murmuró salvajemente—. ¡Estoy medio loco! Casi me olvido del dinero —soltó el brazo de Carrie—. Espera aquí —gruñó, luego se dirigió hacia el Cadillac, subió al asiento de adelante. Murmurando corrió hacia el cajón del auto, lo abrió y vio que estaba vacío, y se quedó mirándolo, luego lo cerró con rabia.

¡El dinero había desaparecido!

Estaba tan azorado que no podía hacer un movimiento contemplando el Cadillac. ¡Un millón y medio de dólares! ¡Desaparecidos! ¿Quién se los habría llevado?

Mirándolo, con el corazón en un puño, Carrie vaciló durante unos breves instantes. A su derecha, dentro de los veinte metros que había desde la luz que venía de la ventana de la oficina, había un vasto espacio que permanecía a oscuras. Si podía llegar a ocultarse en él, tendría una posibilidad de escapar. Estaba segura de que estos dos la llevarían a México. Esta era su única oportunidad de fugarse... No se animaba a pensar cuál sería su suerte una vez que aterrizaran en México.

Como un fantasma asustado, corriendo como jamás había corrido en su vida, escapó hacia la oscuridad protectora.

Riff aún se hallaba parado como el asta de un toro en acecho, mirando al Cadillac.

¿Quién se habría llevado el dinero? Sólo podía pensar en el dinero esfumado. Carrie había sido completamente olvidada.

En ese momento se le ocurrió la respuesta. ¡Chita! ¡Un doble juego! ¿Chita? ¡Era Chita quien había llevado la pistola! ¡Era Chita quien había desenterrado el cuerpo del hombre amarillo! ¡Era Chita quien había hecho imposible su casamiento con Zelda! Y ahora Chita le había arrebatado el dinero y estaba por irse a México, abandonándolo a él.

Miró hacia el hangar, a unos doscientos metros. De golpe llegaron hasta él los rayos de un reflector iluminando parte del camino. Entonces vio el pequeño taxi aéreo fuera del hangar. Vio a Chita salir y dirigirse hacia el avión. Bajo la luz brillante y con su vestido liviano, estaba completamente visible, no sólo para Riff, sino también para el agente de carretera Benning que había llegado al aeropuerto y estaba esperando en el pastizal, mirando hacia el hangar. Había visto a Riff y a Carrie salir de la oficina, pero los había perdido de vista en la oscuridad. Ahora, mientras observaba el avión, vio a Chita y quiso adivinar cuál sería su próximo movimiento. Mientras se hallaba allí, con la pistola en la mano, oyó el zumbido apagado de un avión. Podría ser Dennison que llegaba en helicóptero, pensó lleno de esperanza.

Con la mente convertida en una llamarada de furia maligna, Riff levantó su pistola, la puso en el techo del Cadillac y vio la pistola que tenía Chita detrás de la espalda, como la había colocado mientras Lancing maniobraba el avión en la pista.

En pocos segundos Chita llegaría al avión con el dinero y se iría, pensó Riff. Con mucha lentitud, su dedo empezó a apretar el gatillo. Había mucha distancia. Titubeó. Tal vez podría acercarse un poco, pero si lo hacía, ella quizá le vería. Chita también tenía una pistola. Mientras pensaba, iba apretando automáticamente cada vez más el gatillo. De repente hubo un fogonazo y un estampido.

Vic se volvió hacia la ventana iluminada de la oficina del aeropuerto, con el cricket fuertemente apretado en su mano.

Había caminado unos cincuenta metros cuando de golpe se detuvo.

Vio a Carrie y a Riff que salían de la oficina. Se ocultó en las sombras y les observó. Vio a Riff que de pronto se detenía, hablaba con Carrie y luego se dirigía hacia el auto.

El corazón de Vic dio un vuelco. Este sujeto iba a darse cuenta de que el dinero había desaparecido. ¿Qué haría? Miró a Carrie que permanecía parada, inmóvil, perfilándose contra la luz que provenía de la ventana. Vio que Riff abría la puerta del auto; entonces retuvo su respiración al ver que Carrie volvía a la vida y comenzaba a correr como loca hacia él. ¿Llegaría a verla Riff? ¿Le dispararía un tiro? Sin embargo, no. Riff parecía no darse cuenta de que Carrie se escapaba.

Vic esperó hasta que Carrie estuvo a unos quince metros de él; entonces se puso

de pie.

—¡Carrie! ¡Soy Vic!

Carrie se hizo a un lado, ahogando un grito, luego se paró y le miró espantada. Ella sólo podía ver una silueta oscura, pero Vic volvió a decirle:

—Soy yo, querida.

Con un sollozo ahogado, Carrie se lanzó hacia él, que la tomó en sus brazos. Se estrechó contra él, mientras Vic miraba por encima de su hombro a Riff. Aunque se sentía aliviado pensando que la tenía a salvo, tenía miedo de Riff. Viendo que éste aún no había notado que Carrie se había escapado, Vic miró más allá, al hangar iluminado, donde se veía de manera clara a Chita. Entonces se oyó el estampido apagado de un arma de fuego, que dejó mudos a Carrie y a Vic. Este vio que Chita hacía un movimiento convulsivo y caía de cara en el hangar iluminado por reflectores.

—¡Alto! ¡No se muevan de donde están!

Carrie retuvo su aliento en un murmullo imperceptible, mientras Vic la sujetaba. Saliendo de las sombras, apareció el agente Benning, pistola en mano.

Cuando Chita cayó al suelo, Riff sintió un dolor de agonía dentro de su cuerpo como si un cuchillo hubiera penetrado en él. Durante un rato largo y espantoso, se quedó mirando la figura de su hermana, que yacía con la falda levantada dejando ver la carne blanca de sus muslos, la luz de los reflectores jugando en su mal teñido cabello.

La furia que le había nublado la mente haciéndole ver todo rojo se desvaneció. Súbitamente se sintió desnudo y solo. Entonces, con una sensación de pánico, corrió frenéticamente hacia el hangar.

Sentado en el asiento del piloto, Lancing lo veía venir. Estaba tentado de apretar el acelerador y hacer levantar vuelo al avión, pero pensó en Boswick. No podía dejar que se enfrentara solo con este sujeto. Por consiguiente se sentó, inmóvil, con el motor en marcha, la hélice en movimiento, casi invisible a la luz brillante de los reflectores.

Riff llegó donde estaba su hermana. Estaba jadeante, asustado y sudoroso. Se inclinó sobre ella. Una mancha roja teñía su vestido en la mitad de la espalda. Cayó de rodillas al lado de ella, dejó su pistola, luego con toda suavidad la dio vuelta.

Chita soltó un gemido. Abrió los ojos y se quedó mirando a Riff.

—Vete —dijo jadeando—. ¡Ellos están aquí! Haz que te lleven... déjame aquí. ¡Vete!

Riff se secó la cara con el reverso de la mano.

—¿Dónde está el dinero? —dijo con voz temblorosa—. ¿Por qué lo has cogido? ¿Por qué me has hecho eso a mí?

Chita entrecerró los ojos. Un hilillo de sangre le caía por el costado de la boca.

Movió apenas la cabeza, hizo un esfuerzo por hablar, luego cerró los ojos.

—¡Chita! —la voz de Riff se quebró—. ¿Dónde está el dinero? ¿Qué has hecho con él?

Ella permaneció en silencio durante unos instantes, luego haciendo un esfuerzo abrió grandes los ojos.

—Está en el auto... ¿qué estás diciendo? Cógelo y vete. ¡Riff! ¿No entiendes? ¡Ellos están aquí! ¡Me han pegado un tiro!

Riff se sentó sobre los talones. Lancing, que le observaba desde el avión, sintió un sudor frío recorrerle, al ver la expresión de Riff. Parecía un hombre a punto de perder el juicio.

—¿No has cogido el dinero? —gritó Riff—. ¡Ha desaparecido! ¡Pensé que lo habías cogido tú! ¿Me oyes? ¡Ha desaparecido!

Chita movió las piernas en un espasmo de dolor.

—¿Crees que yo lo he cogido? ¿Para qué lo iba a coger? Es nuestro... tuyo y mío... ¿por qué lo tomaría?

Riff se golpeó las sienes con los puños cerrados. Se arrancó el vendaje sucio que le cubría la oreja y lo arrojó lejos. Parecía un animal con el espinazo roto: desesperado de miseria y dolor.

—¡Chita...! ¡Creí que eras tú! He disparado yo, chiquilla. Te sacaré de esto. Estaremos muy bien. Te llevaré a un médico. ¡Te llevo conmigo!

Más sangre caía de la boca de Chita. Se incorporó.

—¡Tú te vas!

—No te voy a dejar —dijo Riff frenético. Cogió la pistola—. Nos iremos juntos. Tan pronto como lleguemos a México me ocuparé de ti. ¡Todo irá muy bien, nena! ¡Al diablo con el dinero! Tú y yo... como siempre.

Se agachó y tomó a Chita en sus brazos. Ella lanzó un gemido y enarcó el cuerpo en forma tal que casi la dejó caer. La sangre brotaba de su boca y sus ojos se nublaron.

Riff la apretó contra él, mirando su rostro blanco sin vida, sintiendo la sangre caliente contra su pecho. Luego, con mucha suavidad, la dejó en el suelo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba muerta. ¡Chita! ¡Muerta! Contemplaba su cara que de golpe se había convertido en el rostro de un extraño. Esta no podía ser Chita, a quien él había querido, con quien había peleado, con quien había robado, con quien había vivido, con quien había compartido todo lo que tenía, ¡ésta no podía ser Chita!

Entonces brotó de él un llanto salvaje, animal. Al oírlo, Lancing hizo una mueca y miró para otro lado.

Riff comenzó a golpear el suelo con los puños, llorando y gimiendo, demente en su dolor.

El piloto del helicóptero miró.

—No nos van a oír con ese aeroplano calentándose allá abajo. Podemos tomar tierra... ellos ni siquiera nos verán —dijo.

Dennison y Harper cambiaron miradas, luego Dennison dijo:

—Aterrice.

Dos minutos después el helicóptero hizo un suave aterrizaje a unos quinientos metros del aeropuerto. Pistola en mano, Dennison y Harper saltaron afuera. Podían oír el zumbido laborioso del motor. Vieron el avión esperando fuera del hangar. Vieron a Riff arrodillado al lado del cuerpo de su hermana, luego oyeron un suave silbido a su derecha. Tratando de ver en la oscuridad vieron al agente Benning que avanzaba cautelosamente hacia ellos.

—Benning, señor —le dijo a Dennison—. Tengo conmigo a Mr. y Mrs. Dermott. Ha habido un tiroteo. Pido permiso para investigar.

Detrás del agente, Dennison vio a Vic y a Carrie. Echó a correr hacia ellos.

—Todo va bien —dijo—. Este agente les llevará a la jefatura. Ya no hay nada que les puede preocupar. Su bebé está bien cuidado y les está esperando. Pueden irse. Nosotros terminaremos esto —se volvió a Benning—. Lleve a Mr. y a Mrs. Dermott a la Jefatura ahora mismo.

—Hay un millón y medio de dólares en una zanja más allá —dijo Vic.

Dennison sonrió.

—No se preocupe por el dinero. Ustedes dos se vuelven a la jefatura. Se me ocurre que allí se alegrarán de verles.

Mientras Vic y Carrie iban hacia su coche, Dennison y Harper salieron cautelosamente hacia el hangar.

Riff ahora daba vueltas alrededor del cuerpo de Chita. Parecía trastornado y no sabía qué hacía. De pronto levantó los brazos y comenzó a rugir como un animal. Lancing sintió que se le erizaba el pelo.

Dennison y Harper ya estaban cerca. Apuntaban a Riff con sus pistolas. Entonces Dennison alzó su voz gritando una orden:

—Suelte la pistola y levante las manos.

Riff se volvió. Se quedó mirando sin ver en la oscuridad, luego, con un pánico repentino, dio media vuelta y echó a correr. Corrió ciegamente, metiéndose en la hélice del avión en marcha, que le cortó la cabeza con la precisión de un hábil carnicero, tronchando carne y huesos.